

La sanare
de la casa.



LECTURAS

Suplemento de la
REVISTA SEMANAL

Jeromin

PARA TODOS

6.756



"LECTURAS PARA TODOS"

Suplemento de la
REVISTA SEMANAL
"Jeromín"

PUBLICARA LAS MAS SELECTAS OBRAS LITERARIAS ESPAÑOLAS Y EXTRANJERAS

Núm. 60

11 de mayo de 1933

Precio de cada número: 30 céntimos.
Tiempo mínimo de suscripción: Un año.
PAGO ADELANTADO

APARTADO 466
MADRID

PRECIO DE SUSCRIPCION
España 20 pesetas año
Extranjero 30 — —

Inauguramos con el presente número de "Lecturas para Todos" la publicación de algunas obras importantes de autores españoles contemporáneos, que merecen por su limpieza de fondo, su sanidad de ideas y su belleza de forma, la máxima divulgación. Entendemos completar así la obra cultural que con esta publicación realizamos, poniendo al alcance de todos los medios económicos aquellas obras que, sin temor alguno, pueden admitirse en los hogares.

Creemos que el nombre de Antonio Reyes Huertas, que firma la hermosa novela que insertamos a continuación, no es de los que requieren una presentación especial. El público lo conoce y lo estima, y a través de su no corta carrera literaria, le siguen nutridos grupos de lectores atentos, que saben deleitarse con una producción que cumple los más altos fines que es dado llenar a una obra literaria, sentida con hondura, maduramente pensada y escrita con honradez.

Reyes Huertas enlaza con la tradición de nuestro más sano realismo literario nacional, que, como todas aquellas empresas que han logrado en España magnitud y alcance, se apoya en un espíritu regionalista tan puro, que en fuerza de su regionalismo llega a ser ampliamente patriótico. Este regionalismo, en vez de estrechar los horizontes, muestra tal profundidad de amor comprensivo y atento, que lógicamente se piensa cuánto no querrá y sentirá a España el hombre que así siente y quiere a una de las partes integrantes de nuestra nación.

Pereda dió el ejemplo máximo de esta llegada a lo nacional por lo regional. Reyes Huertas se muestra digno seguidor de aquella tendencia, y sus obras son uno de los monumentos más nobles erigidos a la gloria de Extremadura. El autor está saturado del aire, cargado de aromas intensos, de aquellas tierras. Ha vivido allí los años más fecundos de su vida, y allí continúa, entregado a una labor periodística y literaria que le honra en extremo y que es una difusión constante de la verdad y del bien.

Entre sus obras destaca, señalada-

mente, esta "Sangre de la Raza", que hoy ofrecemos al lector. Tiene mérito literario indiscutible en su forma llana, correcta y sencilla. Lo tiene también en su acierto en la pintura de tipos, en su reflejo del paisaje y del ambiente. Tiene, por añadidura, un alcance social, al que le otorga todo su valor el tratarse de una novela escrita hace quince años, que ahora se advierte corroborada por la realidad de los hechos. Es una llamada intensa de la tierra fecunda, regada por el Guadiana, a todos aquellos que tienen el deber de atenderla y mimarla, de encontrar los caminos para que arroje de su seno toda la riqueza y todo el bien que puede arrojar.

Otras obras muy notables de Reyes Huertas son «Los humildes senderos», «La colorina», «Agua de turbión», «Fuente serena». En todas ellas se manifiesta su autor como en esta que publicamos: Literato sin complicaciones, artista robusto, hombre de ideología fundamental irreprochable, narrador experto, que lleva la emoción al ánimo

del que lee y sabe despertar su interés de página en página.

* * *

Esperamos que el público de LECTURAS PARA TODOS se dé cuenta del alcance y de la importancia de este nuevo esfuerzo que intentamos en su servicio. Podemos adelantarle que poseemos autorización de varios eminentes novelistas contemporáneos para publicar algunas de sus obras más estimadas, que iremos intercalando con otras novelas españolas, acreditadas por su prestigio a través de los años y con las traducciones de importantes obras extranjeras. No resistimos al deseo de anticipar aquí la grata noticia de que la próxima obra de autor contemporáneo que demos será debida a la pluma de JOSE MARIA PEMAN, cuyo permiso tenemos ya en nuestro poder. Esta firma, que tan justamente está logrando en el gran público la mayor difusión, no podía menos de figurar en el catálogo, cada vez más rico, de LECTURAS PARA TODOS.

SECCION INFORMATIVA

España empata a un tanto con Yugoslavia

No ha sido muy brillante la excursión del equipo nacional en el año presente. La decantada "furia española" no se ha visto por parte alguna. En París fué la "furia francesa" la que se impuso y perdimos por uno cero. En Belgrado no hemos sufrido una derrota, cierto es. Pero también es verdad que el tanto español lo ha marcado un jugador del equipo de Yugoslavia. Según todos los informes, lo único que se salva del fracaso es el trío defensivo. El triángulo que forman Ciriacó y Quincoces, respaldados por Zamora, es una barrera muy difícil de traspasar.

Gracias a ella no fué copioso el tanteo en contra en París.

Los demás elementos han fallado como conjunto, singularmente la línea media. En la delantera, ni el virtuosismo de Regueiro, ni la acometividad de Elicegui han sido capaces de darnos un solo tanto en dos partidos. El dato es bastante elocuente. Por lo pronto, el equipo de España sigue viviendo de las antiguas victorias, que le aseguran todavía una posición internacional brillante. El balance empieza a presentar dificultades más serias. En el año presente se reduce a esto: una victoria contra Portugal en nuestro terreno, y fuera, una derrota—la primera—frente a Francia y un empate—el segundo—frente a Yugoslavia, que no es precisamente la tierra de los "ases" del fútbol.

LA SANGRE DE LA RAZA

por ANTONIO REYES HUERTAS

Moisés Marcos de Sande

Médico

GARROVILLAS (Cáceres)

I

Dió la señal la máquina y empezó el tren torpemente a arrastrarse; en tanto, Cesar Medina acomodaba definitivamente su equipaje, ponía el billete somero y se recostaba junto a la ventanilla, sobre el cojín de su departamento de primera...

A medida que se alejaba de Madrid, sentía avivársele aquella penosa impresión que venía experimentando desde que decidió el viaje. No sabía de las tierras que iba a visitar, más que las referencias de antaño y los informes, incompletos, que se había procurado ahora. La abuela Dolores contábale de niño historias y tradiciones del viejo solar, con esa efusión nostálgica que ponen las santas abuelas en el relato del buen pasado; pero, recordándolas ahora, sacaba de estas memorias un agrio sabor de vida triste y silenciosa, de obscuridad, de calma, de olvido...

Huyó Medina de estas reflexiones; sacó su pitillera de oro con escudo cincelado, y, encendiendo un cigarro, se puso a mirar el paisaje desolado y gris de la nueva Castilla, que iba desfilando rápidamente, al loco resbalar del tren sobre los carriles.

Primero se imaginó que estas tierras pardas y austeras, curtidas por las heladas, yermas y silenciosas, serían como aquellas otras que él iba a visitar... Habían de ser así: llanas, hoscas, mudas, monótonas e interminables, como un símbolo de la vida esclava y heroica del trabajo; campo silencioso de obscuras tragedias, y teatro de humildes y dolorosas hazañas...

Cuando el pensamiento divaga al correr del tren, acabamos por poner en el tren mismo la causa y compañía de nuestras meditaciones. Esos departamentos fríos y hostiles, que ruedan y ruedan hacia lo desconocido, tienen algo que habla con nosotros, y nos parece entonces que el tren sabe por qué sufrimos, por qué nos alegramos, adónde hemos de llegar, y toda nuestra vida interior se acopla a ese movimiento cansino y dormilón que nos balancea. Hasta aquella música que recordamos haber oído un día la va repitiendo el tren con sus broncos traqueteos.

Así a Medina, evaporándole la agria destemplanza de la sensación del pai-

saje, le sugirió su soledad en el tren el recuerdo entero de su vida, trayéndole las reminiscencias de su pasado y las inquietudes del porvenir.

Todas sus memorias estaban teñidas de honda y vaga melancolía. Muy niño, quedó huérfano. Aun le parecía ver cómo, en una tarde de invierno, sacaron en un ataúd a su madre muerta, y claramente recordaba cómo a la noche sintió él un miedo invencible, cuando en los cristales del balcón empujaba el viento, y un eco ululante semejaba quejarse en la calle, entre la lluvia y el vendaval. Aquel eco parecía el de la pobre enferma, vagando aterida por la tinieblas.

Medina sintió, recordando esto, una impresión de ternura y una afectuosa y viva misericordia. Irritóse entonces contra su padre, vicioso, rico, derrochador, corrompido con todas las elegancias de la corte, y hasta puso en él un vago motivo de sus desgracias presentes. El, su padre, empezó a aminorar aquel cuantioso patrimonio de la abuela Dolores, que vino entonces de Extremadura a vivir con ellos.

De esta mujer, de su abuela, tenía César Medina una memoria noble y respetuosa. Parecía verla aún, como cuando llegó a Madrid, acompañada de Frasco, enlutada, grave, noble y heroica. Era la vieja abuela muy devota. Siempre estaba entregada a sus rezos, y su figura, seria y afectuosa a la vez, contrastaba con la del padre de César, viudo, calavera, jarón y volteriano, que la hacía sufrir mucho y con la que regañaba frecuentemente.

Los pensamientos de Medina se colorearon, al llegar aquí, de un tinte trágico. Recordó cómo su padre, más libre aún desde que enviudó, entregóse a raras aventuras galantes, a ruinosos negocios, a empresas descabelladas, a un holgar crapuloso de rico cuarentón, y un día desapareció de casa complicado en malos asuntos. Rodó por Madrid el escándalo, y cuando se volvió a saber del fugitivo fué cuando los periódicos dieron noticia de su suicidio en una de las salas de juego de Montecarlo.

La abuela Dolores no volvió a sonreír, ni quiso recibir otras visitas que las del padre franciscano, su confesor. Luego, para pagar las deudas del hijo, la noble vieja vendió algunas dehesas, y se dispuso a regresar a Extremadura.

No pudo, sin embargo, la anciana sobrevivir mucho tiempo a aquella desgracia; cuando se disponía a partir, la afección cardíaca reapareció tormentosa, y en pocos días quedó César Medina tres veces huérfano, en poder de un tutor, en un colegio de jesuitas, y en una inconsciencia de infantilidad para darse cuenta de su verdadero infortunio.

Pasó así César Medina sus días hasta los diez y ocho años, en que, muerto el tutor, y sin deudos cercanos, le habilitaron la capacidad civil para disponer de los bienes heredados de la abuela.

Desde esta fecha, la vida de Medina estaba rodeada de alegres recuerdos de juventud, de loca y desenfadada libertad y de correrías por el gran mundo de los dorados placeres, sin otro afán que gastar, entregado a un administrador que le recomendaron unos amigos, y que solapadamente había venido enriqueciéndose a costa de la ruina de César, que, calculando ahora su situación, se veía en plena bancarrota... ¡Era horrible! De aquel saneado capital que heredó de la abuela había malgastado la mayor parte, encontrándose ahora, a los veintiséis años, en la necesidad de satisfacer obligaciones, con un débito al administrador, muchas deudas en Madrid, pocos fiadores y harto número de pedigrüños.

Subió de punto, al llegar aquí, el mal humor de César Medina, y tiró con rabia de la banda de cristal para cerrar la ventanilla. Encendió otro cigarro. ¿Para qué pensar? Lo hecho era irremediable. Además, él tenía voluntad de hierro y aplicaría su esfuerzo a sacar algo a flote de aquel naufragio de sus recursos. Restábale de su hacienda, "La Millona", la mejor dehesa de Extremadura, en opinión de los que la conocían, y, según las confidencias de Frasco en sus cartas, "La Millona" podía producir más: el doble de lo que rentaba. ¡Ah!, pero esto requería su propia presencia en las tierras, cuidados y solicitudes, orden y economía, el trabajo, el esfuerzo, la actividad, aquella vida horrible que iba a vivir, desterrado de Madrid y de sus costumbres.

Arrojó el cigarro en otro movimiento de contrariedad e hizo el propósito de ajustar sus pensamientos a las sensaciones de sus ojos. Notó cómo el cristal se iba empañando y el crepúsculo

ponía en el cielo un sangriento llamaretazo. Miró los bordes de la vía, blanquecinos aun por las recientes nevadas, y un trivial pensamiento absorbió su atención: contar los postes del telégrafo: uno..., dos..., tres..., cuatro... Los alambres se alzaban paulatinamente y descendían luego en una lenta caída, y así iban ondulando hasta la brusca sacudida de la aparición de otro poste. Y el tren ondulaba también como los alambres; ya parecía el coche levantarse por un resorte; ya, haber salido de sus goznes y balancearse en el aire; ya, hundirse, como si a caer fuera en un abismo. Y cuando poco después cerró la noche, observando el paisaje de la Mancha, le pareció a Medina que empezaba a nevar, o que a través de la sombra caía un velo blanco y vaporoso. Sólo de vez en cuando el ojo verde del farol de una estación rompía en el campo la monotonía de una visión gris de niebla y de cendales, en que no se distinguían los objetos, o se difumaban con formas vagas y misteriosas. Varias horas así de incoercibles pensamientos, y cuando, en la estación de Ciudad Real, Medina se apeó para comprar un libro con que distraer sus fastidios, no bien volvió a acomodarse, le saludaron, entrando en el coche, dos voces corteses y femeninas.

Sintióse César contrariado por aquella irrupción en su soledad, y con aire distraído contestó al saludo de las dos viajeras. Abrió el libro, mientras ellas acomodaban sus bultos: un lujoso maletín y un portamantas abultado. La más joven, vuelta de espaldas, arreglaba unos paquetes diminutos, empujándose para alcanzar a la rejilla.

Sentáronse luego, y se dispuso Medina a empezar la lectura. Una sacudida de retroceso del tren estuvo a poco de desprenderle el libro de las manos... Después, golpes y más golpes, un ruido infernal de escape de vapor y pitadas de otro tren que cruzaba... Esperó. Y ahora, al mirar de frente a las dos viajeras, el aspecto simpático de la más joven templó algo la desagradable impresión primera de Medina. Mirábala él con curiosidad y le pareció muy joven, con una expresión de sencilla naturalidad. Poco duró su observación, pues ellas, levantándose, salieron al pasillo del coche y se pusieron a mirar desde la ventanilla al andén, repitiendo unos encargos a un mozo.

Sonó luego una campanilla y, a continuación tres silbatos de la máquina, empezando el tren a moverse.

Y cuando Medina se disponía ya a leer con tranquilidad, las viajeras, entrando en el departamento, vinieron a colocarse muy cerca de él, obligándole a cambiar de postura.

—¿Le molesto si cierro la ventanilla? —preguntó la más joven.

El, sin apartar los ojos del libro, hizo un gesto de indiferencia, y siguió leyendo. Era el primer capítulo de "El pueblo gris". A medida que leía, iba experimentando esa horrible sensación que supo poner Rusiñol en sus páginas humoristas. Encontró analogías con su situación. Se imaginó que eran pueblos gri-

ses las tierras inclementes donde iba a vivir. Frasco sería como el "Beco", y ya le parecía verlo con su cara de rústico, guiándole a una habitación techada de vigas negras: aquella habitación que le pintaba la abuela, entarimada de encina, con palos de castaño en la techumbre, de donde colgaban uvas, granadas y membrillos; sala vieja y antigua, que recordaría la de los mesones de Castilla, en aquellos tiempos que poblaban las carreteras arrieros y mercaderes, Rinconetes y Cortadillos...

Le fué luego imposible seguir leyendo; tomaba el tren una cuesta y un traqueteo desesperante desdibujaba las líneas del libro. La joven tuvo que levantarse de su lado, yendo a recostarse enfrente, cerca de la que parecía su madre, que dormitaba poseída de cansancio.

Ahora, ya a la luz del farolillo, que daba de lleno sobre el rostro de la desconocida, la observaba Medina con aire de inteligente. Vestía con sencillez, aunque con señorío, y todos los detalles denotaban en ella la poca afectación de quien tiene costumbre de vivir con holgura. Sus ojos, castaños, brillaban entre dos filas de negras pestañas, bajo unas cejas poco arqueadas. ¡Es guapa! —pensó el observador fijándose en el hoyuelo de la barba y en la nariz fina sobre los

labios pulidos—. Dejaba ver, con la falda un poco recogida, la bota de tafillete, alta y ceñida con insuperable elegancia.

Bajaba ella los ojos ante la impertinencia de estas miradas, y con esa intuición de la mujer que conoce siempre de qué manera es observada, le preguntó, acaso con propósito de distraerle de su atención:

—¿Va usted muy lejos?

—A Extremadura.

—Allí vamos también nosotras...

Y quedaron los dos en silencio, cohibidos para seguir la conversación, después de estas frases con que dos desconocidos que se encuentran en el tren se dicen todo cuanto pueden decirse.

Volvió él a observarla. Con sus manos ensortijadas se despojaba ella del sombrero, y arreglaba después el peinado sencillo y sin aliños de estudiada coquetería. Parecía ahora más hermosa aún, mostrando una frente tersa y nacarada, sobre la que caían dos bucles ensortijados. Estiró luego su falda recogiendo los pies, y acomodada ahora definitivamente, volvió a preguntarle, al sentirse otra vez observada:

—¿Vive usted en Extremadura?

—Es la primera vez que voy a visitarla.

—Pues le gustará. Nosotras somos de



En la puerta dos mujeres, resguardando con la mano los ojos de la luz...

allí. Venimos de Ciudad Real, de ver a una tía... ¿Va usted por mucho tiempo?

Medina, ante el temor de las confidencias y disgustado de este sesgo que amenazaba tomar la conversación, se encogió de hombros y se dispuso a engolfarse otra vez en la lectura. Tenía la viajera una expresión comunicativa que ponía un contraste en el ánimo reconcentrado de Medina. No tenía él, en verdad, ganas de hablar, y poco propicio estaba a satisfacer curiosidades oficiosas. Por eso, le irritó esta nueva pregunta de ella:

—¿Va usted a Badajoz?

—Al Encinar—contestó secamente.

—Vivimos a dos leguas de allí, en Torrealta, pero tratamos muchas familias del Encinar.

—De Torrealta es mi familia—cortó él.

—¿Es usted de los Ortices?

—De los Medinas.

—He oído hablar de ellos. Ya no quedan en el pueblo.

—Soy, me parece, el único Medina. Lo extremeño viene de mi abuela, la familia de los Pilares.

—Tampoco quedan Pilares. Sólo conocí, de niña, a una gran señora que murió en Madrid: doña Dolores Pilares de Hiestrosa... ¿Su abuela, acaso?

—Precisamente...

Y dicho esto, Medina, ante el temor de nuevas preguntas, decididamente cortó la conversación. Volvió a abrir el libro, y expresó, con un gesto, la contrariedad que le producía el diálogo. Encendió otro cigarro.

O ella no lo notó, o tuvo intenciones de exasperarle más cuando volvió a interrumpirle:

—¿Abro la ventanilla? Me marea el humo.

Diciendo esto recorrió el cristal. Daba el aire de lleno, frío y furioso, sobre el rostro de Medina, impidiéndole leer con tranquilidad, y él se vengó chupándose bocanadas de humo dentro del coche obligando a la viajera a salir del do con ahinco del pitillo, arrojando grandepartamento al corredor.

Aprovechó entonces Medina la ocasión. Deslió su manta, la tendió sobre el cojín, y se tumbó cuan largo era, cerrando la ventanilla y abriendo el libro, despreocupado...

Más hoscas sensaciones del pueblo gris, un áspero sabor de lectura tétrica y angustiosa, horror sentido de la vida obscura y campesina, una modorra somnolienta y dolorosa de tantas emociones tristes, bamboleándose con aquel traqueteo del tren, y ya, cuando la joven volvió a entrar en el departamento, con la conciencia de un agravio y de una descortesía, y se recostó sobre el hombro de su madre, como buscando en su su regazo un refugio, Medina, completamente dormido, dejaba colgar el brazo, sosteniendo desmayado el libro...

II

Cuando una brusca parada del tren sacudió a Medina sobre el cojín, haciéndole restregarse los ojos, se dió cuenta de que se había dormido y tenía el cuerpo magullado y paralítico. Confusamente, con esa inconsciencia que acompaña al despertar de un sueño, notó cómo en el departamento, sosteniendo un diálogo con la joven viajera, sonaba un acento masculino.

—¿Es bonita Extremadura?—oyó que preguntaba la voz varonil.

—¿No la conoce, pues? Lo mejor de España.

—No he visto más que lo que alcanza desde la ventanilla del tren. ¿Qué pueblos se contemplan! Pueblos pardos, con casas bajas, hechas de tierra; calles sucias y angostas... Deben ser aburridísimos los pueblos.

—¡Oh!, no lo crea usted. Son divertidos. Tienen fiestas, costumbres, particularidades que encantan.

—Tal vez; pero la vida moderna no se satisface con eso. Los espíritus cultos buscan los aires de fuera, y a España, por desgracia, no han llegado todavía. Están sus pueblos como en el siglo XVI; no progresan. Al revés que en Francia, por ejemplo, donde ve usted las aldeas urbanizadas, limpias, modernas.

—Hay opiniones—contestó ella—. Muchos prefieren estos aires nuestros, sanos y españoles, a esos aires de fuera que nos traen del extranjero. Y no todo es verdad. Mire usted: la primera vez que yo fui a Francia fué en una peregrinación a Lourdes. Llevaba la cabeza tonta: ¡Francia! ¡Francia! Y vea usted: llegamos a Hendaya, y cuando nos acomodamos en el tren francés, lo primero que vi fué que los coches de nuestra Compañía del Norte eran mejores, más cómodos y más baratos. Y así son muchas cosas. Desde entonces desconfío de todo lo que se encumbra del extranjero en contraposición con lo nuestro, y me acuerdo de lo que decía siempre mi padre: "España ha sido y es más grande que Francia, más que Inglaterra, más que todas las naciones del mundo juntas: grandes ciudades, grandes pintores, grandes literatos, grandes capitales y grandes santos." Y mi padre terminaba siempre gritando: ¡Viva España! Yo soy también así: nada como España, siempre y sobre todo España, y dentro de España, mi tierra. ¡Extremadura!

Incorporóse entonces Medina. Amanecía. En los cristales de la portezuela había un paño de vapor, a través del cual se veía desfilan el paisaje con una imprecisión de cosas abigarradas y difusas. Blanquecino todo, se envolvía con un ropón húmedo que parecía un cálido aliento de la tierra.

Dió los buenos días, y notó cómo la joven contestó a su saludo con cierto despego que le hizo sentirse avergonzado y confuso. El otro viajero, corres-

pondiendo con otro seco buenos días, volvió a aferrarse a sus argumentos contra la joven:

—De todos modos, señorita, la vida de los pueblos es insoportable. Se acuesta todo el mundo a las ocho de la noche, en el casino siempre hay la misma tertulia: el médico, el notario y el cacique: los señoritos juegan al tute, hacen apuestas para ser brutos y apalean a los forasteros.

—¡Oh!—exclamó ella riéndose—. Son exageraciones.

Medina, volviendo la cabeza otra vez hacia el cristal, desentendióse de la conversación para abismarse en los téticos pensamientos que volvían a preocuparle. La vista de aquel pasaje de La Serena, pelado, brumoso, humeando una leve neblina a ras de tierra, le despertaba la sorda hostilidad de su vida entera hacia los obligados destinos que le imponían su decadencia y su enfermedad. Porque hasta esto último contribuía a irritarle: aquel desequilibrio nervioso, aquella atonía corporal y el áspero desabrimiento de espíritu, que los médicos llamaron neurastenia, y que le habían compelido a decidir el viaje, ansioso de salud y tranquilidad. En otro tiempo, él hubiese buscado las costas azules de los climas cálidos: Niza, Málaga, poblaciones alegres y populosas, con estímulos para la alegría y el huelgo, sin tedios penitentes, y no aquellas soledades campesinas, muertas y silenciosas, entre las monotonías de los pueblos grises.

En verdad que era triste su situación. Enfermo y aniquilado a los veintiséis años; obligado a truncar sus costumbres ciudadanas, a dar un adiós a sus fáciles satisfacciones, y necesitado de preocuparse de su porvenir, y habiendo experimentado ya el sonrojo de algunas vergüenzas. ¿Quién lo había de decir cuando heredó de la abuela aquellos tres millones largos de pesetas!

A cuentas ya con su situación económica, pensó Medina, con miedo, qué débito tendría con su administrador cuando de buenas a primeras, se negó a adelantarle más dinero, él, que antes estuvo tan obsequioso, tan solícito y tan insinuante para prometer. Medina no se había tomado nunca el trabajo de revisar sus cuentas; habíase preocupado sólo de gastar como un chicuelo y de pedir adelantado, cuando los recursos se le acababan. Seguramente tendría ya comprometida media dehesa, y esto sí que era horrible y desesperante: verse constreñido a vivir en lo sucesivo como un hidalgo de gotera, o como esos empleados de diez mil reales que vagaban en Madrid por las casas de huéspedes, y hasta tomaban con cuentagotas las tazas de café...

Inconscientemente dió Medina un golpe sobre la ventanilla y volvió el rostro hacia el departamento. Se despedía ya el viajero desconocido, recogiendo su monumental maleta y atropellándose en sus exquisitos cumplidos con la viajera joven. La madre de ésta, dormitando aún en un profundo sueño, se bamboleaba a los vaivenes del tren al entrar en agujas.

Cuando paró el vehículo y Medina vio descender al andén a aquel señor, que él se imaginó comerciante, le dió una impresión de acentuado ridículo con aquel guardapolvo, cuando no hacía polvo, y aquel armatoste de maleta, que parecía el arca de Noé.

Y al quedarse otra vez solo en compañía de las dos viajeras, volvió a sentir César Medina aquella impresión de vergüenza que antes había experimentado. A él, el hombre de mundo, aristócrata y ciudadano, le parecía haber hecho una tontería propia de un hortera. Su espíritu, fino en el fondo y atildado, no se avenía bien con una falta de elegancia. Y ahora le parecía grosero, zafio, vulgarote, apestar el departamento de humo, obligar a una mujer a salir del vagón, no contestar más amablemente a sus preguntas y tenderse en el cojín resoplando, acaso como los gafanes, en una postura incómoda y violenta.

Ella debió adivinar sus pensamientos, porque una vez que le miró figuróse Medina que era con una mirada de augusta y diáfana serenidad; esa serenidad de lo superior, de la propia conciencia, ecuánime y alta sobre las pequeñeces ajenas.

Volvió a observarla, acaso con intención de desvirtuar el efecto desagradable que él suponía haber producido en ella con su actitud, y mirándola ahora, encontraba en su fisonomía nuevos rasgos de insuperable distinción. Distraída ella, apenas se preocupaba de él, y César, ya herido un poco en el vivo orgullo, que era su característica, justificó su conducta con un desdeñoso encogimiento de hombros, y volvió a contemplar el paisaje, variado ahora con la perspectiva de oscuros olivares, de verdes sembrados y desnudos viñedos.

Pitó entonces la máquina y la joven tocó en el hombro de su compañera.

—¡Madre, madre!

Abrió ésta los ojos asustadizos:

—¿Llegamos ya?

—No, es El Encinar; pero hay que ir preparando los paquetes.

Medina, al oír el nombre del término de su viaje, se levantó. Nervioso sacó la maleta de la rejilla y la puso sobre el asiento. Abrió luego la pitillera y, sin mirar a la joven, puso en sus labios un cigarro; pero no lo encendió.

Y cuando, a poco, paró el tren, confuso, más avergonzado que antes, con un tono entre desdeñoso y cortés, exclamó, abriendo la portezuela:

—¡Buen viaje!

La joven, algo seria y retraída, se limitó a contestar:

—Gracias.

Y la madre, más explícita y bondadosa, exclamó, viéndole apearse:

—Adiós. ¡Que usted descanse!

III

Unos brazos fuertes y vigorosos estrujaron a Medina apenas descendió al andén.

—¡Corciao! ¡Si está desconocido! Destiróse usted como un álamo.

Era Frasco, el antiguo aperador de la abuela Dolores. Representaba unos sesenta años; alto, grueso, coloradote. Traía recogidas las mangas de la camisa hasta medio brazo y mostraba éstos, musculosos y velludos como los de un atleta.

—Cuajó por fin el su viaje, señorito. Amos, que a la enfermedá haylo que agradecer. ¿Pero no será na, eh? Verá usted como en "La Millona" esecha esa paliés y esa reconcomia, que dicen los médicos.

Frasco, mientras hablaba, acercó el caballo, y con ligeros golpes de las bridas, le hizo extender un poco las patas delanteras.

—Está amaestrao, ¿sabe usted? Y eso que el hijo de don Cayetano, como no lo sabe montar, le ha estropeado una mija. Algo duro de boca; pero no tenga usted cudiao: no se espanta de na...

Tuvo a Medina el estribo, a guisa de los antiguos escuderos. Después desató el mulo, que también traía, y saltando ágil sobre él, vino a colocarse detrás de Medina.

—Cuando usted quiera, señorito. No hay que perder el camino de la izquierda. Va tóo seguío hasta la nuestra casa.

Rompieron con un trote lento las cabalgaduras. Empezaba entonces a asomar el sol. Un resplandor de incendio coloreó el saliente y extendió por todo el cielo un fulgor de claridad. Humeaban todavía las sierras lejanas con un ligero celaje gris y mortecino, como el jirón de una leve gasa. Eran unos campos llanos, arenosos, sin un árbol, sin una mata, sin un rumor... Rompían aquella uniformidad peñas solitarias y graníticas, recubiertas de una capa de fino verdín. Un frío intenso calaba los huesos, haciendo dar tiritones a Medina. Helábasele los pies y era vapor el aliento al atravesar las cañadas.

—Buena helá, señorito, ha caído esta noche.

Señalaba Frasco los cristales de carámbano al borde de los arroyos, que parecían muertos. Todo era soledad en el horizonte: un cielo limpio, brillante, intensamente diáfano y azul tan claro y sereno, que no podía compararse con aquel cielo tan ponderado de Madrid, ni con aquel otro cielo brumoso que había observado Medina al correr del tren. Y en esta extensión infinita una calma solemne y profunda... Sólo de vez en cuando, al paso de los caminantes, levantaba el vuelo alguna aguanieve, chillando con agudos quejidos.

—¿Y es así "La Millona", Frasco? —preguntó Medina.

—Tiene de tóo, señorito: raso y encinas. Pero el descampao nuestro es mejor que éste; manque no crea usted que es malo esto que atravesamos. ¿Ve usted ahí la tierra que parece pelá? Pos lamiendo se mantienen aquí las ovejas. Una ganga, señorito, que encontraron aquí unos cuantos, en los mis tiempos cuando yo era rapás, toa esta tierra era del Gobierno y estaba poblá de encinas. Sacáronla a subasta, y dos o tres arrojaos queáronse con ella a dies duros la

fanega y a pagar en dies años. Güeno, ¿pos sabe usted lo que hicieron? Cortaron las encinas, arrendaron aluego la dejesa a los labraores a cinco duros la fanega, y dende el primer año sacaron sólo del carbón pa pagar de una vez la dejesa (1). Asina se hicieron muchos capitales, señorito; porque ésas ricas de raís, quitando la de la su agüela, que gloria haiga, y la familia de esa señorita que venía con usted en el tren, toas las demás eran piariegas de temporá.

—¿Conoces a esa mujer, Frasco?

—Sí, señorito; es de lo más lustroso de Torrealta. De los Algabas. Cuéntanla de un gran corazón, mu apegá a los suyos y mu castiza. El señorito Mariano, el hijo del administraor, anda tras ella; pero pino yo que verdes las han segao...

Medina no preguntó más. Miraba el rocío copioso que, herido por el sol, brillaba sobre las puntas de la hierba. Toda la llanura refulgía con los colores del iris, como una magnífica perspectiva de piedras preciosas.

Se le despertaban a César extrañas meditaciones en aquella anchurosa soledad. Parecía aquello, con ser tan hermoso, un desierto largo e interminable, hecho sólo para las vidas del yermo y de la penitencia.

Ya, más adelante, comenzó a variar el paisaje. Ondulaba éste con hondos repliegues, por donde corrían espumosos los breves regatos. La salida de un rebaño de la red distrajo un momento agradablemente a Medina: una algarabía de campanillas irrumpió por las laderas, y el balido de los corderos pobló los campos de un bullicio geórgico. Dos mastines entonces corrieron furiosos hacia el camino; los careó Frasco antes de llegar, y paráronse hoscos, enseñando los dientes acometedores. Luego, más tranquilos, volviéronse hacia la majada, oliendo los tomillos y azotándose los flancos con las colas, en un trote largo y majestuoso.

Tenía ya la tierra otro color más rojo y obscuro. Empezaban los labrantíos, los rompimientos de las dehesas.

—¿Ve usted? Ya escomienza "La Millona"—dijo Frasco.

Lejos se veía el manchón de las encinas y un punto blanco encaramado en un cerro.

—Aquella es la casa, señorito, y aquello que blancusquea más a la izquierda, Torrealta. Dende "La Millona" se va allí en hora y media. ¿Ve usted más allá? Magacela: pueblo de moros. El mi agüelo contaba que los cristianos, pa tomar ese castillo, arrejuntaron una noche un rebaño de cabras. A cada una ataron un farol encendido en los cuernos y diéronles larga. Los moros se creyeron que era un ejército mu grandísimo y se acobardaron. Estaban de fiesta los del castillo, y la reina mora, pa no caer prisionera, se subió a la torre más alta y se tiró dende allí, y dijo: "¡Amarga cena!", y de ahí viénele al pueblo el nombre de Magacela. Torrealta es el pueblo mejor del contorn: tiene lus eléctrica.

(1) Histórico.

Frasco cortó de repente el hilo de su conversación y detuvo el mulo, reparando en unas voces. Un mocetón araba a un lado del camino, algo distante, y con rotundos vocablos arreaba a la yunta que se atollaba.

—¡Pon la talera más somía—gritó Frasco—; y no las jostigues! ¡Asina! ¿Ves como pa tóo hayle que tener maña?

Luego Frasco, arreando al macho, se agregó a Medina:

—Es mu pinturero, ¿sabe usted? Bastián, el rondaor de la mi hija. Como la yunta es nueva, pos tiene sangre y lo que hace es entrar el arao más de lo debió.

César Medina sonrió un momento para quedar otra vez triste y pensativo. El viejo aperador, que quería distraerle, le preguntó:

—Y diga usted, señorito: ¿qué enfermedad es la que dicen los médicos que usted tiene?

—Neurastenia.

—¿El qué?

—Neurastenia.

—¿Qué nombre mas revesino! Eso será cosa del extranjero, ¿no, verdá?

—Cosa de nervios y de cabeza. Enfermedad de españoles, Frasco—contestó sonriendo Medina.

—Novedaes, señorito. En los mis tiempos no había de estos acertijos. Fulanico, decían, tiene el dengue, o un embargo, o dolor de tripas; pero ahora oye usted decir: Fulanica tiene la tumerculososi o cosas asina terminás en latinajos que nos queamos en ayunas. Lo que yo digo: sacacuartos, cosas que inventan los médicos pa poder vivir.

Echóse a reír de buena gana Medina. Desembocaban entonces en un claro del encinar. Una bandada de palomas alzó su vuelo y raudas se encaminaron hacia la casa, posándose en el tejado... Era una casa fuerte y antigua, enjalbegada de blanco... En la puerta, dos mujeres, resguardando con la mano los ojos de la luz del sol, miraban a los que llegaban, con impaciencia y curiosidad.

IV

Las dos mujeres corrieron a tener las bridas del caballo, apenas César lo detuvo. Eran dos mujeres campesinas, talludas y regordetas que transpiraban salud.

—¡Virgen de Guadalupe! ¡Y lo que se parece al señorito, al su padre!—fué la primera exclamación de la más madura.

La otra, una mozueta como de veinte años, sonreía toda encarnada, y mordiendo la punta del delantal, se atropellaba, preguntando:

—¿Sigue bien el señorito? ¿Y cómo anda de salú el señorito? Pos nosotras bien, pa lo que el señorito quiera mandar...

Apeóse Medina. Delante de la casa había un altozano con pavimento de grandes baldosas... Puestas en hilera tomaban el sol, dentro de sus jaulas, varias perdices... Un gato dormitaba sobre una silla y un grande mastín, ata-

do a una cadena, meneaba la cabeza fosco y hostil, enseñando sus terribles dientes...

Sentía Medina molido todo su cuerpo y en las piernas un entumecimiento de frío que le obligó a sacudir los pies sobre el empedrado.

—¡Pase el señorito, que vendrá arrecio! Hayle una lumbre que no se la salta un galgo.

Entró Medina en la casa, precedido por dos palomas que correteaban por el amplio zaguán, y llegó hasta la cocina. Era una cocina larga y espaciosa, con grande chimenea de campana. Tenía las bóvedas de paraguas y de uno de los ganchos embutidos en ellas colgaba una grande lámpara, con depósito de petróleo. Dos alacenas se abrían a los lados del hogar con sus puertas negras, talladas y lustrosas...

—¿El señorito, quiere almorzar aquí, o en el comedor? Desque la nuestra ama, que santa gloria haiga, se fué a Madri, no se ha sentao en él naide... ¡Ama santa era la señora!... ¡No hay quien la olvie!

Decía esto la mujer gimoteando compasiva. Su acento tenía un dejo lastimero y evocador que ponía una temblona tristeza por toda la cocina. Era la esposa de Frasco, ya entrada en años, pero ágil también y fuerte como su marido.

—Pos si el señorito consiente, aquí estará mejor, a la lumbre—opinó luego—. Hayle también allí la su chimenea, pero pinábamos que aquí estuviera más a gusto. El ama siempre prefería estar aquí.

La mozueta arrimó un velador, mientras hablaba la madre. Tendió luego un mantel, limpio como la espuma, y colocó los platos, una botella de vino y dos copas transparentes. Después trajo de la cocinilla un azafate rebosante de migas y una fuente con presas de chorizo frito.

—Oye—dijo Medina—, ¿cómo te llamas?

—Inés, pa lo que el señorito guste mandarme.

—¿Y quieres que reviente?

—¿Por qué dice eso el señorito?

—Ya ves: me traes comida no para desayunar, sino para morir de una indigestión. Bastaba con café.

—¡Ah!—intervino Frasco—. Aquí, en Extremadura, se come mucho. La nuestra ama, que santa gloria haiga, decía que estas cosas eran las que se pegaban al riñón y no eso de cafeses, que son golosinas. Verá el señorito cómo desque lleve aquí un mes no se acuerda de eso de la niugenia que dicen los médicos de Madri.

Medina comió con apetito y hasta opinó que eran excelentes aquellas migas. Frasco, de pie, junto a la lumbre, le contemplaba con sonrisa de satisfacción, viéndole repetir.

Antonia iba y venía por el zaguán. Inés, atenta al servicio de la mesa, callaba, pendiente del movimiento de los platos. Toda la casa estaba en silencio, como si sólo aquéllos fuesen sus moradores.

Extrañóle esta calma a César, y preguntó a Frasco:

—¿Pues y la gente?

—La gente, señorito, fuese a las labores, pa no perder el día. De güena gana se hubian quedao pa saludar y conocer al señorito, pero como usted no daba razón cierta de su llegá y aluego vendría cansao y con ánimos de que lo dejasen, pos veile... Cuanti más que las labores andan atrasás con este tiempo emperrao que hemos tenío y hayle que aprovechar los días claros. Y milagro será que arremate este asina, porque, ¿ve usted? Empieza hacer jumo, y cuando esta chimenea hace jumo, mala señal... Está el tiempo atrubilao...

—¿Sois muchos en la casa, Frasco?

—Un regimiento, señorito. Pos semos a comer el su pan, verá usted: Quico, el guarda que está a Torrealta a ver si junta gente pa la acituna; los seis gañanes, la tia Antolina y el Galopín, que lo tiene embargao dende antier don Cayetano, no sé pa qué asunto. A la noche los verá el señorito... Conque qué, ¿vamos a ver la casa?

Medina no tenía ganas de moverse. Estaba tan bien allí, a la lumbre, después de haber comido, en aquella paz, en aquel silencio y con aquella pereza dormilona de la digestión, que algo contrariado se levantó a la demanda de Frasco.

Era inmenso el cuerpo de casa. Antonia, con un manajo de llaves, echó a andar delante, y abriendo fué las puertas de las habitaciones: en primer lugar una sala espaciosa, amueblada con severo lujo; sillas recias, de nogal macizo, con tapicería de rojo damasco antiguo. En el testero, frente a la entrada y entre dos cornucopias, lucía el estrado, bajo un retrato del abuelo de César.

—Aquí recibía el ama el besamanos de Nochebuena. ¡Dios la tenga en su seno!—rezongó Antonia.

Contiguas a la sala enseñaronle dos alcobas amplias y ventiladas. Al otro lado de la casa el comedor, esterado con alfombra de cordelillo; un comedor inmenso, con una mesa ovalada y dos aparadores panzudos y relucientes. Guardaban simetría las sillas de roble, forradas de cuero y un reloj de pared, redondo, mostraba en su caja de latón unas pinturas formando orla a una figura de retrato antiguo, que parecía arrancada de un cuadro de Rembrandt.

—Aquí se sentaba el ama... ¡Santa! Desque se fué a Madri no ha entrao naide por estas puertas.

Medina no quiso ver más alcobas, ni tampoco las dependencias de la servidumbre que ocupaban las naves traseras de la casa.

Subieron al otro piso por una escalera ancha, con peldaños de granito fino. Antonia abrió la primera pieza y era un salón corrido, entarimado de castaño y con techumbre de fuertes y macizas vigas. Tenía, asimismo, cierta sencilla severidad en el ornato, en los grandes espejos, en la sillería de caoba y en los dos bargueños que, frente por frente, mostraban sus viejas chapas de concha y el artístico herraje de sus herraduras.

—Preparámosle aquí arriba el su apo-

sento, porque en este tiempo la nuestra ama siempre habitaba aquí, a causa de la más templaza que esto tiene, y porque no hayle húmedá. Veile; es el de la señora.

Diciendo esto, Antonia le enseñó una alcoba muy clara y muy grande, con dos balcones al campo. Lucía la cama vestida, una cama vetusta de palo-rosa, con colcha de damasco amarillo, muy alta, muy pomposa, muy abultada... Por la misma alcoba entraron a un gabinete cortado de la misma pieza del inmenso salón, con el que comunicaba también por una puerta tallada a cuadros. Se abrían igualmente en el saloncillo dos grandes balcones que dominaban la extensión de la campiña.

Frasco, asomándose a uno de ellos, advirtió a Medina:

—¿Pos sabe usted que el día va repuntando como dije? Mié usted: ya comienzan a arremolinarse las nubes.

César, sin prestar atención a Frasco, examinaba cuidadosamente el saloncillo. Tenía una chimenea de mármol negro y sobre la repisa un Apolo sostenía en una mano un reloj de bronce. Formaba juego una estatuilla de Némesis, admirablemente fundida, en su actitud serena de personificar a la templanza, así en la suerte como en la desgracia. Dos retratos guardaban simetría sobre la chimenea: a la derecha el de la abuela Dolores en su juventud; algo feble, amanerado, con aquel romanticismo de las damiselas pálidas que sostienen en la mano un pañolito de encaje... A la izquierda el del padre de César, con aquella apostura varonil y aquella mirada indescifrable, donde parecía adivinarse un presentimiento de su fin trágico.

Cubrían otro lado de la pared dos estanterías de nogal llenas de libros, y en un rincón, sobre una mesa de caoba, una caja de música, que debió sonar en sus tiempos, con aquellas pavañas y aquellos minués, que hicieron las delicias de una sociedad galante y cortesana. En el centro del saloncito, una pequeña camilla, con el tapete de terciopelo verde, y bordadas en él las iniciales D. P.

—Aquí, junto a la chimenea, sentábase la señora a hacer calceta, en los días malos en que la gente no podía trabajar, y arrellenábanse en la cocina. Si quiere el señorito, podemos encender la chimenea, con eso se templan las habitaciones pa la noche, o si quiere estar aquí, mejor. Veyle dende aquí tóo el campo y se respira salú...

Agradóle a César la idea, y Frasco bajó por leña. No quería ver más. De-seaba estar solo, tranquilo, sin que nadie le hablase ya, ni le molestara.

Antonia limpió, aunque no tenía polvo, la butacona, y salió de la estancia. César, entonces, se asomó al balcón. Dominaba desde allí una extensión infinita.

Frasco colocó los leños y encendió la chimenea. A poco, un calor suave se difundió por la habitación, y Medina se estremeció con aquel halago de dulce bienestar.

Detrás de Frasco vino Inés con un mantel, que extendió sobre la camilla.

—¿Otra vez comer?—preguntó Medina.

—¿Corcio!—respondió Frasco—. Si es ya la una, señorito.

—He comido para todo el día.

—¿Y eso qué es, señorito? Aquí, en Extremadura, se come tres veces: por la mañana, almorzar; al medio día, merendar, y a la noche se cena. Y onde menos se come es en el almuerzo.

César se resignó a sufrir una indigestión. Inés fué trayendo platos y más platos. Madre e hija se habían esmerado en servir bien al amo. Primero, huevos; luego, guisado de carnero; a continuación, carpas asadas; después, más cordero frito; luego, perdices, y, por último, arroz con leche. Medina creía reventar, y apenas hacía otra cosa que ir probando las sabrosas viandas, con gran perplejidad de Inés, que interpretaba aquello como un desprecio a sus guisos.

—¿Al señorito no le gusta? Pos usted mande, que aquí no semos más que pa servirle. Lo que usted diga a su agrado, se pone, que nosotras es por seguir la costumbre de la nuestra señora.

Después de comer, Medina se estiró en la poltrona, rehuyendo las invitaciones de Frasco, que le recomendaba se acostase. Frasco le dejó solo y cerró tras sí la puerta, y entonces todas las emociones de César, confusas todavía y sin consistencia, diluídas en un desabrimiento total de ánimo, se oscurecieron más aún con los vapores de la digestión; y el vino añejo de "La Milla", y el calor de la lumbre le produjeron un amodorramiento y una laxitud que terminaron al fin con un sueño profundo...

Cuando le despertaron, era ya de noche: La voz de Frasco, con una palmaria en la mano, tartamudeaba, mientras encendía en el gabinete un quinqué:

—Dígole, señorito, que si lo tiene a bien, la gente le espera en la cocina, pa saludarle y rezar el rosario. Se sigue la costumbre de la nuestra ama, que lo pasaba toos los días y no faltaba naide de casa.

Medina se molestó.

—¿Rezar? Eso es cosa de mujeres...

—Pino yo, señorito, que no haría mal. El su agüelo lo pasaba siempre en vida. Desque murió, fué la señora la que lo llevaba.

Contestó César más destemplado aún, que lo dejaran en paz y no le mareasen.

Frasco, sin contestar palabra, bajó la cabeza y salió del saloncillo. Cuando llegó a la cocina llamó a solas a la Antonia:

—Está con la niugenia, ¿sabes? Cosa de nervios y de cabeza.

—¿Y no va a cenar tampoco?

—Pino que no... Se va acostar. Deben ser esas cosas arrechuchos de locura.

—¿Jesús! Y con las natillas que están como pa que las coma el señor obispo.

Mientras tanto, Medina, hartado con las comidas del día, se desnudaba para dormir. Era una cama adonde tuvo que saltar; debía tener seis o siete colchones, y tan alta estaba, que parecía que con alargar el brazo iba a tocar el techo. Colgaban de él membrillos, granadas y

uvas pasas. Esas frutas olorosas que dan una sensación de vida humilde y concertada.

Volvió a entristecerse entonces, presintiendo el vencimiento de una vida así, oscura y rutinaria entre las paredes de aquel caserón, que la sombra de una muerta llenaba de tristes saudades. Nadie hablaba más que del ama.

Un reloj de cuco dejó oír entonces desde el salón una música estrafalaria. Contó Medina las ocho y se acordó de Madrid. ¡Qué diferencia! Tenía que acostarse a las ocho porque sentía tedio, hastío, soledad, sin saber qué hacer...

De la cocina llegaban en tanto los murmullos del rezo, siguiendo a Frasco. Luego, allá en dirección a aquella aldehuela, una canción triste, monótona y quejumbrosa, que cantaba alguien en la noche:

Gerineldo, Gerineldo,
Gerineldito pulido...

Medina escuchó... El reloj de cuco volvió entonces a repetir sus voces cascadas y viejas, impidiéndole percibir el romance.

El rey que se lo sospecha,
al encuentro le ha salido.

—¿Adónde vas, Gerineldo,
tan triste y descolorido?

—Voy, señor, por el jardín,
a cortar rosas y lirios...

... ..

El romance se iba apagando allá en la lejanía... Siguió oyéndose un eco dolorido, que ya no se entendía, y por último, un ¡ay! lento y melancólico, que parecía irse durmiendo en la noche. Luego ululaba el viento con un rumor de tempestad, y luego ladraba el mastín, y un ejército de fantasmas simulaba empujar las maderas del balcón, mientras los canales goteaban con un compás lento, firme y desesperante...

V

Cuando se despertó Medina, unos rayos de sol se entraban por las rendijas de la ventana y daban sobre el ancho ropero de roble que tenía enfrente... ¡Pues había dormido bien después de todo, y debía ser tarde a juzgar por la claridad!

Poco después, la voz de Frasco advertía, de que se hubo cerciorado, que Medina estaba despierto:

—¿Señorito? Güenos días. ¿Se ha pasao bien la noche? Tiene visita: don Manuel, el médico, que quiere saludarlo. ¿Le digo suba o aguarde en la cocina?

César salió detrás de Frasco, algo contrariado con la visita a aquella hora, que le parecía intempestiva.

Cuando desembocó en la cocina, el hombre alto le zarandó entre sus brazos con toscos aspavientos. Después le acercó a la luz de la chimenea:

—¿A ver? No marra la pinta. Tienes toda la cara de tu padre; pero más de tu abuela; los andares, la facha, el con-

junto... Medina y Pilares, mitad por mitad. De tu madre, la pobre, no tienes nada.

A Medina no le agradó mucho que aquel señor desconocido le tutease, llevándole de acá para allá.

—No pude verte ayer, porque lo pasé en Torrealta, y el pijo de tu administrador no me dió razón cierta. Pero ya te daré la lata, ya. El cura y yo te ganaremos los cuartos y sabremos cómo están las perdices y las liebres de "La Millona". Como en vida de tu abuelo, ¿sabes? Porque éramos como de familia.

Luego se despidió, dando también grandes voces. Tenía que ir a Torrealta a ver si podía apalearse al pijo del secretario, que le tenía dos años sin cobrar la titular de La Cancha.

Cuando Medina quedó sólo, mientras Inés acercaba el velador y lo disponía para el almuerzo, uno a uno, fueron desembocando en la cocina los servidores de "La Millona".

—Señorito, soy Quico, el guarda, el hijo de la tía Engracia, que sirvió treinta años en casa de los sus agüelos, que santa gloria haigan.

—¿Señorito? Tomás, el manijero. ¿Mándame algo?

Así fueron presentándose con muestras de afectuoso respeto los gañanes, los porqueros y los pastores. Recibiólos Medina algo hosco y despegado, sin que en realidad le interesasen aquellos cumplidos de humilde cortesía.

De que hubo almorzado, se dispuso a salir fuera de la casa. Estuvo viendo las cuadras, las bodegas, el establo de las vacas. Por la parte trasera de la casa se extendían un ancho olivar y una grande viña. Luego un espeso matorral de jaras, de charnecas y de madreñeras que, empujándose, iban hasta escalar una sierra que ponía al sol los enormes picachos de sus cumbres, como gigantescas estatuas de ciclopes.

Por un lado del olivar, una cinta de plata irradiaba destellos vivísimos, como el resplandor de un espejo rebrufido. Era el Guadiana, que se deslizaba manso y anchuroso, bordeando por aquella parte los confines de "La Millona", que atravesaba después en casi toda su extensión.

La proximidad del río templó algo la desagradable impresión que de todas aquellas cosas tenía Medina. Un río es siempre algo así como el alma que descifra las sensaciones recónditas del paisaje, algo vivo que tiene un lenguaje mucho más inteligible que la tierra y el cielo y que se acomoda a las emociones que experimentamos. Así el agua, o es triste como nosotros, o con nosotros expresa balbuciente la alegría de nuestro corazón. Su murmullo es suspiro, es queja, es alegría, o es himno, cántico, música inefable y recóndita...

Cuando César lo hubo visto todo y entraba ya por la puerta principal de la casa, los criados le esperaban reunidos en la cocina. Al llegar él, levantáronse, mirándolo con extrañeza, al verle aún en traje de casa. Frasco entonces

creyóse con deber de advertirle, al verle que se preparaba a sentarse.

—¿No se viste el señorito?

—¿Para qué?

—Como es domingo y hay que dar misa a La Cancha, pos aguardamos a acompañarle como hacíamos con el su agüelo, nuestro amo. Las mujeres iban con la señora.

Medina contestó desabrido. Podían hacer lo que quisieran dejándolo a él en paz. Los criados, cabizbajos, se retiraron de la cocina y César con otra resolución fuese arriba a sus habitaciones.

Se aburría, sin embargo, allí solo. Puesto en el balcón, vió a sus servidores camino de La Cancha. Nadie en la casa había quedado, a excepción de Antonia, y ésta entraba y salía de vez en cuando para dar de comer a las gallinas y repartir el trigo del halda entre las palomas.

Llamóla César y mandó que encendiera la chimenea.

—¿Pero no sale usted con el día que da gloria? Señorito, si hace un sol que talmente achicharra.

Medina no contestó. Permaneció un rato sentado. Se levantó entonces, hecho un manojo de nervios, y volvió a abrir el balcón. Ya la gente regresaba de misa y entraba por las puertas de la casona. Hizo una seña a Frasco para que subiese.

—¿Bueno—le preguntó—, y el administrador piensa venir aquí, o hay que mandarlo llamar?

Frasco se rascó la cabeza e hizo un visaje con boca y nariz:

—Como saberlo, ya sabe que usted ha llegado, porque ayer mismo le mandé aviso...

—¿Y cómo no viene?

Frasco con una nueva mímica volvió a sonreír maliciosamente:

—Pino yo, señorito, que no viene tan depriesa, porque la entrevista no va a ser del su agrado.

—¿Por qué?

—Porque desde que se enteró que iba usted a venir, tóo ha sido, poner mala cara y cabildar pa arriba, cabildar pa abajo con desigencias, con mal humor, con... con... ¡ea! señorito, las cosas claras: con enreos y ganas de echarlas a andar.

—Vamos a ver, Frasco, en confianza: ¿tú, qué sabes?

—Mie usted, señorito, yo no digo más que lo que desigue: que el mi padre, sirvió en esta casa toa su vida, manejaba tóo y probe murió. El hijo de la mi madre lleva sesenta años en la casa y la nuestra ama nos daba comía, una soldá, y regalos que no son pa decir, y probes semos. Pos güeno: Don Cayetano tóo el mundo sabe que llegó con un trapo atrás y otro alante, y en doce años que lleva de administraor ha comprado dos posesiones, se ha quedado con la nuestra "Colonia" y dice que usted le debe dinero.

Medina sonrió tristemente. ¡Era verdad! Había en todo aquello del administrador algo que no se veía claro, pero que tampoco tenía remedio. Desconcertado con esta última realidad, despidió a Frasco, sin querer entrar en otras averiguaciones.

No se engañaba el fiel aperador en sus augurios. A la tarde presentóse el administrador con un cartapacio lleno de papeles. Era el administrador un viejecillo rechoncho, con nariz de aguililla, una risilla que arrugaba toda la nariz y unos ojos hondos que parecían asomarse desde un abismo a las gafas que los preservaban.

Tieso, pomposo, con aire dominador, se hizo conducir al saloncillo, donde saludó a Medina con tono entre temeroso y despectivo. Hecho esto, acercó a la camilla un sillón y desató en seguida su cartapacio.

Empezó a hablar luego con el índice extendido, en actitud de domine airado.

Don Cayetano venía a rendir cuentas y a despedirse. En primer lugar, porque sus servicios eran innecesarios; en segundo lugar, porque él llevaba todo muy bien hilado y sus cuentas eran diáfanos y transparentes; y en tercer lugar, porque ciertos rumores que habían llegado a sus oídos hicieronle erguir herida su inmaculada honorabilidad, y venía a advertir al caballero de don César cómo éste salía debiéndole 50.000 pesetas que le reclamaba en el acto, bajo pena de querrellarse, si no se las abonaba "incontinenti", ante los Tribunales de Justicia, para lo cual tenía ya instrucciones su procurador.

Medina, con los ojos desmesuradamente abiertos, le iba escuchando atento, acentuando la impresión de desagrado, a medida que se explicaba el administrador. ¡Cincuenta mil pesetas!

—¿Y cuándo me ha dado usted tanto dinero?

—¡Ah! ¿Lo duda? Pues aquí tiene los comprobantes. ¡Oh! ustedes, los jóvenes, no se preocupan más que de gastar en una vida licenciosa y, luego de que viene lo irremediable nos echan la culpa a nosotros y cren que es de ustedes lo que sólo es fruto de nuestro ahorro y nuestra economía. ¡Pero eso lo veremos!

Medina aplanado ante la realidad, pidió una prórroga. Don Cayetano cerrado a toda avenencia, siguió reclamando sus cincuenta mil pesetas, y, vista la imposibilidad de llevárselas, anunció a César la resolución de un embargo preventivo de los ganados de "La Millona" para el día siguiente.

No pudo entonces ya ser dueño de sí mismo Medina. Alborotados sus nervios, llenó al administrador de dictérios con grandes voces y, apoderándose del reloj de bronce que coronaba la repisa de la chimenea, le indicó amenazador la puerta.

Acudieron Frasco y tres criados más. Medina, todo exasperado, seguía apostrofando a don Cayetano, y éste, todo pálido y tembloroso, se encogía de hombros y forzaba por sonreír con aquella risilla de zorro viejo.

VI

Medina, al día siguiente, se levantó muy temprano. Tenía la resolución de ir a Torrealta y consultar allí con un

abogado, para ver el modo de parar el golpe del administrador.

Frasco, enterado, aplaudió sus propósitos.

—Hace usted bien, señorito, que es pájaro ese de cuenta. Veyle lo que hace el criar cuervos... Pero naide lo cree, ¿sabe usted? Tóos piensan que ha salido usted engañao como un chino. ¡El tío sacamantecas!

De que hubo almorzado, Frasco ensilló el caballo para César y aparejó un mulo, con el fin de acompañarle.

—Y se distrae usted también conociendo el pueblo, señorito. Vémosle asina además "La Millona".

Partía cerca de la misma casa el camino para Torrealta, y seguía entre las encinas. César observó cómo éstas mostraban su fruto, negro ya y sazonado. Había también corpulentos alcornoques de tronco acuchillado y rugoso. Algunos árboles eran tan grandes, que cubrían con sus copas todo el camino. Desde el caballo, César alargaba el brazo y cogía, al paso, bellotas. Mordisqueó algunas, encontrándolas ásperas.

—Si al señorito le gustan—exclamó Frasco—, le diremos a Melitón que las descoja de las encinas de allá abajote, que son las mejores. Haylas allí mu dulces, y gustaban mucho a nuestra ama.

El pueblo, pardo y obscuro, levantaba sus rojos tejados en la planicie. Era un pueblo que parecía grande y feo.

Al entrar en él, Medina vió las gentes sentadas a las puertas tomando el sol al socuello de unas mantas que colgaban del respaldo de varias sillas. Jugaban los niños, descalzos en el puro invierno, y, de vez en cuando, acudían corriendo a espantar las caballerías, a pesar de las reconvenciones de Frasco. En el pórtico de la Iglesia, viejos tomando también el sol, enfundados en unas largas capas de cuello tieso y tosiendo temblones, con cascada resonancia; y en la plaza, por fin, un edificio que indicó Frasco, alto caserón, con pretensiones de palacio, en cuya puerta, y bajo unos soportales, charlaban los señoritos, alrededor de los veladores.

Frasco, echando pie a tierra, recogió las bridas a Medina y apeóse éste, dirigiéndose al casino. Los jóvenes le miraron con curiosidad, con esas miradas insolentes que todos los señoritos de pueblo tienen para los forasteros, y que parecen hostiles y superiores.

Preguntó César por don Ramón Buendía, según instrucciones de Frasco, y un mozo del casino llevó el aviso al interesado, que se levantó de un corro, acudiendo a la llamada de César.

Con mucho aparato y solemnidad llevó el abogado a Medina a un gabinete reservado. Expuso César cuanto le acaecía, a lo que prestaba el otro atención profunda, meneando la cabeza para expresar cosas ininteligibles, pues no despegaba los labios. Al fin, habló en letrado. Trajo a colación una ley, un artículo de esa ley, una sentencia y dos considerandos de la sentencia misma, para concluir, que no podía hacer nada legalmente contra su administrador. De todos modos—exclamó luego, dejando

entrever una esperanza—él estudiaría detenidamente el asunto; pero de momento no podía; había de marcharse con unos amigos a dar al perdigón un puesto, y no era cosa de perder la tarde.

No le dejó acabar de exponer su programa cinegético un viejo que a esta sazón se entró en el gabinete y, con una ruda campechanía, tendió los brazos a Medina.

—Hombre, me acaba de decir Frasco que estabas aquí. ¡Qué sorpresa!

El viejo se fué explicando: era boticario y había sido compañero del abuelo de César cuando aquél estudiaba Derecho. ¡Un hermano, más que un amigo!

Tuvo también un recuerdo para la abuela: ¡Una santa! Para el padre de César: ¡Una desgracia! En vida de los abuelos tratábalos como de familia, y allí, en Torrealta, estaban él y su mujer y su casa, porque, desde luego, César iría a comer a su casa.

El abogado, en tanto, se despidió, y excusóse César con el boticario, pretextando quehaceres en la dehesa; pero don Juan, que así era el nombre del herbolario, argumentaba más con sus ademanes que con su palabra, con no ser ésta premiosa.

Apoyaba sus razones golpeando con su fuerte garrota en el baldosín, dando todo él una impresión de tosca cordialidad. Parecía labrador, chalán, almaceñista, todo, menos boticario.

A Medina le costaba trabajo creer que lo fuera, viéndole vestido con tanto desaliño, con la camisa de franela, sin corbata, con aquella garrota, con aquellos zapatones, con aquellas manazas, con aquel pañuelo de hierbas, que parecía el de Frasco.

César tuvo que resignarse a aceptar el ofrecimiento de don Juan, y éste, entonces, quiso enseñarle el casino, para hacer tiempo hasta la comida. Subieron al salón de baile, que ponderó el boticario, mostrándole los numerosos espejos, muy caros y de poco gusto. Luego entraron en la biblioteca. Tenía pocos libros, pero éstos tenían lujosas encuadernaciones. Un "Diccionario Enciclopédico", árbitro inapelable de las disputas, muy pocas, que se suscitaban en el casino sobre ciencias, letras u ortografía; la "Historia de España", de Lafuente, una edición monumental del "Quijote", que nadie había leído, y muchas novelas de esas bibliotecas anónimas, que dan mucho papel y bueno. La gente parecía preocuparse más del aspecto que del fondo de los libros. Después de todo, estaban allí para decorar los estantes....

El boticario pidió las llaves, y extrañóse el conserje de aquella petición. ¡No sabía dónde estaban! ¡Como nadie leía otra cosa que periódicos, y hacía, quién sabe, que no se abría aquello! De paso preguntó al boticario si había visto "Blanco y Negro", que no parecía, y salió refunfuñando contra el registrador, que se llevaba a su casa las revistas ilustradas.

Fuéronse entonces el boticario y Medina a casa del primero. La esposa de éste recibió a César con franca y sincera amabilidad. Todos sus recuerdos fueron para la abuela, la noble mujer

que parecía haber dejado una estela de santidad y un olor de virtudes entre todos los que la conocieron.

Parecía también como si todos los afectos, todas las atenciones y solicitudes que Medina iba hallando a su paso, más que a él, fuesen un tributo a la memoria de aquella muerta. Dolía-le algo esta consideración, embotándole finamente los impulsos del agradecimiento y la espontánea simpatía que nacía del fondo del alma, en noble y leal correspondencia.

Después de comer, volvieron al casino, que tenía ahora un aspecto interesante. No había mesa desocupada. Jugaban allí al golfo, al tresillo y al julepe. Todo era juego, y, donde no, acaloradas discusiones políticas, aunque, según el reglamento del casino, estaban prohibidas. Medina se acordó entonces de haber leído, no sabía dónde (1), esta observación: si se le preguntara a un extremeño para qué servía el dinero, contestaría que para jugarlo.

Tuvieron que sentarse fuera, al sol, bajo los soportales. El boticario hablaba, sin dejarle vez a Medina. Era el boticario hombre muy culto, a pesar de su aspecto tosco, y exponía a César excelentes teorías agrícolas para que las ensayase en "La Millona". Ponderábase las ventajas de la agricultura moderna y la aptitud de aquellas tierras para implantar en ellas el cultivo intensivo.

—Si el cernicalo de tu administrador hubiese tenido talento para otra cosa que no hubiera sido desvalijarte, "La Millona", sería hoy un vergel, y rentaría veinte veces más.

Medina, entonces, contó al boticario cuanto le acaecía con el administrador, y expúsole el compromiso en que se hallaba, sin un céntimo y en la necesidad perentoria de satisfacer las cincuenta mil pesetas.

—Se os emplea—repuso el boticario—. Tenéis vosotros la culpa, los ricos absentistas, que no os ocupáis en Madrid de otra cosa que de hacer dinero. Así consideráis como al mejor administrador al que más os da, sea como sea. El caso es gastar y triunfar en Madrid. Y, claro, llega un momento en que gastáis más de lo que tenéis, y ya empezáis a hipotecar vuestra autoridad con esta gente, por las necesidades de allegar recursos. Ellos alimentan vuestros vicios, vuestras dejaciones y, como derecho de tercera, llevan un corretaje y se van enriqueciendo, mientras vosotros os arruináis....

Luego, el boticario, le expuso una idea: acaso se pudiera contratar un préstamo con la Caja Rural del Sindicato, para lo cual él, como presidente, haría cuanto pudiera. No sería difícil conseguirlo, por ser un caso que caía dentro de los fines de la Institución, que aspiraba a libertar a los labradores de la usura.

Animóse algo Medina.

—¿Pero, y la amenaza del embargo para mañana?

—Déjalo de mi cuenta. Al administra-

(1) Unamuno, "Por tierras de Portugal y de España".



...las mismas calles sucias, con olor de retamas...

dor le arranco yo un plazo prudencial, por buenas o por malas. ¿O tú crees que porque seas solo no tienes a nadie?

César expresó con vivas señales su gratitud, y el boticario, sin conceder importancia a aquello, empezó a desviar la conversación hacia nuevos proyectos y teorías agrícolas, prometiéndose magníficos resultados.

Y en esto, noble, airosa, gallarda y gentil, una mujer pasó y dió las buenas tardes. Miróla Medina y experimentó una viva turbación: era la joven que viajó con él en el tren desde Ciudad Real. El recuerdo de su conducta en aquel viaje destempló intensamente su ánimo, y le irritó haberla encontrado allí, delante del boticario, como si estuviese enterado de lo acaecido, y al mirarlo en silencio le reprochase su falta de galantería.

Y más le irritaba aún ver que el

boticario empezó luego a ponderar las cualidades de aquella joven.

—¡Una paloma!—dijo—. Mentira parece que la madre que parió esa bendita haya echado también al mundo al mostrenco de su hermano.

VII

—¿El señor es don César Medina?

Asintió éste, y un cura viejecito estrechó su mano, con grandes muestras de cariño.

—¡Tanto gusto! Sin conocerlo lo querré aya. Basta que sea usted nieto de aquella gran señora. ¡Dios la habrá premiado ya—añadió con aire de afirmación—, porque era una santa!

El cura, luego empezó a relatar su historia. Era el párroco de La Cancha, pero vivía retirado ya en Torrealta, a

causa de sus muchos años. No se hacía a vivir fuera de sus feligreses, mas sus achaques, innumerables ya, demandaban ciertos cuidados y ciertas comodidades que no podía proporcionarse en la aldea. Sin embargo de esto, de vez en cuando ensillaba su borrica y acudía a charlar un rato con sus viejos amigos. Aquel día era uno de ellos, y he aquí que, aprovechando su venida, le habían encomendado un asunto interesante que deseaba exponer al señor don César reservadamente.

Medina, cortés, le hizo pasar a la casa, y subió con él a su despacho. Ofrecióle un sillón, que el sacerdote rehusó agradecido, acercando él mismo una silla.

Hubo un instante de silencio. El cura no sabía cómo empezar, temeroso de herir la delicadeza de Medina. Todo era buscar rodeos y circunloquios, hasta que al fin tuvo que exponer el asunto claramente: la señora viuda de Algaba, doña Matilde Mata, enterada por ciertos rumores de que habían surgido algunas desavenencias entre el señor don César y don Cayetano, su administrador, ponía a la disposición del primero, sin interés de ninguna clase, cuanto dinero necesitara para liquidar cuentas. Y como estos asuntos requerían prudencia y reserva, y los pueblos eran muy chinchorreros, comisionábale a él, como sacerdote, la señora doña Matilde, para dar a conocer al señor don César tal ofrecimiento, que se hacía de corazón y en recuerdo de las buenas relaciones que siempre ligaron a las dos familias.

César se aturdió. No conocía a dicha señora.

—Creo que la conoce usted, aunque sólo sea de vista, señor don César—replicó el cura—. Viajó con usted en compañía de su hija, desde Ciudad Real hasta la estación del Encinar, aunque doña Matilde lamenta que ustedes no se dieran a conocer.

Aturdióse doblemente Medina, al saber de dónde provenía ya la oferta. ¡Con eso sí que no contaba él, y eso sí que era una humillación a que él no podía someterse!

—Señor cura, agradezco muchísimo la atención; pero a esa señora, a quien transmitirá usted mi gratitud, han informado mal, pues dispongo de medios propios para solventar mis deudas. Que no lo tome, pues, a mal doña Matilde, sino que, no haciéndome falta, no es correcto aceptar.

El cura, entonces, sin adivinar el fondo de la repulsa, expresó por su propia cuenta el gozo que le proporcionaba poder comunicar a doña Matilde tan halagüeñas noticias.

—Encantados, señor don César. ¡Si no era creíble! Y de este asunto, descuide usted: nadie se enterará de nada, porque como los pueblos son tan especiales!...

Dicho esto, se levantó el cura, expresando su vivo sentimiento, por no poder venir a menudo a hacerle algún fardo de tertulia, como solía hacer con su abuelo. Había recomendado, sin embargo, al coadjutor que le sustituía, que le visitase con frecuencia y pidiera su

parecer en los asuntos de La Cancha, pero el pobre coadjutor tenía ahora a su madre enferma y acaso no hubiera podido saludarlo todavía.

Le acompañó Medina hasta la puerta, gozándose interiormente de su respuesta que satisfacía el innato orgullo de su temperamento altivo. Sin embargo, al quedarse solo, la tristeza y la intranquilidad le poseyeron el ánimo. Era aquello una solución y no podía aceptarla, y abocado como estaba a un eseándolo.

Escribió entonces una carta al boticario, hablándole del préstamo de la Caja Rural y envió a Frasco a Torrealta. Cuando éste regresó a las tres horas, traíale otra misiva de don Juan en la que le decía que la operación del préstamo podía concertarse al día siguiente. El boticario había arrancado, como prometió, un plazo al administrador, y el asunto entraba en vías de concordia.

Medina, entonces, viendo solucionado por el pronto el conflicto dió delante del mismo Frasco muestras de vivo regocijo. Aquel día comió bien, con gran complacencia de las mujeres que retiraban de la mesa, harto mermadas, las fuentes preparadas por ellas, sobre todo, la de los pichones rellenos y la de los buñuelos de viento...

Estuvo César más comunicativo que nunca y hasta bromeó con Frasco, con la Antonia y con la Inés, a quien preguntó por su novio:

—¿Y te casas pronto?

La muchacha se puso muy encarnada y balbuceó una respuesta ambigua.

—Allá pa el verano queremos hacerla el su pitorio—explicó Frasco—. Bastián quiere pitorio y boa a la ves, por los menos gastos, porque como el su padre anda tan atrasao... pos tóo es cabildar a arrecoger el céntimo. Si el año pintara güeno, como paece, pos hayle mucho adelanto pa toas esas cosas.

—¿Van bien, pues, las labores?

—En lo que cabe, no anda la cosa mal. No se han binao entavía algunas suertes, señorito. De chicharos no se ha sembrao un grano, faltan también bastantes jabas y algo de trigo. La cebá ya apunta. Tardío tóo, señorito, a causa del otoño que ha diluviao. ¡Veyle lo que hace sembrar a güen tempero! En otros años, por este tiempo, ya habíamos dao un corte al forraje de centeno. Lo que corre más priesa ahora es la acituna, y como en toas partes son a arrecoger a la ves, pos no se encuentra una mujer pa un remedio. Talmente hayle que hacer con la bellota, si es que se va a vender el sobrante. ¡Como hayle tan poco ganao!

—¿Y eso?

—Veyle: cosas de don Cayetano, que vendió a destiempo los lechones, y, como aluego pidió un disparate por la montanera, pos lo de tóos los años: que naide entra una pata. Pensaría comérselo el su yerno en arriendo, como venía haciendo, porque aluego, como la bellota se cae, hayla que dar por cinco chavos, y es lo que se dice: pa que se lo lleve otro, pos primero está el deo que le uña y veyle el deo del su yerno.

—Las ovejas, regular. Otros años ya había pasao por este tiempo la fuerza de la pariera, pero como el ganao de "La Millona" se cubre ahora tardío...

—¿Y a qué obedece?

—Pos que como don Cayetano tiene que cubrir las sus ovejas de "La Colonia" y lo que hayle en España es de los españoles, pos don Cayetano dice: "La Millona" es España y yo el español que necesita los moruecos que mantiene "La Millona". ¿Pa qué quiero yo comprarlos si los tiene don César? Pos él los mantiene, yo me los llevo emprestaos y de que me dan el apaño se los degüelvo pa que otra ves los mantega; se cubren a tiempo las mis ovejas y las suyas cuando Dios quiera, y el que no sepa, a estudiar a Salamanca.

—¿De manera que todo andará así?

—Mié usted, señorito, no me empreunte más; usted ve, oserva, arregura y forma aluego el su juicio. Porque ¿pa qué hablar? Si por mí fuera, ya hubia yo cantao a cada cuale las cuatro verdaes; pero como don Cayetano siempre estaba echándome reprendos en el su nombre de usted... pos güeno, me dije: a gusto del amo se jierra el caballo. Y asina va la cosa desde que murió la su agüela.

Medina calló sin pedir más explicaciones a Frasco. Ya de antes tenía el propósito de observar en silencio e ir atando cabos para poner orden en sus cosas.

—Y diga usted, señorito—intervino la Antonia—, ¿cuándo dispone usted que se haga la matanza? Porque la cecina anda de remate, y por nosotros está bien, pero el señorito no quedará cosas rancias. ¿Se mata lo de tóos los años?

César no entendía de nada de todo aquello, con admiración de Frasco que, no se lo explicaba.

—Pero de verdá, señorito, ¿no ha visto usted nunca una matanza? ¿Ni se lo ha contao la nuestra ama, que en gloria esté? ¡Pos menúa juerga! Verá usted cuando hagamos la nuestra. Aquel día se pincha también, asina es que los mozos no hacen más que empreguntar pa cuando la haiga. Y es que como el vino de "La Millona" tiene tantos golosos. ¡Guenas botellas se bebía don Cayetano! ¡Más gozaba la nuestra ama aquel día! En cambio, al su agüelo le ponía malo la matanza y se tenía que dir de caza por el tanto ruido. ¡Güen tiraor! Onde ponía el ojo, daba. ¿Y a usted, señorito, no le gusta la caza?

—No sé... No he cazado nunca.

Frasco reía con una carcajada sonora y efusiva que descubría toda la doble hilera de sus dientes. Medina, contagiado, echóse también a reír, y el buen humor presidió el café, sazornado con las ocurrencias que acerca del hijo de don Cayetano seguía refiriendo Frasco.

Al fin se decidió a coger la escopeta y el perdigón y entretener cazando la tarde. Frasco le acompañó para enseñarle el sitio más a propósito, donde un cerco de piedras se levantaba en la falda de una colina.

Frasco fué dando instrucciones a Me-

un montón de pedruscos y la disimulaba con unos escobonos de retama.

—Usted ahí quieto, señorito...

—¿Como don Mariano?—preguntó bromista Medina.

—Ca uno es ca uno—contestó Frasco—. Verá usted: escomenzará el perdigón a hacer jácaras hasta que responda el campo. Si hayle caza, como la habrá, verá usted el "Cosquilla" que piñoneo y cómo la recibe... Pos, cuando entre la pieza en plaza, dispara usted, la mata y no desmejora usted del su agüelo, que no hacia casi nunca marro.

En seguida se retiró dejando solo a Medina. La tarde quieta y sosegada no tenía apenas rumores... Sólo el agua del río ponía en el vienteillo un murmullo de vida, y lejos, de vez en cuando, tintineaba vagoroso el eco de alguna esquila. Parecía todo dormirse en la soledad con aquel arrullo de la mansa corriente...

El perdigón dejó oír a poco un jacareo sonoro y retador que parecía un saludo a la libertad... Oyóse cómo de entre los tamujos y las encinas respondía otro gallardo también, como el alerita de un centinela. Y luego entre los dos se entabló un pugilato, como el de dos gallos que se citan a la pelea, hasta que un vuelo rápido se dejó sentir cerca del puesto. El pájaro libre quedó a cierta distancia, receloso, como si adivinara algún peligro. Y el "Cosquilla" entonces, mañoso, hipócrita, cual una Celestina que desplegase habilidosa todo el arte de sus engaños, cuchicheó incitante, bajito, con un tono gangoso que le pareció a Medina un artificio marrullero. Y el otro pájaro, entonces, alocado, tembloroso, arrastrando sus alas con voluptuosidad, vino rápido, dando una vuelta al púlpitillo... Era el instante oportuno y Medina disparó. Fué todo simultáneo: un fognazo, un estampido y un incauto sangrando y estremeciéndose en colvulsiones, mientras el traidor de la jaula alzaba otra vez sus jácaras y cantaba victoria, envalentonado sobre los despojos de aquella víctima.

Medina, orgulloso, saltó del puesto a recoger la pieza, pero cuál no sería su estupor al ver que de lo alto de la loma descendían a todo correr dos grandes mastines, feroces y acometedores. Vocó Medina atropelladamente, con propósito de detenerlos, más los perros, enfurecidos, se le echaban encima y sólo un instante antes de llegar comenzaron a dar vueltas en torno de él acaso, buscando por dónde embestirlo.

Defendiéndose torpemente el cazador, apenas los contenía con el cañón de la escopeta. En un instante vió que un zagal contemplaba indiferente aquel cuadro, y hasta se dijera que le entretenía. César, entonces, hecho una furia, amartilló la escopeta y disparó el otro cañón alocadamente, sin que hiciera blanco.

Corriendo, entonces, se acercó el zagal, y enérgico, apaciguó a los perros. Barbotaba César de indignación, y, como un enajenado, cogió un brazo del zagal, sacudiéndolo y descoyuntándolo, mientras le apostrofaba:

El zagal entonces se limitó a contestarle:

—Los perros estaban en la su finca y en el su derecho. Se tienen "pa" eso, "pa" que no entre "naide" que no deba, que esto tiene el su dueño y "usté" no debe cazar...

—El dueño soy yo, ¿sabes?—rugió Medina—. ¡Soy el amo!

Dijo esto con tono tan enfático y tan firme, que el zagal comprendió algo. Ya Frasco, que había oído las voces de César, acudió presuroso, y, dándose cuenta de lo sucedido, se dirigió al zagal:

—¿Por qué no acudistes, indino?

Luego procuró templar a Medina:

—Amos, señorito, dispéñsele, que no ha sido na...

El zagalillo entonces miró consternado a César, dándose exacta cuenta de quién era... Luego se echó a llorar:

—Señorito..., no le arreconocía... Nunca lo vide... Creíme que fuera uno de esos amigos del hijo de don Cayetano, que son los que vienen por aquí, y como no dejan comer tranquilo al nuestro ganao, porque les despanta la caza, pos too es aluego nosotros dir de acá pa allá, y los tenemos rabia... ¿Señorito? Besaréle la mano como hacía el mi padre con la señora...

El muchacho, uniendo la acción a la palabra, llenó de besos las manos de César. Este, a pesar de su mal humor, sintió que se enternecía y hubo de sonreír al niño, echando a andar para la casa.

—¡Malpocao!—dijo luego Frasco—. No tiene padre ni madre, y cuando se queó güerfano la señora mandó a decir que se le arrecogiera...

Medina comprendió que, después de todo, aquel niño tenía un sentimiento innato de la justicia y que, sin darse él cuenta, era un defensor de su propiedad. Esto y la actitud humilde con que le demandó su perdón trocaron sus anteriores sentimientos de ira en una impresión de acendrada simpatía, y esta simpatía fué cierta serenidad, cierto resplandor de gozo sobre su espíritu.

Sintióse acaso, por esto, en aquel instante optimista, y se le figuró que alguien bendecía esta misericordia suya. Instintivamente miró entonces al cielo, como si ese alguien desde allí le mirara. El cielo era diáfano azul en el crepúsculo y se teñía de viva escarlata en los confines en que parecía tocarse con la tierra... Lejos, se oían unas voces llamando al barquero, y más lejos, entre una música fugitiva de campanillas, una flauta derramaba dulzuras y parecía ir durmiendo perezosamente a la tarde...

VIII

César tuvo que ir a Torrealta, según reclamaba el boticario, para concertar la operación del préstamo. Salíó de "La Millona" bien temprano. Hacía una niebla muy tupida que parecía llovizna y calaba la ropa... El camino se perdía oculto por esta gasa blanquecina que arropaba los campos...

Prodújole a César cierta melancolía la visión de esta bruma pegajosa y ce-

rrada, y como iba sólo, sus pensamientos se contagiaron de esta vaga tristeza... Era él entonces un símbolo de su vida: un viajero solitario a través de la sombra del porvenir...

Derivando así por ásperas ideas, una vez más, pensó con nostalgia en la vida lejana de Madrid, haciendo resaltar todos sus atractivos... Un anhelo encendido subióle entonces del fondo del alma, y por primera vez se le ocurrió pensar si no sería mejor para él vender la dehesa, constituir con el capital una renta y amoldarse a vivir con ella, sin preocupaciones, sin cuidados, sin molestias... Este sentimiento cobarde y egoísta, pareció deslumbrar por un momento a Medina, y con la fantasía echó los cimientos de futuros planes para reanudar la vida esplendorosa de la corte.

Pero luego más tarde, aun con todas estas ansias que le caldeaban el corazón, sentía que algo muy hondo y muy vivo le sujetaba a aquella tierra; algo que le ponía temores en el alma y gritos en la conciencia, nunca completamente sorda a los llamamientos honrados... Y algo también de remordimiento y vaga inquietud que le hizo pensar que, desprendiéndose de "La Millona", daba un adiós a la noble tradición de sus antepasados, renegando de su historia, como un traidor... y que aquel dinero que diesen por la dehesa iba a quedar en el aire, sin esa seguridad y esa confianza que inspira la tierra.

Cuando llegó al río, insistía ya otra vez sobre la idea del préstamo. El barquero, muy respetuoso, le tomó el caballo, asegurándolo en la barca. Después abrió sus brazos vigorosos y remó con un compás leve y constante.

En la otra orilla, Medina siguió echando sus cálculos sobre el tiempo que necesitaría para solventar el préstamo que le hiciese la Caja Rural. ¿Y si no podía pagar? Se acordó entonces de la viuda de Algaba, como si ésta fuese un recurso, siempre a disposición, y otra vez la idea de su amor propio humillado, hizole pasar como por aguas sobre esta hipótesis.

Traída ya a colación la viuda, se le ocurrió a Medina pensar qué motivos la hubieran llevado a hacer tal ofrecimiento. No creía él fuese un culto rendido a la memoria de una amistad que interrumpió la muerte, y sí algo indescribable que se avenía mejor con esas desconfianzas que sugieren los propios prejuicios, cuando topamos de súbito con generosos sentimientos. ¿Qué sería? No adivinaba él, por más que buscaba en sus razones, el propósito oculto de aquella misteriosa oferta. ¿Sería para humillarle en venganza de su comportamiento durante el viaje? ¿Una estocada a fondo en medio de aquella aparente cortesía?

Haciendo divagar su imaginación por intrincados laberintos, entraba ya en Torrealta, que le pareció ahora una sepultura. Un esquilón debía llamar a misa, porque Medina vió que unas viejas, arropadas en sus cobijos, salían de las casas y se encaminaban hacia la iglesia; hasta los pregones de los vendedores le desagradaron; vocaban sardi-

nas, bollos de centeno, jabón y garbanzos.

Tuvo que hacer poco con el boticario, pues éste ya lo tenía ultimado todo y restaba firmar, sólo que el préstamo lo había elevado don Juan a sesenta mil pesetas, al 4 por 100. Calculado había el boticario que tendría que hacer Medina labores en "La Millona", traer abonos, empezar mejoras, implantar, en fin, un programa agrícola, para lo que necesitaria dinero. Llenó a César la cabeza de planes, y tan sencillo lo exponía todo, que el joven asentía entusiasmado.

—Y te irá muy bien—reforzaba el boticario—. Algo se va haciendo ya entre esta gente, pero poco a poco, a remolque, porque estos labradores son refractarios a toda reforma y temen el riesgo, y los que pudieran tomar iniciativas, los ricos, de esos no hay que hablar. El dinero no les proporciona a ellos nada más que un gusto: ¿sabes cuál? Guardarlo.

El boticario echaba pestes de los ricos del pueblo. No tenían, según él, más afán que comprar dehesas y acumular las rentas para comprar nuevas dehesas, como si todo el fin de la vida humana fuera juntar... juntar... juntar...

Medina, por lo que decía don Juan, comprendió entonces que el dinero de los extremeños servía ya para dos cosas: en primer lugar, para jugarlo, después para comprar dehesas.

—La única que desde algo es la viuda de Algaba—reanudó el boticario—, que lo da a manos llenas. Y a propósito, César, tenemos que visitarla. La pobre señora tiene unos deseos grandes de conocerte por haber querido tanto a tu abuela, y me ha hecho prometer que en la primera ocasión que vinieras al pueblo, te llevaría a su casa.

A César le contrarió mucho aquello. Le molestaba grandemente visitar aquella casa, donde a la fuerza había de sentirse humillado con el recuerdo de la oferta. Recapacitando luego, pensó que rehusar la visita era darse por vencido, y que muy bien podía enorgullecerse de la respuesta que dió al sacerdote.

Como era todavía temprano, aguardaron a ir a hora conveniente. A las once se encaminaron a casa de la viuda. Era una casa amplia, lujosa, antigua, pero bien cuidada. Todo daba en ella una impresión de holgura: El ancho zaguán lleno de macetas con plantas exóticas, la inmensa cocina donde crepitaban los leños y se calentaban algunos criados, el patio que se adivinaba frondoso tras el cierre de cristales de colores. Encontraron en el último cuerpo de casa a doña Matilde que acogió a Medina con grandes muestras de regocijo, con esa simpatía maternal que tienen las mujeres para todos los jóvenes.

—Ingratón—le dijo—. ¡Haber estado en Torrealta y no haber venido por aquí! ¿No sabes que tu abuela era para mí una hermana? ¿Y cómo no me dijiste en el tren al despedirte quién eras? A mí, hijo, los años me pesan ya bastante y me dormí. No me di-

cuenta de nada... ¿Pero quién iba a presumir?

Diciendo esto, iba empujando a Medina suavemente hacia una sala pequeña. Aturdido él, no sabía qué contestar a las preguntas joviales que le hacía aquella señora, la cual a semejanza del médico y del boticario, le tuteaba, como si le conociese desde toda la vida.

Entraron en el gabinete y fué una aparición aquella que acabó de ofuscar a César: la joven que viajó con él, en el tren, permanecía allí sentada, bordando en el bastidor sobre la camilla.

—Dios te guarde, paloma—exclamó el boticario.

A continuación hizo la presentación de César. Este la saludó, como si no la hubiese visto nunca, y ella correcta y olvidadiza, le acogió como a un atento desconocido.

Doña Matilde, que por cierto hablaba tanto como el boticario, siguió haciendo a Medina infinidad de preguntas. Hablóle mucho de su pobre madre, y demostró cómo la abuela Dolores la puso al corriente de todos los disgustos que los tíos maternos de César sostuvieron con el padre del joven.

—Yo creí que vivirías con ellos, muerta tu abuela...

César explicó cómo toda la familia de su madre se había ido extinguiendo, arrebatada por la terrible enfermedad de las incurables tristezas, que parecía una herencia vinculada a aquella generación. Quedábanle sólo algunos primos en Santander, pero no se conocían ni se trataban. Aquellas ásperas enemistades de los padres, parecían haberse transmitido también a los hijos, y César, esto lo dijo con orgullo, hacía honor a las intenciones de sus tíos, pero no reconocía a nadie el derecho de dudar de la honorabilidad de su padre, que fué también una víctima de su excesivo amor propio.

Discretamente interrumpió el boticario estas penosas consideraciones a que había derivado César, y recomendándole le esperara allí, pretextó un asunto de momento y se despidió hasta después.

La conversación para César se hizo entonces en extremo embarazosa, sin la presencia de don Juan. Timidamente, como el que rehuye tocar un asunto desagradable, expresó su agradecimiento por la oferta del dinero.

Doña Matilde no le dejó acabar:

—Eso no merece la pena, hijo. Ni mencionarlo siquiera. ¿Lo que yo sentí cuando me dijeron que tropezabas con algunas dificultades con tu administrador!... Pobre muchacho, me dije, viéndole solo y sin tener aquí a nadie, que errán abusar de él... A ésta se lo dije, ¿verdad, Dolores?

La joven, poniéndose vivamente encarnada, hizo un vago asentimiento con la cabeza y empezó a jugar con las tuercas del bastidor.

Doña Matilde, no insistiendo más sobre aquello, varió de conversación.

—Tomarás algo, ¿no es verdad, hijo?

—¡Oh!, no, gracias.

—¿Cómo que no? Eso faltaba, que fuéramos a gastar cumplidos. Sé que

andas un poco delicado y que necesitas tomar algo a menudo.

—Pero si no acostumbro... Y comeré ya pronto...

—¿Y eso, qué? No te quitará las ganas de comer. Tú, Dolores, manda que traigan algo a César.

La joven se levantó.

—No, no pida usted nada—rehusó Medina—. No se moleste.

Doña Matilde se puso por las nubes.

—¿Qué es eso de hablaros de "usted"? Eso es no trataros con confianza. ¿No ves, hijo, como yo, desde luego, te he tratado de tú? Si sois hasta parientes, aunque lejanos.

Dolores casi no se preocupó de lo que decía su madre. Ella misma trajo una bandeja con dulces y una jarra de leche.

Mirábala César cohibido, temeroso, avergonzado, y veía que mientras ella llenaba una copa de leche temblaban aquellas manos, que debían ser de nácar, a juzgar por la blancura transparente que tenían. La joven, hecha esta operación, volvió a sentarse, sin decir palabra, con una actitud entre agradable e indiferente.

Tuvo que apurar Medina hasta dos copas, a instancias de doña Matilde, que se ponía verdaderamente pesada.

Después, viendo que tardaba el boticario, hubo de despedirse. Reiteróle la viuda el encargo de que fuese por allí con frecuencia y le contara sus cosas. Dolores, en cambio, apenas hablaba. Ni estaba seria, ni dejaba de estarlo. Hubo un momento en que le pareció a Medina antipática, gozándose de esta sensación con un prurito infantil.

Cuando se reunió con el boticario, a quien halló dando voces en la rebotica, don Juan le preguntó:

—¿Qué te ha parecido Doloritas? Una paloma, ¿verdad? Quien se lleve a esa ya tiene el premio gordo de todas las loterías de la vida.

No contestó nada César, porque vagamente, borrosamente, una idea súbita comenzaba a empañar otra vez con la niebla de sus prejuicios toda la noble y espontánea simpatía que con el trato afable de la viuda había sentido barruntar en viva comezón.

IX

Cuando Medina entregó a Frasco un talón para que con los carros retirasen de la estación del Encinar un vagón de abonos, el asombro del aperador no tuvo límites.

—¿Y se ha dejao usté engañar como un chino, señorito?

—¿Por qué?

—Porque los polvos son sacacuartos. Hágase usté cuenta que es como el que tira el su dinero a la calle.

Medina explicó a Frasco que, habiendo de sembrar leguminosas en el barbecho, era conveniente abonar con superfosfatos.

—Engañabobos, señorito—repuso Frasco—. Al istierco no llega ná... Arrepáre usté que no es la primera vez que se echan polvos en la tierra y hubo que dejarlos. El primer año pintaron bien

en las rozas nuevas; endespués, como el que echa tierra.

Esforzábase Medina en hacerle comprender por qué no daban todo el resultado apetecido los abonos minerales. Consistía en que los labradores fertilizaban sólo con superfosfatos que daban resultado en las tierras nuevas, ricas de mantillo. En las tierras cansadas había que echar, según el boticario, abono completo. Por eso él traía además nitratos y potasa.

—¿Ve usté, señorito? Nombres revésinos. Sacacuartos: ya lo verá usté. Ná llega al istierco...

Cuando César mandó que en todos los barbechos se sembraran leguminosas, Frasco sostuvo que, suprimir el barbecho, era no coger trigo al otro año.

—Vaya despacio, señorito, y no hágale caso a las novedades, que el boticario está un tanti cuanti chalao...

—Pero, hombre; sí, lejos de disminuir, aumentará la cosecha del trigo. La leguminosa enriquece el terreno de ázoe, que luego aprovecha la gramínea.

—¡Amos! ¿Ve usted? —exclamó Frasco, totalmente convencido—. Dígame usté al boticario que si le ha tomado a usté por un sin luces, con esos latinajos...

—Pero, ven acá—replicó Medina ya disgustado—. ¿Tú qué sabes de eso? ¿Has estudiado tú como él?

—Mié usté, señorito: yo lo vide asina en el mi padre, y el mi padre en el mi agüelo, y éste en el suyo, y a toos nos ha dio tan bien asina...

Y holgaba ya replicar. La rutina, refractaria a toda innovación, se superponía a las teorías científicas de la agricultura moderna.

En la distribución del abono pudo vencerse Medina que había de luchar más que con nada con el elemento hombre. Los mozos encargados distribuían mal y hacían todo a disgusto, augurando ruinas y como alegrándose que así sucediera, con tal de salirse ellos con la suya.

Medina sufría, se irritaba contra aquella obstinación cerrada a todo progreso, y descargaba su mal humor en todos. Amo y criados nunca estaban de acuerdo. Frasco sostenía que César no entendía una palabra de aquellas cosas y que de todo tenía la culpa el boticario, que disponía con dinero ajeno.

Loco de remate consideraba a don Juan. Por poco menos tenían a César, cuando se fueron enterando de todos sus proyectos. Quería nada menos que construir establos para las ovejas y hennificar zulla y alfalfa para las vacas.

—Ná—decía Frasco—, que la niugenia del señorito, como es cosa de nervios y de cabeza, tiene esas chiflauras. Y toa la culpa don Juan...

Cuando dió cuenta a su amo de que la zulla no había nacido, se lo dijo con cierta satisfacción, con cierto aire de triunfo:

—¿Ve usté, señorito?... Dinero tirao...

Después, Medina, investigando las causas, se enteró que Bastián no había inoculado el terreno con la tierra del zullar que enviaron de la Granja Agrícola de Badajoz. Había visto el mozo

aquellos dos sacos de tierra y, creyendo que fueran abonos, no hizo caso de ellos, porque el terreno lo habían estercolado antes las ovejas. Parecido resultado obtuvo la alfalfa, porque como, según Frasco, era para hierba y el terreno estaba bien poblado de vallico y de aveneras, mandó que no lo limpiasen, creyendo que daría todo junto más forraje.

Medina quejábale de todas estas cosas al boticario, que iba de vez en cuando a ver las labores, y el boticario, dado siempre a su costumbre de bucear las causas de todo, tronaba contra los gobiernos y contra los maestros de escuela.

—Enseñan a los niños qué es pedagogía y cuántos reyes hubo en la monarquía visigoda, y qué es círculo y qué es trapecio, y no les enseñan cómo se siembra el trigo...

César descorazonaba con todo aquello que se traducía en gastos y perjuicios, y pensaba que el sistema económico que comenzaba a implantar en "La Millona", iba a ser a la postre ruinoso. Desquitábase por esto con los criados, a quienes trataba hosco, hurafío, destemplado siempre y amenazador.

Sin embargo, las sementeras habían nacido bien. Aunque tardías, el invierno favoreció la sana germinación de las semillas y los trigos apuntaban con un color sano y lustroso. Igualmente las cebadas, que, según frase de Frasco, se veían crecer.

Lo que más preocupaba a Medina, por el pronto, era la aceituna, que se estaba pudriendo en las trojes, esperando que pudieran venir los aceiteros del Encinar. Se le iban agotando los recursos y era el aceite la entrada más importante de la temporada. Y había que cavar la viña, pagar contribuciones, abonar los jornales a los taladores, liquidar desde allí varias cuentas pendientes en Madrid y arreglar desperfectos que estaban pidiendo a voces reparación. La marcha de todo aquello constituía una máquina complicadísima, y César, poco acostumbrado al esfuerzo, desmayaba pusilánime. De atender a todo, era cosa de no descansar un momento, obligado siempre a ejercer una escrupulosa vigilancia. Había que estar presente en todas las operaciones, porque, de delegar en sus subordinados, lo hacían todo mal, aferrados a la tradicional rutina...

El creyó que con unas cuantas lecciones tendría un personal apto y competente, y cada día desesperaba más de los suyos. Dar órdenes y advertencias era proporcionarse nuevos disgustos. En la tala de los olivos, que entonces se estaba verificando, hubo que amenazar a los podadores con despedirlos, porque no obedecían las instrucciones del boticario. Todo el afán era cortar, cortar arbitrariamente, como si se tratara sólo de caer leña. El boticario se esforzaba en hacerles comprender que aquello era irracional, pero los taladores le escuchaban sonriendo maliciosos, con aire de suficiencia, poco menos que compadeciéndole.

Frasco apoyaba a los taladores.

Cuando le pedían razones, soltaba un refrán, o invocaba la tradición de sus antepasados, a quienes fué tan bien sin aquellas novelorías.

Y no había quien le sacara de su obstinación.

—El boticario—dijo a Medina—entenderá de despachar recetas, pero de talar saben los cortaores muchos más que él. No desvían la jacha un punto del corte, y no lo que hace don Juan, que pa darlos lecciones ha dejao un olivo más feo que Picio. Veile...

Medina despidió a Frasco a cajas destempladas. A manejar bien el hacha llamaban talar bien, preocupándose sólo de cortar en limpio y de dejar el árbol bonito, como si un olivar fuera un jardín, donde sólo hay que atender al ornato.

X

Tanto habían ponderado a Medina la matanza, que entráronle deseos de verla, como si se tratara de un acontecimiento.

Y he aquí que, a la madrugada, apenas dieron las cinco, Frasco repiqueteó en la puerta de la alcoba de su amo, avisándole de que era ya hora.

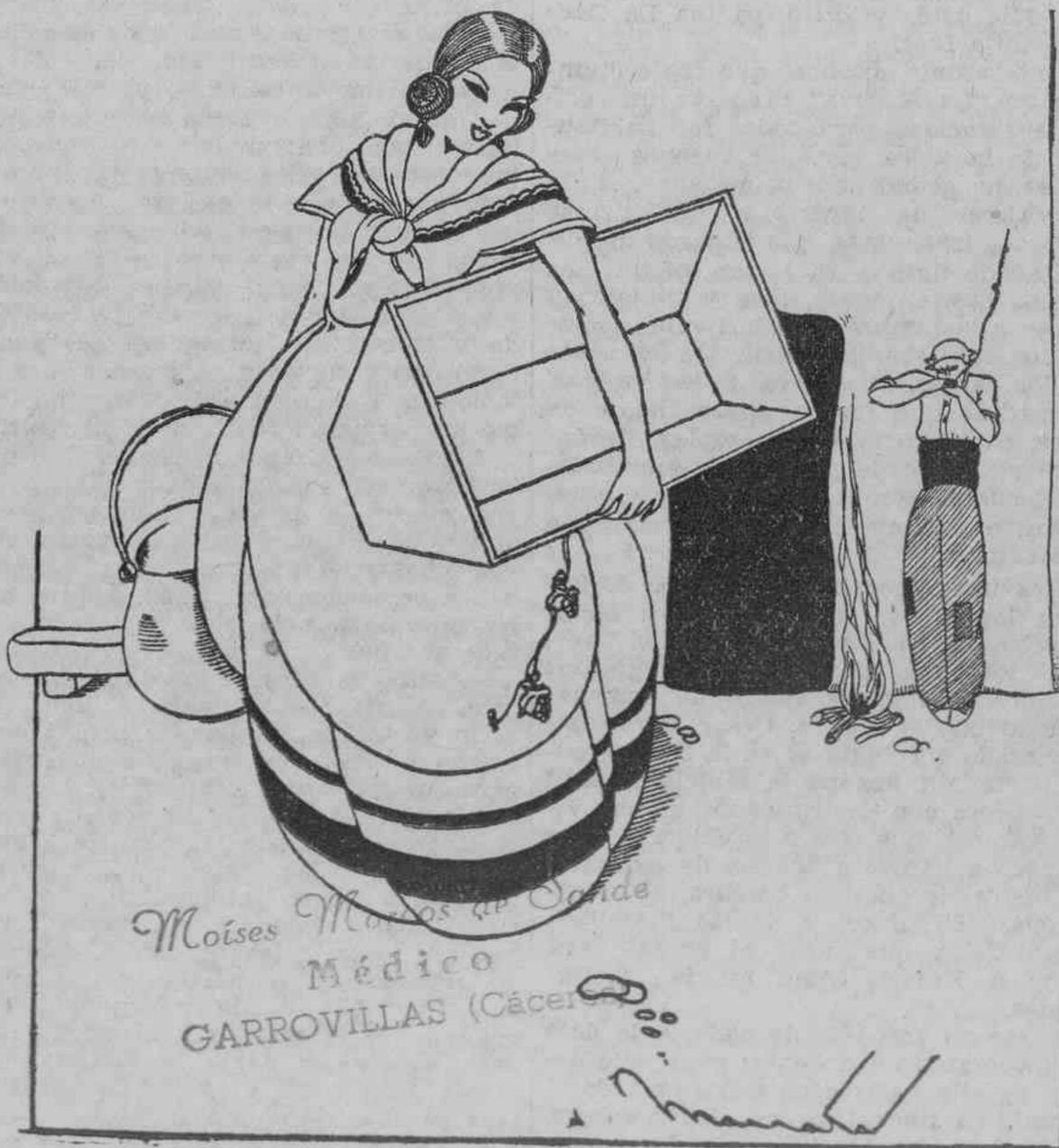
No muy a gusto, se levantó César turbado su profundo sueño en aquella

hora tan intempestiva. Vistióse con esta impresión de mal humor y se abrigó con la gruesa pelliza, pues hacía un frío intenso que le hacía tiritar; un remusguito, como decía Frasco, que se metía hasta los tuétanos.

Fleron hasta el corral, donde los mozos, con el pañuelo atado en la cabeza a guisa de gorro, esperaban a dar comienzo, alrededor de la lumbre. Antonia e Inés iban y venían de acá para allá, trajinando con calderos, artesas y utensilios, y de igual modo, otras mujeres, que habían venido de La Cancha. Pululaban también numerosos hombres, y no parecía otra cosa sino que se había volcado en la casa toda la aldea, pues chicos y grandes se entorpecían, de la cocina al corral y del corral a la cocina.

Frasco dió una voz, y acompañado de varios mozos, dirigióse a las zahurdas. Trajeron arrastrando un cerdo, que se resistía con sonores gruñidos, y pudieron echarlo sobre el banco dispuesto en medio del corral. Frasco ató el hocico del animal con una tomiza y, apoderándose de un cuchillo, tanteó con la punta el garguero del cerdo, hasta que halló sitio a propósito.

Aleve, entonces, tranquilo, inhumano, hundió la ancha y afilada hoja hasta el mango, y un chorro de sangre borbotó con fuerza, cálida y humeante. Apresu-



trajinando con calderos, artesas y utensilios

róse a recogerla Antonia en una artesa, mientras Inés picaba cebolla y con una rueca meneaba aquella masa ne-gruzca y coagulosa que se iba formando.

Luego Frasco taponó la herida, cuando ya la víctima, desangrada, dejó de estremecerse, y arrojando los mozos aquel cuerpo inerte del banco, fuéronse otra vez hacia las zahurdas, dispuestos a continuar la obra sanguinaria, que repitieron hasta diez veces con premeditación y alevosía...

—Ahora, señorito, a chorrascarlos—dijo Frasco.

Y chorrascarlos era encender unos tamujos y aplicarlos a aquellos cuerpos para despellejarlos hasta que quedasen mondos, limpios y blancos como la carne de un niño. Luego Frasco, el aleve, remangándose los brazos, se lavó las manos y, armado de cuchillo, empezó a rasgar aquellas grasas, con la misma destreza, con la misma habilidad con que un forense practicara una autopsia. Hasta se figuró Medina que Frasco, después de aquello, separando vísceras, clasificando tejidos y desuniendo membranas, iba a volver la cabeza para dictaminar si la muerte había sido natural, o violenta...

Cierto olor desagradable hizo retirarse a Medina del banco y refugiarse en la lumbre. Preparaban allí altas y panzudas ollas, que llenaban de garbanzos, coles y patatas.

—Míe usted, señorito, pa toa La Cancha—dijo Inés.

Enteráronle entonces que era costumbre en "La Millona" preparar un cocido sustancioso para todos los habitantes de la aldea que, por razones especiales, no podían ir a la matanza.

Trajeron más tarde a la lumbre unas sartenes tremendas, que llenaron de piltrafas de unto para hacer migas. Los muchachos, en tanto, iban y venían del banco a la lumbre y de la lumbre adonde las mujeres limpiaban las entrañas de los cerdos, en espera de las vejigas. A medida que fueron apoderándose de ellas, soplabanlas a todo soplar, llenándose el rostro de pringue y golpeándose el cuerpo con el inflado globo y amenazando con manchar todas las ropas a Medina.

Era una algarabía que mareaba. Reñían los niños, empujándose, y hasta llegaban a la lumbre, cogiendo tizos, con los que describían vertiginosos círculos, con grave riesgo de achicharrar a todo el mundo. César huyó malhumorado a refugiarse en la cocina; pero hasta allí llegaba la milicia infantil peleándose con destemplados gritos. Vino Antonia, que riñó a la chiquillería, y empezó a hablar a Medina de morcillas de lustre, de chorizos bofeños, de la cachuela, del adobo, y de las tajadillas. Instábale a que fuese al corral para decir a Frasco cómo quería los jamones.

César no entendía de nada, y lo dejó a la voluntad de Antonia; pero salió detrás de ella de la cocina. Ya en todo el corral, en unos tablonos, los hombres, cogiendo entre las hojas de dos cuchillos grandes pedazos de carne y unto, picaban menudamente los piltrafones,

formando un ruido bronco, como de cien tambores reunidos.

Disponían las mujeres, en tanto, en todo el cuerpo de casa, largas mesas para el almuerzo. César se dirigió otra vez a la cocina, y desde allí estuvo mirando cómo llenaban las calabazas de vino y colocaban en las mesas, de trecho en trecho, grandes fuentes con cortezas asadas.

—¿Comerá de las nuestras migas, señorito?—preguntó Inés.

Traían entonces las anchas sartenes, rebosando, humeantes. Asintió Medina, sintiendo despertársele el apetito, y entonces Inés, como todos los días, preparó el velador cerca de la lumbre. Luego apartó en una sartén un plato de migas, sacó de una alacena el jarrón de leche y trajo del corral un azafate lleno de presas.

Ya los matanceros irrumpían en la casa. Primero que se acomodaron los chiquillos, hubo que mimar y refír a algunos. Luego Frasco, pidiendo la venia de César, dió la señal, y empezaron todos a comer.

Comían todos juntos en la misma sartén, y era un pugilato de apetitos desatados. Al principio distrajo a César aquel movimiento constante de las cucharas.

Amenizaban los hombres la comida con burdas chanzas, que reñan con la boca llena. Apostaban a César que había de picar con ellos, tomándose grande familiaridad y hablando con cierta burla de los señoritos.

Frasco impuso silencio, y se apoderó de una calabaza. Remedando algunos latines, hizo una cruz en el aire y dió a la calabaza varios chupones. Alargóla, entonces, al de al lado. Este refregó con la palma de la mano la boca de la calabaza, y, aplicando a ella los labios, trasegó durante buen rato su contenido, y la alargó al otro. La calabaza fué dando vueltas entre refregones de manos mugrosas y sucias y entre succiones de labios, que dejaban allí estampada, como un barniz, la huella de la pringue.

A grandes tirones desmenuzaban las cortezas correosas, embadurnándose el rostro con la grasa y haciendo caso omiso de los escrúpulos. Seguían con sus chanzonetas agresivas y apostaban a ver quién comía más. Alguno había que amenazaba beberse tres azumbres de vino.

—Están ya tóos calamocanos, ¿sabe usted, señorito?—disculpaba Antonia.

Un vecino de La Cancha brindó cortesano a César un trago en una calabaza que le acercó, asegurándole que sabía mejor el vino contenido en ella. Mostrábasela sonriente, con los labios churretosos y las manos relucientes de pringue. Y César, entonces, no pudo resistir más: sintiendo ascos, náuseas, repulsiones que le levantaban el estómago, le dejó con la palabra en la boca y subió arriba, a sus habitaciones, renegando de la matanza extremeña. ¡Y para aquello se había levantado temprano, pasado frío y aguantado las bromas pesadas de aquella gente!

Presintió entonces que el día iba a ser para él de mareo insoportable, y decidió irse a Torrealta.

Mandó, pues, que le preparasen el caballo, con gran disgusto de todos, que no veían bien rehuyera César la familiaridad y el holgorio de aquel día. Ponderábanle el sabor de aquel caldillo que hacían con el hígado, y que tanto gustaba en tiempos a la señora ama.

Como siempre que iba César a Torrealta, dirigióse a casa del boticario, el cual aplaudió su decisión.

—Gozan a su modo—le dijo—, ino-centemente, y eso que has visto no quita para que el chorizo extremeño sea el mejor de España.

Mientras el boticario tomaba pie de está para hablar de las especialidades de Extremadura, entró, saludando, una señora cuarentona, no mal parecida, soltera, devota y husmeadora, a quien el rumor público asignaba el oficio de amigable componedora, y viceversa, de todos los noviazgos del pueblo.

Presentado Medina, dió la señora vivas muestras de complacencia, y, tras breves palabras, le encajó de súbito una enhorabuena.

—¿Enhorabuena? ¿Por qué?

—¡Ah! ¿Cree usted que no es para dársela?

—Ignoro la causa, señora...

—No se haga usted el chiquito. En los pueblos todo se sabe. ¿No ha oído usted el cantar?

Piensen los enamorados,
piensan, y no piensan bien..
Piensan que nadie los mira,
y todo el mundo los ve...

Dijo esto la solterona con una sonrisa maliciosa y penetrante. Medina, encogiéndose de hombros, seguía dando muestras de no estar enterado de nada.

—Y lo que me alegro—reanudó ella—. Hacen buena pareja. Ella es una muchacha simpatiquísima, de lo que no hay.

—Pero, señora, ¿a quién se refiere?

—Vamos, le gusta a usted que le regalen el oído. Pues sí, señor, lo digo y lo repito: es un matrimonio que pega: un Medina con una Algaba...

César dió un salto en la silla.

—¿De dónde han sacado eso?

—Todo se sabe, caballero, aunque se tenga tapado—respondió jovial la solterona.

La mujer del boticario sonreía también, mientras tanto, algo maliciosa, aunque sin tomar parte en la conversación. Don Juan entraba y salía de la sala a la botica, hablando medias palabras contra el mancebo y casi sin enterarse de lo que hablaban la solterona y Medina, porque a cada instante venían a consultarle las recetas.

Medina negaba de corazón. No había pasado por sus mientes tal cosa.

La devota insistía:

—¡Vamos, señor! ¿Qué inconveniente tiene en decirlo? Si hasta se le conoce en los ojos... Y la muchacha no tiene desperdicio: es guapa, es rica y es buena.

Salió en esto la esposa del boticario a la cocina. César entonces, acabó de convencerse que era una conjura en toda regla, y, muy disgustado, muy orgulloso, dijo muy alto, para que lo oyese bien la solterona:

—Pues es todo incierto, absolutamente todo; en primer lugar, porque no quiero, y en segundo lugar, porque a mí no me pesca como a un colegial una señorita «cursi» de pueblo...

E instantáneamente quedó callado, porque una figura de mujer apareció en la puerta de la sala; y sonriente, como si no hubiera oído palabra alguna, entró en el aposento y saludó a la señora y a César. Era Dolores.

César, cortado en seco, contestó embarrullado a su saludo. Dolores, sin sentarse, salió al zaguán y llamó a la esposa del boticario. Luego se dirigió a la solterona desde la puerta de la sala:

—Vamos, doña María, que hay prisa y tenemos doce pobres. Adiós, Medina; usted lo pase bien...

César se aturdió más aún:

—¡Dolores... señorita... Adiós...

—¡Buena: era para coger a la célibe y hacer con ella un desatino! ¡Y en qué ocasión fué a presentarse Dolores!

Aquello puso en el ánimo de Medina cierta desazón, cierta acidez que no podía desechar aunque lo intentaba. La comida, después, transcurrió aburrida, sin que distrajeran a César los eternos problemas agrícolas del boticario, ni las referencias que hacía su esposa de la vida aquella del pueblo, que muy pronto iba a empezar a animarse. Vendrían las Pascuas de Navidad y de Reyes, con bailes en el casino, luego la Candelaria, con las corridas de gallos y de cintas. En la primavera, la romería a la ermita de Piedra Santa; en mayo, la feria grande, una sucesión, en fin, de festejos continuados. Incitaba a Medina a que no perdiera una fiesta, con lo que se distraería mucho.

A César apenas le interesaba aquello. Embaido estaba en una idea fija, a cuya influencia no podía sustraerse; el recuerdo de la conversación que había sostenido y la aparición repentina de Dolores, que debió de haber oído sus últimas palabras...

No quiso ir al casino y si disponerse a regresar a «La Millona», porque ya le irritaban el pueblo, el boticario, todo...

Mareado de dar vueltas entró en la casa ya bien cerrada la noche. Había en la cocina un estruendo de zambombas y un barullo de canturreos.

Callaron todos al aparecer Medina, y Frasco se dirigió a él.

—Señorito; si le molesta nos llamamos, pero a la señora, nuestra ama, le gustaban mucho estas cosas de la matanza. ¿Quiere que le canten un romance? Bastián es buen cantaor y sabe milenta: el de «El Corregidor y la Molinera», el de «Los Pelegrinos», el de «Don Petiongo», el de «El Encajero», el de «Gerineldo» y otros. A la nuestra ama gustábale mucho el de «Doña Josefa Ramires» y el de «La Loba».

—Ese es muy triste, señorito. Se espeluca el pelo—dijo Bastián—. Güeno, como que una loba asina es terrible.

—Pos ahora han visto una maná de siete—exclamó un mocetón—. Ufrasio, el del ti. Goro, los vido en ocasión que venía por leña, y se le echó la noche

encima. Tuvo que venir echádoles cachos de pan...

Tomaron todos entonces parte. Unos lo afirmaban; negábanlo otros. A Medina le interesaban grandemente aquellas cosas que referían de los lobos y preguntaba con viva curiosidad.

—Son como mastines, señorito—decía Frasco—. ¡Mú tunos! De día apenas se ven, pero de noche rondan los apriscos y cuando caen en una majá hacen carne. Una vez nos mataron aquí en «La Millona» ciento veinte carneros.

—Cuéntale lo de la loba rabiosa—intervino la Antonia.

—¿Qué ocur ó?—preguntó Medina.

—Una cosa soná en too el contorno, señorito. Fué en la nuestra sierra, con unos cabreros del Valle (1). Una noche atrubilá, que llovía si agua había en el cielo. Pos sucedió que estaban los tres cabreros en el chozo a la lumbre y sintieron los campanillos. Salió uno de ellos creyendo que habían rompío las cabras la res, y vido una cosa negra que se le echó encima. Era la loba. Lucharon a brazo partío; el cabrero dió voces y salió el su padre, y asina que lo vido la loba se fué pa él y le destrozó a mordiscos los brazos. Güeno, cuando se dieron cuenta, la loba tenía sesenta puñalás y ellos más de cuarenta jerías. Estaba la loba furiosa, y qué rabia no tendría que no los pudo curar la saludaora... Desdeque ocurrió aquello no ha güelto un cabrero a dormir en la sierra. Muchas noches oigo yo ajullar los lobos dende mi cama.

Medina pedía detalles. Frasco contaba que el afán de los lobos más que comer era matar.

—Mié usted, señorito; lo primero que hacen es cortar un rebaño, y el atajo que pillan, van matando hasta que no queda na. Muerden siempre en el garguero; colmillá de lobo, muerte segura...

—Y los perros entonces, ¿para qué sirven.

—¿Los perros? Véile que los mú tunantes, cogen las güeltas a los perros. Si son muchos los lobos, hacen cara y no hayle perro que se acerque, y si son menos juyen los condenaos... Matar un lobo es más difícil que parece... ¿Sabe usted cómo los descastan algo? Pos apoderándose de las crías.

—¿Y cómo las cogen?

—Pos verá usted; ahí en La Cancha y en La Esparraguera hayle dos o tres loberos. Salen de noche bien armaos y buscan toas las madrigueras. Si saben donde hayle la cría, pos van cuando calculan que no está allí la loba, apoderándose de los cachorros, y alüego los Ayuntamientos y los ganaeros dáinlos buenos duros. Pero es un oficio mú expuesto, señorito, a lo mejor ronda la loba, y más de una noche háinla pasao los loberos subíos a lo alto de un chaparro y han tenío que dejar los lobitos. En más de un apuro vídose Campero, el del Encinar, que es el mejor lobero de la reonda. Ese ajulla talmente como los lobos. Un día tuvo que luchar a brazo partío con uno jambriento, y menos mal que pudo jundirle la su cachicuerna...

(1) Histórico

Moisés Marcos de Sando

Médico

GARROVILLAS (Cáceres)

Aunque a remolque, Medina había ido acostumbrándose a aquella vida de campo. Se le habían despertado grandemente las aficiones a la agricultura y pasaba grandes ratos en la huerta, haciendo él mismo injertos y sembrando con el hortelano semillas exóticas. Proyectaba además hacer un jardín delante de la casa, ahondar el pozo e instalar un molino de viento para obtener agua abundante sin trabajo. Con esto distraía los aburrimientos del ocio y tonificaba los nervios vigorizando su naturaleza que recobraba la salud.

Había procurado, por otra parte, rodearse de comodidades. Todos los días traíanle de Torrealta periódicos y revistas, libros que encargaba a Badajoz y folletos que le proporcionaba el boticario, y le gustaba, después de merendar, en los días lluviosos, tenderse en la butacona y hojearlos, mientras se hacía el café. Porque una de las cosas que más le agradaban era preparar él mismo la cafetera rusa, encender el infernillo de alcohol y echar el humo del cigarro mientras la azulada llama hacía hervir la aromática bebida. Todo esto, después de haber comido bien, al calor de la chimenea, le daba una sensación de holgura, de reposo, de comodidad, y empezaba a saborear los inefables placeres de la vida mansa y serena del silencio.

Con mucha frecuencia venían a hacerle tertulia el médico de La Cancha y el cura encargado de aquella feligresía. Jugaban al tresillo y reía Medina grandemente con ellos. Con el médico, porque era un picapleitos, siempre en pugna con caciques, con alcaldes y con secretarios, a quienes prometía apalearse a cada momento. Hacía el relato de los calvarios que había de recorrer para que le pagasen la titular, y con gráficas expresiones abominaba de la Medicina, de la ciencia y de las carreras universitarias. Prometía hacer al hijo suyo verdugo antes que médico y sostenía, respecto a esta profesión, teorías verdaderamente originales. Con el cura se holgaba Medina, porque, algo avaricioso, botaba el buen coadjutor cuando le daban un codillo, y en sus ratos de mal humor tronaba contra los obispos, de quienes contaba cosas realmente geniales. Respecto a los canónigos, no los podía ver ni en pintura, y en cuanto a sus compañeros, hacía de ellos retratos de brocha gorda.

Reíanse, tanto el médico como César, oyéndole contar, con aire de profunda convicción, cómo la característica de los curas era hablar mal unos de otros, definiendo al clero como una sociedad de hombres que se juntaban sin conocerse, vivían sin amarse y morían sin honrarse... En cuanto a sus apuros económicos, era cosa de no dejar de reír viéndole ajustar sus cuentas, que databan de setenta y cinco céntimos de haber. Originalísimo, realmente especial, era este cura, gran corsario, gran tresillista, gran murmurador y gran sacerdote, por otro lado, pues bajo la apa-

riencia despreocupada y mundana de su carácter ocultaba un gran corazón y un gran espíritu templado en sacrificios y abnegaciones.

Daba compañía también algunos ratos a Medina el joven maestro de la aldea; pero éste no dejó nunca familiarizarse tanto. De cumplido siempre, venía a contar lástimas a Medina respecto a su escuela, que era verdaderamente una zahurda, cuando no le mareaba con teorías pedagógicas y trascendentales. Era muy dado a las letras el tal maestro y solía escribir altisonantes artículos en un semanario de Villanegra. Leíaselos muy poseído a César, como igualmente los versos que escribía a la novia. Medina gozaba en el fondo con todo esto, que le daba ideas nuevas respecto a los hombres.

Mas en medio de estas distracciones que lograban entretenerle, íntimos pensamientos ponían a menudo en su ánimo punzantes desasosiegos. Nacían todos del recuerdo de Dolores, que se sobrepone a sus esfuerzos olvidadizos. Buceaba él en su orgullo, en su vanidad, buscando argumentos para cohonestar todos sus antiguos prejuicios y sus pasadas acciones, sin que, a pesar de su obstinación, hallase razones que a él propio le convencieran. La figura gentil, esbelta, elegante y dulce de Dolores se erguía ante él con sus gayos ojos, su voz suave y sus manos trémulas y transparentes.

Y sucedía siempre que César, a fuerza de pensar y de dar vueltas a la madeja, se hacía en definitiva un lío y ya no acertaba a poner en pie cuáles eran sus verdaderos sentimientos, ni qué cosa le estaba pasando a él, que de modo tan contradictorio movía su corazón, para que una primera impresión de antipatía se fuese derritiendo como un pedazo de hielo tocado por el sol y se convirtiera en una comezón misteriosa de interés y de curiosidad. Porque él, sin parecerle que había obrado mal, a ser posible hubiese borrado su conducta del tren y sus palabras posteriores. Porque no podía olvidarse que el boticario la llamaba paloma y lamentaba se la llevase cualquier señorito del pueblo, y porque, más que nada, recordaba con tanta insistencia que Frasco le dijo un día que el hijo de don Cayetano la cortejaba...

Una mañana, levantándose con estos pensamientos, picóle la curiosidad y preguntó a Frasco:

—Oye, ¿y el hijo de don Cayetano, se casa por fin?

—¿Con cuál, señorito?

—Con la señorita de Algaba. ¿No me dijiste que andaba en esos pasos?

—Eso dicen... Pero pino yo que verdes las han segao...

—¿Por qué?

—Porque mié usté, no pega el chis con el mis. El es un señorito hecho deprieta y corriendo y ella lo es de nacencia. Cuanti más que él no busca más que las perras de ella. ¡Qué más que le dieran esa pedrá!

—¿Con tal que ella quiera!...

—¿Juy! Según él, poco menos que le pide ella de rodillas y en crus. Aquí venía y nos ponía la cabeza loca: que si le miraba, que si le dijo, que si le ha-

bló... Pero naide me quita que son fanfarrias...

—Pero ¿por qué, hombre?

—Porque no pega, señorito. Mié usté: la figura de él no es pa enamorar. ¿Oyóle usté alguna vez cómo habla? Pos tiene una vos totalmente como un gato pisao. Aluego más negro que una ceborrancha, mal fachao, retembligue; amos, un gandullo desvanecio. Pos si por dinero es, ella tiene pa forrarle de billetes de mil pesetas y entavía le quean pa sacar copia. Amos, que ella pega pa otra clase de gente: véile, con usté, por ejemplo.

Medina se puso muy serio, pero no por la coincidencia de Frasco con los juicios de la solterona, sino por la otra... Cuando el hijo de su antiguo administrador decía aquellas cosas, ¿por qué no podían ser verdad?

Irritóse entonces como un chiquillo. Pensó que todas sus groserías y todas sus palabras estuvieron muy en lugar y Dolores le resultó entonces verdaderamente cursi, antipática, hasta bruta y despreciable.

Inés pagó entonces el mal humor de César. Como le presentase después de las migas, según costumbre, un vaso con la leche algo caliente, gustándole a él fría, cogió el vaso, lo tiró con rabia al suelo, haciéndolo añicos, y dijo a Inés que no sabía servir una mesa.

La muchacha se echó a llorar desconsolada:

—Como el señorito se ha levantao hoy más temprano que de costumbre, pos no ha habio tiempo de acabarla de enfriar, que bien lo hemos procurao...

César se levantó. Tuvo intenciones de consolarla, pero dió un rebote y se dirigió a su despacho.

Frasco contentó a su hija:

—Un arrechucho de niugenia... Pa mí que el señorito sabe más que paece y no es la leche lo que le ha desentona...

XII

La tarde del día de Nochebuena, Medina fué a Torrealta a asuntos de la dehesa. Encontró en el casino al boticario, que, como siempre, hablaba sin descanso en un corro de desocupados que rodeaban una caja en cuyo centro se consumía un brasero.

Levantóse don Juan a la llegada de César, pero lugo, haciéndole sitio, volvió a tomar la palabra. Comentaban la suerte de un vinatero que, sin ilustración, sin relaciones, habiendo llegado hacía cuatro años al pueblo con once duros, tenía ya un buen capital y había levantado un soberbio edificio para bodegas.

La mayoría de los tertuliantes tronaba contra el vinatero con un fondo de envidia mal disimulada. Culpábanle de que se le había subido el dinero a la cabeza y quería dárselas ya de grande. Otros suponían que había mucha apariencia en aquel capital misterioso, mientras el boticario probaba con números, que, además del desvanecimiento, era dinero saneado lo que tenía el orondo almacenista de vinos.

Un comerciante sostenía que el ori-

gen del capital aquel había que buscarlo en la idiosincrasia del pueblo, que ayudaba a los forasteros, mientras tiraba a hundir a los paisanos. Lo que hizo aquel vinatero lo habían hecho antes otros muchos, y todos salieron con las manos en la cabeza. ¿No estaba allí él, que no vendía una vara de tela, mientras el comercio nuevo de forasteros se hinchaba de ganar? Era lo de siempre: que nadie era profeta en su tierra.

—No, no, no—decía el boticario—. Es que aquí no hay iniciativas. Los forasteros vienen a descubrirnos lo que nosotros no sabemos, y luego ocurre lo que con el huevo de Colón. Aquí tenemos, por no ir más lejos, la luz eléctrica: todos decimos, ¿qué negocio! Pues yo creo que, si no nos la envían de Villanegra, estamos todavía alumbrándonos con petróleo. A nadie se le ocurrió poner aquí luz eléctrica. Pero, hombre, si hay negocios claros que nadie explota, y que a ninguno de aquí le da por comenzar. ¿No tenemos ahí un Guadiana caudaloso? ¿No tenemos aquí miles de arrobas de lana? ¿A quién se le ocurre poner un lavadero? Pues ya ven ustedes: sólo la operación de lavar las lanas sostiene en Cataluña una gran industria. Es que no hay sentido económico, todo el afán de los que tienen dinero es comprar tierras y más tierras, para no cuidarse de más. La pereza de la raza.

Un hombre joven, como de cuarenta años, se irguió entonces:

—Mire usted, don Juan; se observa siempre que aquellos que no tienen dinero, tienen un desmesurado afán de meter en negocios a quienes lo poseen. Si yo, por ejemplo, saco buenas rentas a mis tierras, ¿a qué meterme en negocios? ¿Para qué más?

—Escucha, Fernandito, cualquiera que te oiga dirá que te conformas con lo que tienes, cuando no es así, porque a ti, como a todos los ricos de ésta, te posee el deseo de acumular. Sale una dehesa y la compráis, sale otra y a ella. Si pudierais llamar todo vuestro e hipotecarnos hasta la respiración, lo hacíais. Y esto es lo que pudre, ¡ajo!, que, teniendo ambición, no seáis prácticos para tenerla.

—Metiéndose en negocios, ¿no? Pero, hombre, ahí tiene usted un ejemplo vivo: doña Catalina Claros, mientras se dedicó a sus dehesas fué la casa más fuerte del Encinar. Metieron a la pobre señora en eso de la fábrica de harinas, y arruinada está.

—No digas sandeces, hijo. En primer lugar, esos negocios no son para mujeres, y los negocios han de ser racionales. Crear una fábrica de harinas en una aldea, es como hacer un puente donde no hay que pasar agua. Pero ya que me pones ejemplos, fijate en el tuyo. Tú, que demuestras ser ambicioso, lejos de satisfacer tu ambición, tienes que ir a menos por no saber lo que haces...

—¿Por qué?—preguntó, incomodado, el aludido.

—Mira, te digo lo de ambicioso por la política, visto que no te satisface tener dehesas, rebaños, casas, criados y lujos. Es el siempre más, que decía un

santo, hablando de las aspiraciones humanas. Pues bien; con la mitad del dinero que te gastas en política, podrías satisfacer esa ambición y encima gastar dinero.

—¡Ah, lo de siempre!

—Sí, lo de siempre. Ya te lo he dicho muchas veces.

—¡Buena, está la gente! ¿Ve usted cómo me pagan? No son merecedores de nada.

—¿Y lo sois vosotros? Dime, ¿qué ven ellos en vosotros para no ser como son? Ven en vosotros inmensos capitalistas que no hacéis otra cosa que atesorar y atesorar... Nada participan de lo vuestro. Si tenéis cien dehesas, vosotros solos las disfrutáis. No sostenéis una industria, un comercio, un negocio en el que, a la par vuestra, ganaran muchos de vuestros semejantes. Emigra la gente a las minas, porque aquí no hay trabajo. Tenéis terrenos improductivos, y es más, ni los labráis vosotros, ni dejáis que los labren. Así se oye lo que se oye, y así vendrá lo que vendrá.

El registrador de la Propiedad, entonces, terció filosófico:

—Sí, el socialismo. Se echa encima. ¡Vienen los mineros con unas teorías! ¡Hecatombico! ¡Hecatombico!

—Da miedo, ¿eh?—preguntó el boticario—. Pero no se pone el remedio para que no venga. Seguimos aferrados a la teoría de los egoísmos, y no nos queremos convencer que hay que hablar claro para que el que tenga oídos oiga.

El político, poniéndose por las nubes, se levantó.

—No quieres oír hablar de socialismo, ¿eh? Es natural. Pero mira, Fernandito: yo soy más antisocialista que tú, porque creo que el socialismo es una barbaridad, sin pies ni cabeza, y me gusta estudiar las causas del socialismo... Pero, en fin, dejemos eso—añadió luego el boticario—. Ven, que os voy a presentar: mi amigo César Medina. Y se dirigió a César: —Fernando Algaba.

Después presentó a César a los demás. Todos le estrecharon la mano, muy honrados con el nuevo conocimiento. El político, extremoso con César, pidió licores, invitándole. Daba muestras de haber experimentado una gran satisfacción con conocerle, y le exponía que debía irse a vivir a Torrealta, donde lo pasaría mucho mejor que en "La Millona".

—A éste déjale allí quieto—interrumpió el boticario—. Tiene allí deberes que cumplir y, para embrutecerse en este casino, mucho mejor está a la mira de lo suyo.

César asentía a las razones del boticario. De vivir en Torrealta, tendría que alquilar una casa, buscar nueva servidumbre, o instalarse en una fonda, cuya vida y trato le exasperaban.

El boticario, en esto, se había despedido a despachar los asuntos que le recomendó Medina. Algaba fué presentando, a su vez, a César a otros amigos, y acabaron por hacer luego un corro junto a una de las ventanas. Jóvenes casi todos los nuevos camaradas de Medina, comentaban picarescamente el pa-

so de las criadas y operarias que salían de las fábricas de pleita.

A Medina, acostumbrado a más elegantes aventuras, le aburría aquella charla insustancial de criadas y lugareñas.

Cuando se despidió era ya anochecido. Le dolía la cabeza. Había bebido bastante coñac y el alcohol exacerbaba aquella debilidad de su cerebro.

Llegó a la casa de "La Millona" acompañado de la luna pálida de diciembre, mortecina en la claridad radiante de aquel cielo sin un cendal. Antonia e Inés preparaban en la cocina una artesa de escaldadillos.

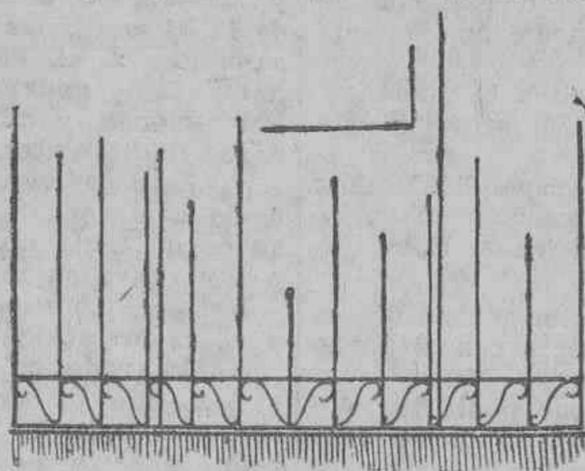
—Mié usted, señorito, pa la nuestra gente cuando güelva de la Misa del Gallo. Es costumbre de "La Millona". En vida de la nuestra ama, que gloria hai-

ga, hacíamos tres artesas, porque, como venían los de "La Colonia"...

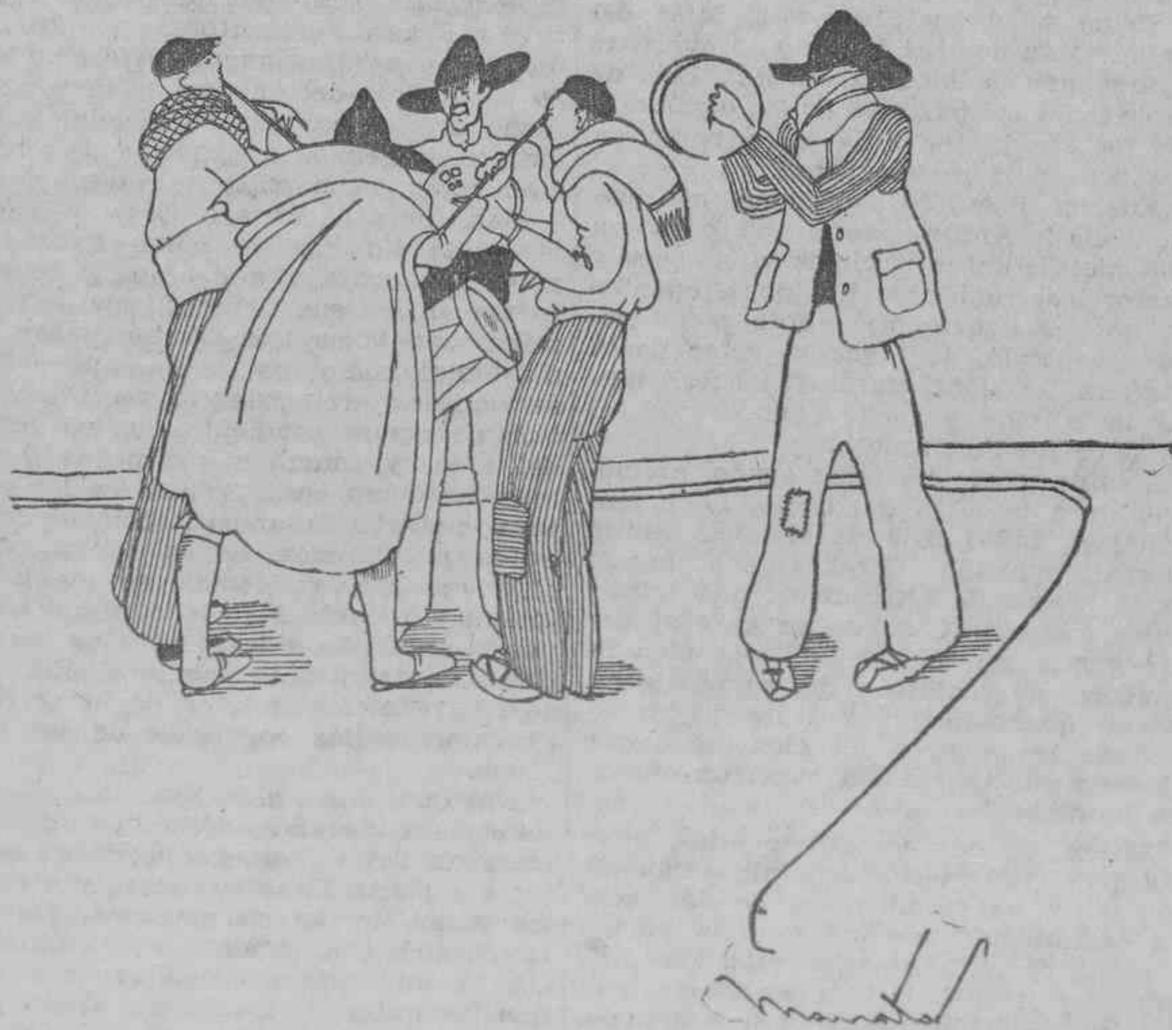
Medina subió arriba con ánimo de acostarse. No se encontraba bien, y por otro lado, la presentación de Fernando Algaba le despertaba las otras memorias inquietantes de Dolores. Como un buen augurio interpretaba él, sin embargo, aquella afabilidad del político y el trato confidencial de que le hizo objeto.

—¿Le hacemos una taza al señorito?—subió a preguntar la Antonia—. ¡Virgen de Guadalupe y en qué ocasión ha dió a ponerse mal! ¿Un cocimiento de naranja, le gusta? Calma el dolor de cabeza y siéntale bien al estómago.

César no quiso nada. Sentía desvanecimientos, y Frasco hubo de ayudarle hasta que se acostó...



Moises Marcos de Sande
Médico
GARROVILLAS (Cáceres)



Con aquella zambra se acercaron a la casa,

Y he aquí que, cuando volvió a darse cuenta de sí mismo, venía de por aquellos campos una música de pastorela. Rabadanés y hateros tañían por el camino la zambomba, la flauta y el rabel y repicoteaban platillos, triángulos y panderetas. Venían cantando unos aires lentos y melodiosos, que volaban con dulzura por la paz de la noche.

Con aquella zambra se acercaron a la casa. Medina, ya incorporado en la cama, encendió la luz, y ellos, como la vieran filtrarse por las rendijas del balcón, paráronse debajo.

—Tú, Agustín—sonó una voz—, el romance de "La Loba".

—Que lo cante Celipe, que lo hace mejor.

—¡Dambos, dambos!...

Y lenta, triste, quejumbrosa, con un aire especialísimo y extremeño, comenzó una música pastoril.

Salió entonces Frasco a la puerta:

—¡Dirvos!—gritó—. El señorito está malo.

—¡No, que sigan!—respondió Medina abriendo el balcón y avivada su curiosidad por la linda música—. Estoy ya bien.

Se había vestido, enteramente despedido de aquella neuralgia con el sueño y el reposo.

Ardía una lumbre que ponía temblores de resplandor en toda la ancha pieza donde se fueron aposentando los pastores y criados.

—¡Ay, señorito!—dijo la Antonia—, el Niño Jesús ha hecho que usted se ponga bueno. ¡Me daba una pena que se acostara usted en noche como ésta! ¡Porque hayle que ver lo que la celebran los pastores! Ca majá es esta noche una serenata alreor de la lumbre. Y asina puede usted dir a la Misa del Gallo. ¡Más bonita! Veile: ¡no oye usted el arruzum de las zambombas? Han de venir todos los pastores de las otras majás pa dir juntos a la misa como en tiempos de la nuestra ama.

Fueron llegando sucesivamente como decía la Antonia, cantando todos con una alegría infantil viejos villancicos y pastorelas, romances de lobos, cuentos de noches negras de viento y de celisca, cuando, sentados al calor de la hoguera, se siente fuera del chozo ulular la trúbula y sonar vagorosa la esquila de los recentales...

Medina, como no tenía sueño, animóse a ir a la Misa del Gallo. Le acompañaron todos sus servidores. Sintió cierta impresión inexplicable al entrar en la iglesia de La Cancha, una iglesia dulce, pequeñita, donde se apretujaban las gentes de la aldea. Tenía olor de incienso, de romero y de salvia, de espliego quemado junto a los paños de lino de los altares, un olor ingenuo y aldeano que trascendía como un efluviado de humildad.

Luego, de que empezó la misa, hubo en toda la iglesia una algarabía de panderos, de zambombas, de flautas y de castañuelas, en que todo el pueblo tomaba parte, cantando villancicos fragantes y primitivos. Con ser aquello casi una profanación, casi una irreverencia, tenía cierto sabor inocente: el regocijo infantil de un pueblo que celebra el

nacimiento de un Niño que trajo la paz a los pobres de espíritu y a los hombres de buena voluntad...

Acabada la misa, Medina y los suyos regresaron a "La Millona". César, por efecto del barullo, llevaba otra vez dolor de cabeza. Así, apenas probó boca-do y se metió en la cama.

XIII

Muy decaído se levantó el dueño de «La Millona». Tenía tal desazón, tan hondo y vivo desasosiego, que el alma, sangrante y lacerada, se le oprimía con entrañables congojas. Sabía él que, en tiempos de su abuela, todos los colonos y serviciarios de las dehesas, después de la Misa del Gallo, celebraban el besamanos. A él, sin embargo, nadie le había dicho nada. Viéronle subir a sus habitaciones, y allí, en la cocina, quedaron indiferentes, esperando sólo cosa. Esto le descorazonaba, porque le hacía comprender que en medio de los suyos no tenía un afecto, ni una compasión, para su vida huérfana.

Frasco, que subió a darle los buenos días, se lo recalcó:

—¡Esagradecíos!—dijo—. No merecen el pan que se comen. Propúseles anoche que besaran la mano al señorito, como acaecía antaño con la nuestra ama, y escomenzaron a arremolinarse, haciéndose los reacios... ¡Pero pa comer, sí...! ¡Rejostrones!

Aquellas palabras de Frasco, con acabar de revelar todo lo que Medina presentía, sirviéronle de algún consuelo, porque siquiera un corazón sólo le ungió de afecto y de misericordia. La inconsciente simpatía que desde luego tuvo a Frasco acrecentóse, por esto, con un íntimo agradecimiento. Vió en Frasco el símbolo del antiguo pueblo extremeño de que hablaba su abuela: noble, sincero, ingenuo, apegado a la tradición como a un culto sagrado.

Mas, fuera de Frasco, César veía que la gente no era ya como antes. Su abuela le contaba que amos y criados formaban, en sus tiempos, una sola familia, con lazos tan fuertes y tan indisolubles como los de la sangre. Los serviciarios eran buenos, sencillos; estaban siempre pendientes de los deseos del amo, y tomaban sus penas y sus alegrías como cosa propia. De los pastores hablaba la abuela como de seres puros y humildes, llenos de inocencia y de candor, y Medina se los había imaginado desde Madrid tañendo siempre la zampoña a la sombra de las encinas, cantando villancicos del Niño Jesús, o refiriendo relatos de peregrinos, al calor de las fogaratas de las majadas.

Hoy no eran así. Eran suspicaces, maliciosos, hurafios, desconfiados. Blasfemaban soeces, renegando de su suerte; maldecían la servidumbre y alzaban los puños torvos en amenaza. Sólo en la Nochebuena, como una reminiscencia de su antigua sencillez, conservaban las antiguas tradiciones de la pastorela, la leyenda fragante de los romances y el eco de las viejas cantigas

cuando en aquellos campos sonaba todavía la música de las esquilas a rumor de égloga, de idilio, de santa y serena paz... Aquella pristina inocencia y aquella balbuciente sencillez eran ahora, en los pastores, una malicia rústica y sabihonda. Medina observaba que le robaban cuanto podían: leña, ganados, leche, y que disfrazaban sus raterías con ciencia insuperable de leguleyos. Discutían de cosas de las ciudades, y algo obscuras, pero inquietantes, latían ya en sus entrañas las ideas de progreso, de libertad, de derechos sociales...

Una mañana, desde el balcón de su cuarto, Medina observó que ordeñaban las ovejas. Extrañóse él que, durmiendo las madres con los recentales, tuviesen aquellas néctar en las ubres, y se dirigió a la majada, adivinando alguna ratería. Pudo observar entonces cómo los corderos tenían un palillo en la boca que les impedía mamar y cómo se valían los pastores de esta añagaza para sacar la leche y venderla después en Torrealta junta con la de las cabras que a los pastores permitía tener.

Riñoles desafortado Medina, y ellos aguantaron la reprensión bastante cínicos y poco apesadumbrados.

También observó que cuando se moría algún cordero nunca era de las ovejas de los mayores, como si éstas estuvieran inmunes de todos los riesgos, y la muerte, los lobos y el enflaquecimiento, al entrar en los rebaños, respetasen siempre las ovejas de los pastores, como aquel ángel exterminador que se detuvo en Egipto ante las puertas de los hebreos.

Los mozos y gañanes eran casi lo mismo: trabajaban lo menos que podían, y no eran aquellos mozos que pintaba la abuela, encariñados con el amo y enamorados del cielo, del campo, de las yuntas, de la lumbre de la cocina y de las mozas trabajadoras y honradas del lugar. Sus canciones no eran las endechas dulces y balbucientes que desde la paz de la besana volaban hacia la aldea. Si cantaban antiguos romances, cantaban también picardías, desvergüenzas, aires de la ciudad obscenos y livianos. Hablaban del amor como bestias, como energúmenos, rindiendo sólo un culto desenfrenado al dinero. Apreciaban a las mozas según lo que tenían, y por sus ojos encandilados rafagueaba la visión de las heredades de sus futuros suegros.

¿Era ésta aquella vida campesina, clara y humilde, en la paz de un concierto tejido a la luz solemne de los buenos días, con cantos de alondras, rumor de mieses y música de campanillas?

Medina se acordó entonces, aquella mañana, derivando en estos pensamientos, de lo que había dicho Fernandito Algaba:

—No son merecedores de nada. Ni de que se les tenga lástima.

Frasco había añadido cuán poco agradecían el pan que se les daba.

Estas consideraciones punzaban en la nobleza adormecida de Medina, descorazonándole. Ciego, duro de corazón, con la sensibilidad embotada por la

costra áspera de una independencia salvaje, acostumbrado a ese artificio de la vida de Madrid, donde hasta los afectos le habían costado el dinero, con estas ideas, hostiles hacia casi todos los hombres, y este concepto ruin de sus cualidades, notaba, sin embargo, que algo del alma se dolía ante estas vagas ingratitudes de los suyos. Sin tenerles él ese afecto, esa estimación para poder afirmar el derecho de la correspondencia, le hubiera gustado, sin embargo, verse rodeado de cariños y solicitudes; acaso por ese instinto inconsciente del espíritu, que hasta en el mismo egoísmo halla la fuente viva de la mutualidad para encauzar los anhelos honrados.

De todo esto que le ocurría con los suyos quejóse César, hablando con el boticario, pero éste parecía poco menos que socialista:

—Sois vosotros los que habéis roto esos lazos de cordialidad—le dijo—. El absentismo vuestro que es el mal de Extremadura. Han visto ellos que no tenéis cariño a la tierra. Vuestra propiedad la han visto en manos de mayordomos y administradores, mientras vosotros habéis estado en Madrid consumiendo las rentas. Hay quien no conoce a sus amos porque no los ha visto nunca. ¿Qué cariño les va a tener?

A Medina, todas aquellas cosas que le decía el boticario le hacían pensar hondamente. Culpable se creía, a veces, de aquel trastorno, cuando la conciencia herida sentía los estímulos que siempre despiertan los llamamientos honrados. Pero sobre estos pensamientos que le iniciaban una vaga comezón de nobles propósitos, echaba, al fin, siempre su orgullo el velo tenebroso de la obstinación, y acababa convenciéndose de que la culpa era sólo de la gente que, con sus ingratitudes, sus desafectos, sus bajas pasiones y sus instintos ineducados, habían traído los inquietantes problemas de la lucha de clases. Estas durezas de corazón para los beneficios generosos, bastaban a justificar aquel absentismo de los propietarios; para que los advenedizos, los ricos improvisados, vengasen por ellos las dejaciones que de sus deberes hacían los que se llamaban humildes. ¡Que se fastidiasen así y tuviesen que vivir como lobos, en manos de explotadores y negreros, mientras los antiguos amos se divertían en Madrid!

Así César, cada día más hostil, iba agrandando el abismo ya abierto entre él y sus servidores. Refía con frecuencia, amenazaba, nada encontraba bien hecho, y la vida de "La Millona" era una lucha sorda, pero pujante, de odios mutuos y mutuas rivalidades...

—Si será tacaño—dijo un día un pastor—, que naide ha visto que el señorito haiga dao un regalo a naide de los suyos.

—¡Mala centella!—respondió el compañero—. Y aluego too son desigencias...

El mayoral cogió una piedra, la puso en la honda y la disparó con furia a una oveja. Quebróla una pata.

—¡Che! La estropiciastes—dijo el otro pastor—. ¡Tira con cudiao!

—¡Anda y que se amuele el amo! ¡Asina reventaran toas!

Soltó a continuación una palabrota... Luego, los dos pastores se echaron a reír con una risa estúpida, que parecía el gruñido de dos lobos...

Moises Marcos de Sande
Médico

Todavía contribuía a que Medina anduviese exasperado. Los aceiteros, que, al fin, llegaron del Encinar, tardaban días y días en elaborar el aceite. Los jornales se alargaban progresivamente, y un día sí y otro también, siempre había algo que entorpecía las prisas que de rematar tenía César.

—Otro año—dijo a Frasco—, como yo esté aquí, instalaremos una prensa.

—¡Juy!, señorito. ¡No haga usted esa locura!

—¿Por qué?
—Pos veile: porque resultará eso mu caro.

—Pero calcula los jornales que así se lleva esto...

—¿Y qué? Lo que hayle que ver aluego es el resultao. Déjese usted de prensa.

—¿Crees acaso que no dará la prensa mejor éxito? Mucho más aceite, más limpio y más económico.

—¡Ay, señorito! ¿Vaile a meter don Juan en otro fregao? Arrepare usted bien lo que hace.

—Pero, ¿por qué, hombre?

—Porque esas son novelorías, señorito. Too eso de máquinas y destrumentos no son cosa de cristianos. A la mano del hombre no llega na...

—Pero vamos a ver, ¿tú has visto la prensa?

—Yo no...

—¿Y sabes cómo trabaja?

—Tampoco.

—Entonces, ¿tú qué sabes?

—Pos que na llega a la mano del hombre.

—¿Sin más razones que porque tú lo dices?

—Mié usted, señorito: yo lo vide asína en el mi padre, y el mi padre vido-lo en el mi agüelo, y a toos nos ha díto tan bien asína.

Como siempre que Frasco apelaba a la tradición era inútil convencerle, Medina acabó por resignarse y, por no reñir con Frasco, que era a quien más toleraba y al único a quien quería, varió de conversación.

Frasco, envalentonado con la huída de Medina, que interpretó como un asentimiento a su razón última, insistió más en lo del aceite e instó a su amo a que viese él mismo cómo lo elaboraban, para que se le quitara de la cabeza aquello de la prensa.

Irónico ya, por no poder hacer otra cosa, se levantó Medina detrás de Frasco para ver el lagar, que no había visitado desde que empezaron las tareas del aceite.

Saliendo de la casa, le guió el viejo aperador hacia la parte trasera, donde el olivar comenzaba, por entre un lodazal, pues había llovido y estaba el piso fangoso con el paso de las caballerías. El lagar empezaba adosado a las cuerdas y había que recorrer buen trecho hasta entrar en él.

César estuvo observando la aceituna,

en las trojes, a la intemperie. Estaba arrugada ya y despedía un olor nauseabundo de fermentación pútrida. Llovía encima de ella, y algunas trojes escurrían, por los desagüeros, un líquido pulposo, pestilente y negruzco.

Varios mozangüelos, descalzos, venían hasta las trojes, llenaban las espuertas de aceitunas y entraban en el lagar para descargarlas. En aquel amplio corral golpeaban otros sobre las piedras unos sacos sucios y humeantes, que esponjaban primero en una pila. Colgábanlos después a secar de unas sogas y escurrían unas gotas oscuras que parecían sangre.

Medina preguntó que cuándo acabarían. Uno de los mozangüelos le dijo entonces que, según el "maestro", había aún tarea para cinco o seis días.

De dentro del lagar llegaban golpes, rumores, ese hervor especial de esfuerzos corporales, que no se confunde con nada, y un humo espeso y sofocante que, aun a distancia, hacía toser a Medina.

Acuciado por Frasco, llegó hasta la puerta del lagar. Había dentro de él una niebla densa y cálida, un vaho agrio y picante, que se pegaba a la garganta. Entre la niebla de aquel humo, Medina vió desdibujados varios hombres semidesnudos que, cogiendo las espuertas de aceitunas, vaciábanlas en los sacos. Sacaban después de un caldero un cubo de agua hirviendo, esponjaban con ella los costales y, a continuación, todos a una, empezaban a apalearlos, a estrujarlos, a exprimirlos, retorciéndose los hombres, descoyuntándose, pateando con fuerza, entre horribles visajes y contorsiones, dando todos ellos una visión como de monstruos del infierno, sometidos a los suplicios... Por entre la malla de los sacos rezumaba un caldo oscuro, sanguinolento, viscoso, acre y repugnante, que corría por el suelo y manchaba los brazos y las piernas de aquellos hombres, que, en nuevo afán de vértigo, redoblaban los golpes, las torceduras, los jadeos y pugilatos... Fué obra de un segundo: el humo, los olores, la atmósfera cargadísima, los extraños movimientos de los aceiteros, que parecían bailar una danza macabra sobre cuerpos machacados y sangrientos, atacaron la debilidad de César, que sintió un desvanecimiento...

Todos pararon las tareas, acudiendo a sostener a Medina, que se desplomó sobre un poyo. Entre Frasco y dos aceiteros lo sacaron entonces al corral, sin saber lo que había ocurrido. Primero le echaron aire con los sombreros, rociándole el rostro con agua fría. Frasco, al ver que su amo no volvía en sí, quitóse ligero uno de sus recios zapatos y lo aplicó a las narices de Medina.

—Veréis vos cómo le pasa...
Y, efectivamente, Medina abrió como un resucitado los ojos y se incorporó, pero fué para poner de sucio y de bruto a Frasco, que no había por dónde cogerlo. Luego, disparado, salió del corral, entre el aturdimiento de todos.

—Venas de loco, ¿sabís?—dijo Frasco—. El probe tiene cogía la niugenia a la cabeza, y como es luna nueva...

pos le dan de ves en cuando esos arrechuchos...

Vueltos a la tarea, comentaron los aceiteros:

—¡Cómo abusan los señoritos de los probes!... En ves de agradecerlo, ya vos veis lo que ha hecho...

—Son toos unos orgullosos —dijo otro—. No tienen entrañas.

—¡Mala esalación! ¡Asina los prendieran fuego!

Frasco se irritó con ellos:

—¡Amos, cuidao con lo que se habla! ¡Delante de mí no hayle que faltar, deslenguados! El señorito es el señorito, y, manque no lo fuera, es nieto de la su agüela, y lo que toque a esa mujer haylo que respetar como a cosa santa.

Aquel día precisamente recibió Medina la visita de Fernandito Algaba. Con el pretexto de ir de paso a su "Pinojal", la dehesa colindante con "La Millona", al político le pareció que debía saludar a César y ofrecerle los buenos servicios de la vecindad. Recibió Medina, sumamente afable, como él no acostumbraba a comportarse con nadie, y le obsequió con licores.

Hablaron de asuntos agrícolas, quejándose el político de la crisis por que atravesaban los propietarios de tierras, a causa de lo maleados que estaban los campesinos, y vino a deducir las culpas de los gobiernos liberales que hacían obra disolvente desde las alturas del poder. De aquí arrancó para afirmar sus ideas conservadoras y exponer los motivos sentimentales, los altos deberes ciudadanos que movídale habían a tomar parte activa en la política.

César le escuchaba atento, mas sin fe en aquello que oía a su interlocutor, puesto que era el disco resobado de todos los políticos. No se atrevía, sin embargo, a contradecirle, y asentía indiferente y escéptico a aquellos programas luminosos que iban fluyendo de la boca de Algaba, haciendo la apología de las ideas conservadoras. Y como secuela natural de los comentarios políticos, el dueño del "Pinojal" tocó el asunto de las elecciones. Era cosa de oírle referir la historia de sus sacrificios, de sus altruismos en pro del partido y cómo los liberales le tenían por esto un odio encarnizado y entablada había una lucha a muerte entre él y la familia de los Claros. Y, por último, qué cosa más natural, ya que hablaban de elecciones, que contar con el apoyo de César, buen amigo, buen vecino y buen ciudadano, que desde luego había de simpatizar con sus ideas.

—Somos parientes, aunque lejanos —reforzó Algaba—, y aunque no necesitaba recomendárselo, porque de antemano contaba con usted, pues ha venido a pelo congratularme de su ayuda. Precisamente dentro de mes y medio o dos meses, habrá elecciones, puesto que se ha dado el decreto de disolución de las Cortes.

Medina se disculpó:

—Si viera usted que no entiendo de nada de política. Además, si le he de hablar con franqueza, esta gente de

"La Millona" no sé si en realidad está conmigo.

—¡Ah, eso sí! Toda La Cancha y La Esparraguera además... Siempre votaron por quien su abuela de usted, o sus representantes querían...

—Creo eran otros tiempos. Hoy no están así...

—Si, hombre, ¿qué más tiene? Cuento con usted.

—No, no, dispense, pero no me comprometo. No me merecen confianza... Además, no me atrevo, no quiero pedirles, ni deberles nada.

Algaba entonces se despidió, disimulando mal el disgusto que aquella negativa le proporcionaba. Medina comprendió que la visita no la debía al paso del "Pinojal", y que era más interesante que afectuosa.

Y, sin embargo, le ocurrió como siempre, que, a fuerza de preocuparse demasiado de las cosas y de relacionar unas con otras, no sabía en definitiva si obraba bien o mal. Aquel político era hermano de Dolores, y Dolores era ya, en los pensamientos de Medina, la obsesión constante, la idea norma, el acicate y fuente y dirección de todos sus actos. Mientras más se esforzaba él en apartarla de su imaginación, más clara y viva surgía su imagen resplandeciente.

En verdad, era inexplicable lo que le pasaba. Una impresión primera de antipatía; un prejuicio reforzado por todas las apariencias para alimentarla; un empeño rudo en sostener altivo el arranque de la creída superioridad, que no era el concepto de la propia estimación, sino el estímulo de ese diosencillo de la vaná soberbia que aviva aún más los poderosos gritos del amor propio..., y una mujer, en fin, que se alza triunfante sobre todos estos diablillos incansables y aparece deliciosa y pulida con los claros ojos inefables, con la boca de doncel, con la voz dulce, con la frente serena, con la arrogancia estatuaría y con las manos sedosas, temblando trémulas como pajarillos...

Verdaderamente inexplicable. Y algo más, más claro y director de aquel laberinto sentimental por donde se perdía neblinoso el corazón de Medina: el dolor vago, abstracto, silencioso y compungido que en la entraña del alma hincaba la espina divina de la amorosa inquietud: el recuerdo torvo de aquel Mariano como una sombra que empañara la estela luminosa de Dolores. Si, era raro: mientras el nombre de la gentil mujer llegó a sus oídos sólo, en plena libertad de ser solicitado por él, Medina sentía el orgullo de su indiferencia y de sus estudiados desdenes. Una impresión semejante a la que experimenta aquel que, sabiendo de un tesoro, lo cree siempre a su disposición y a su voluntad, sin hacerle falta. Y ahora que el nombre de Dolores sonaba asociado a los cortejos y solicitudes de otro hombre, todo era una palpitante comezón de anhelos, un vivo latir de ansias ignoradas, la íntima y entrañable desesperanza de las inquietudes del alma.

Los pequeños diablillos rencorosos,

tras estas consideraciones, solían reír, en son de burla, dentro del corazón de Medina. Una burla sarcástica y cruel que a despertar volvía las soberbias casi vencidas del amor propio. Y éste, espoleado por el dolor, cobraba alientos y a armarse volvía con las templadas armas de los prejuicios y la coraza dura de la obstinación y de la rabia. El Medina altivo, orgulloso, reconcentrado egoísta, volvía a surgir en la vida sentimental y se revolvió contra Dolores, contra Mariano, contra los sentimientos incipientes del propio corazón. Creía entonces que toda su conducta anterior estaba muy justificada y era hasta demasiado generosa. La imagen de Dolores se ensombrecía. Las bellas cualidades se difumaban y quedaba en el cuadro el barniz corrido y grumoso de la carátula. Sólo esta impresión de ver a Dolores desfigurada, calmábale la áspera irritación, produciéndole una salvaje alegría, igual que aquel que deseare que un manojo de flores se convirtiera en espinos. Mariano le daba una impresión parecida: un cerdo huyendo en un ramillete de margaritas.

—¡Bueno!—pensó—. ¡Que se case con ese animal!

Los nervios de César, en los momentos de exaltación, se contraían siempre en una sacudida. Inconscientemente dió un puñetazo sobre el timbre que tenía instalado en su despacho.

Acudió Frasco al llamamiento:

—¿Manda algo el señorito?

—Nada... Fué sin intención.

Frasco, como le vió algo caviloso, se rascó la cabeza:

—Digo, señorito, que la gente asina que vido entrar a don Fernando Algaba, too ha sío hacer preguntas intencionás; y como se barruntan algo, manque sea meterme en lo que no me llaman, es mi deber advertirle.

—¿De qué?

—Pos de cosas que veile uno y que son pa ponerse en papeles. Ingratitúes de la gente, que si no se vieran, no se creían.

—Vamos, explícate.

—No sé cómo no he quitao la boca a algún careto. Pos ná: que presumiendo que ha venío don Fernando a pedirle a usted los votos, pa esas deleciones que dicen hayle presto, pos algunos arreculan y han dejao soltar que, si usted se compromete, ellos votan por el que dé más dinero. ¡Habrás visto! ¡Gentuza! Le digo a usted que desde que la nuestra ama se fué a Madrí están toos echaos a perder.

—¿Por quién han votado antes?

—Hasta ahora no han faltao a la ley de la casa y lo que decía don Cayetano eso hacían, pero ya dicen que veinte duros del voto son veinte duros.

Medina no contestó, pero en aquel instante formó un propósito decidido: tan pronto como recogiera las cosechas, vendería hasta el último terrón de "La Millona". Si el comprador era un advenedizo de esos que pintaba el boticario, manejando el látigo como un negrero, mejor todavía. El se iría a Madrid, lejos de los pueblos, a la vida alegre, a la vida fácil, sin criados infieles, sin

gentes tan desagradecidas, sin señoritos cafres a caza de dotes y hasta sin Dolores.

¡Ah! Pero esto último volvió a hacerle vacilar.

—¡Dolores!—dijo en alta voz—. ¡Así no te hubiera conocido nunca!

XV

Frasco instaba solícito a Medina para que fuese a Torrealta.

—No se pierda este día, señorito. Verá usted cómo se distrae con tanto jolgorio como hayle hoy. Está el pueblo engalanao y le gustará ver las corrias de gallos y de cintas. ¿Qué va usted a hacer aquí metió siempre en casa? Veile: está usted descolorío; cuando ya, cuasi que no se arrecordaba de la niugenia. ¿Le preparo, pues, el caballo?

Ante la insistencia de Frasco, Medina se decidió. Era el 2 de febrero y no había ido al pueblo desde la Nochebuena...

Cuando César llegó a casa del boticario encontróse a éste a la puerta, dispuesto a montar una borrica que le ensillaba el mancebo.

—No te apees, si no quieres—dijo don Juan a Medina—; vamos a ver los gallos.

El boticario, diciendo esto, bregó sobre la borriquilla, que se derrengó con el peso de aquella torpe humanidad, y echando a andar delante, fué guiando a César por entre callejones sucios, cercas de huertas y tapias de corrales hasta salir a las eras.

Ya aquí había una multitud inmensa. Parecía haberse despoblado Torrealta para vaciarse en aquel raso llano y redondo, de donde subía un vivo olor de manzanilla enana. La gente se apiñaba formando dos filas para dejar una calle al medio. El boticario y César fueron hasta el final, donde se levantaba una cruz de piedra, uno de esos famosos rollos de las villas que se alzan en las antiguas calzadas y recuerdan las picotas de los lugares y los viejos que conocimos de niños tomando el sol. Frente a la cruz se alzaba un palo y del palo al rollo se ataba una soga con un gallo colgado en el medio.

Tardó poco en comenzar la fiesta. Entre las varias partidas de mozos se sortearon las veces, y a todo correr de los mulos, un mozo detrás de otro, y esgrimiendo un cuchillo corvo, fueron tirando tajos a la cabeza del gallo. El público celebraba con vitores el acierto del mozo que lograba llevarse la cabeza, y un gallo sucedía a otro con cele-

ridad en aquel cruento sacrificio de las decapitaciones.

Otros grupos de corredores sucedían al primero, y la fiesta sanguinaria se fué prolongando hasta después de mediodía; pero ocurrió entonces que, disputándose impacientes la vez dos partidas, empezaron a empujarse violentamente. Pronto pasaron a los palos y de los palos a los corvos, que esgrimían corajudos, dando grandes voces... A toda prisa intervinieron las autoridades; mas los mozos, enfurecidos, no depusieron sus ardimientos, y atropellándose unos a otros y amenazando a la vez a toda la multitud, convirtieron el ejido en campo de Agramante.

Huyeron desparramándose despavoridos los espectadores de la fiesta con un ronco clamoreo de ayes y de lástimas.

—¡Virgen de Guadalupe! ¡Que se matan! ¡Están toos bebíos y no saben lo que hacen!

Ni el juez, ni el alcalde, ni los dos secretarios, ni los municipales, bastaban a separar a los contendientes. Caían algunos bajo las patas de los mulos que, desmontados, emprendían una loca carrera por el ejido. Hubo de acudir la Guardia civil y amenazar con hacer fuego para que cesaran en la pelea.

El boticario bufaba:

—¡Bárbaros! ¡Parecéis cafres!

De los mozos pasó a las autoridades, a las que calificó de zulús.

—Es una fiesta salvaje—añadió—. Es raro el año que no acaba así. Yo vengo a ella para hartarme de decir cosas a los que la consienten, ya que no me hacen caso cuando lo advierto.

De las autoridades volvió a pasar a los mozos.

—Están cerriles...; mientras más brutos, se creen más hombres. Ya ves, si no estarían todos mejor en el pesebre... ¡Pues no te digo nada de lo que hay que aguantar dentro de pocos días, cuando se lleven los quintos!... Te aporrean la puerta, te arrancan las rejas de las ventanas, tumban los carros, caen los brocales de los pozos, y durante varios días no parece otra cosa sino que un ciclón anda suelto por las calles del pueblo...

Y como don Juan era muy machacón, otra vez volvió a las autoridades.

—Tienen la culpa de todo. Como impusieran un castigo, ya verían cómo se acababan estos espectáculos. Pero, claro: el uno es hijo de Fulanito, que vota por don Beltranito, y el otro, si no está en el mismo caso, está en otro parecido, y esta cochina política puede más que todos los buenos deseos.

Y dispuesto ya don Juan a no dejar cosa sana, tocóle el turno a los maestros:

—¡Mentecatos, ridículos! Les enseñáis qué es trigonometría y una porción de zarandajas inútiles, y no les enseñáis lo primordial, lo necesario: a tener siquiera sentido común...

Medina, terminado aquello, quiso retirarse a "La Millona", sin ánimos para ver más.

—No, hombre—dijo el boticario—. La fiesta de esta tarde te gustará.

—¿No es bastante ya ésta?

—La de esta tarde es de los señori-



Medina, al retirarse a "La Millona", tropezó con el zagalillo, contento, sonriente...

tos. Es lo único fino que hacen en todo el año. Y a propósito: ¿por qué no tomas tú parte en ella? Tu caballo ha sido siempre famoso en esa fiesta.

Medina rehusaba, pretextando su falta de costumbre.

—Por eso, no... Todo es habilidad... Pero si no tomas parte, la ves. Mira: ahora nos iremos a comer, después tomaremos café en el casino y nos distraerán luego un poco las corridas de cintas. A ti, además, las muchachas bonitas, que tienen hoy un medio para pescar novio...

César entonces se sonrió y resignóse a quedarse en Torrealta, picado por la curiosidad...

XVI

Los señoritos de Torrealta invitaron a César, en el casino, a correr las cintas. Faltaba precisamente uno para hacer pareja, pues había un corredor de pico, a causa de haber caído enfermo otro de ellos. Tanto instaron a Medina y tales ponderaciones hicieron de su caballo, que él hubo de acceder, a pesar de no haberse visto nunca en semejante fiesta.

Enseñaban luego los jóvenes las cintas regaladas por las señoritas. César vió una muy ancha, de color de rosa, que tenía bordado en verde el nombre de "Dolores Algaba". Era la más rica y vistosa de todas las cintas, con ser éstas galanas y primorosas.

Explicaron a Medina cómo había en el pueblo la costumbre de sortear las señoritas, hasta doce, para esta fiesta, y cómo las favorecidas por la suerte venían obligadas a regalar una cinta y bordar su nombre sobre el color de su gusto.

Luego empezaron los jóvenes a hacer cábalas sobre los colores, adivinando por ellos los secretos de sus donantes.

—El verde, esperanza. De Mariquita Gómez... Oye, Paco, esto es para ti—dijeron a uno—. Ya sabes: te espera.

Paquito Ramírez, un pollo delgado y larguirucho, echó una bocanada de humo.

—Pues que espere sentada... De pie se va a cansar.

—Amarillo, calabazas. De Engracia Ponce... Tú, Mariano, ¿es éste para ti?

Mariano Redondo, el hijo del antiguo administrador de César, se irguió desdefioso.

—No hay por qué.

—Vamos, no lo niegues: te las dió de a quintal...

—¿A mí? ¿Qué más quisiera! Ese color déjalo para otro: el mío es más bonito.

Llovieron las preguntas:

—¿Cuál?

—¿El rosa?

—¿El "Algabeño"?

—¿El "Bomba"!—dijo uno ahuecando la voz.

Mariano sonreía petulante, siguiendo las bromas de sus compañeros.

—Pues, chico, no te hagas ilusiones.

¿O crees que el color de rosa es para ti? Rosa: primera emoción de amor. Oye, en serio: ¿te lo has creído?

—¿Límpiame!

—¿Gracioso!

—¿Que retiren a este don Juan!...

Uno de los señoritos entonces se puso a pasear con aire torero, tarareando el pasodoble del "Algabeño".

Los demás empezaron a aplaudir, y Mariano, entonces, sonriente, marcó con el bastón una estocada. Las bromas continuaron, y César, sin tomar parte en ellas, se entregaba a triviales pensamientos acerca de los colores. Tan baladí como era aquello, le preocupaba por qué Dolores había combinado el tono verde y el rosa y qué significaba aquel emblema de la primera emoción de amor.

Eran ya cerca de las cuatro, y entregaron los cintas, para que las dispusiera, a un portero del Ayuntamiento. A continuación fueron los jóvenes a recoger los caballos y ordenar la cabalgata. Habían de reunirse fuera de la plaza, para entrar en ella juntos.

Poco después de las cuatro empezó la fiesta. Montando todos los jóvenes brisas jacas, desembocaron en la plaza, en medio de los vitores de la multitud. Esta llenaba las bocacalles estrujándose, en afán de curiosidad. Interesante era el aspecto de la plaza entonces: de un balcón del Ayuntamiento a otro del casino se tendía un alambre, del que colgaban las anchas cintas en una policromía vistosa y rebrillante. En todos los balcones del casino, en los del Ayuntamiento y en los de las casas que miraban a la plaza se apiñaban las mujeres, ataviadas como en los días más solemnes. Y en el balcón principal del casino, como un tribunal que presidiera unas antiguas justas, corte gentil de amor, las señoritas que habían bordado las cintas mostraban sus rostros risueños, afanosas de saber quién sería su paladín.

No dejaban entrar a nadie en la plaza. Guardaban las bocacalles los municipales y el grande cuadrilátero estaba desierto, formados los corredores en fila en un extremo, como en una parada militar.

Igual que en los antiguos palenques, un clarín dió desde el Ayuntamiento la señal. Los caballeros entonces, sin descomponer la fila, arrancaron al paso y fueron a rendir pleitesía a las damas de sus pensamientos. César miró profundamente a Dolores. Vestía ésta un traje de terciopelo del color de su cinta, con elegante sombrero verde. Nunca le pareció tan bella y tan distinguida. Transpiraba toda ella esa elegancia natural que no depende de modas ni de retoques, sino que fluye de la propia vida gentil como un manantial de gracia. Le pareció que estaba un poco pálida y triste, y que le miró con cierta curiosidad y extrañeza.

Arrojaron ellas las varas pulidas con que habían ellos de sacar las cintas del alambre. Hecho esto, los caballeros se retiraron, siempre en formación, y sortearon después el orden de los corredores. Medina tuvo que esforzarse poco

para comprender en qué consistía el juego. Había de salir el caballo al paso, dando la vuelta a la plaza, aligerar luego al trote, avivar después la carrera, arrancar al galope por fin, y tomando entonces perpendicularmente el alambre, conseguir entrar la vara por la argolla de la cinta, y arrancar con ella, como premio de la habilidad. Bastante difícil le pareció, sin embargo, lograr esto, a lo menos obtener la cinta preferida. Estaban todas muy juntas, casi pegadas, y tan altas, que César creyó que habría de empinarse sobre el caballo para llegar a ellas. No quitaba los ojos de la franja rosa, que distinguía bien y que se le mostraba desde lejos, como codiciado galardón de sus afanes. Ni le importaban las otras, ni interés alguno hallaba en los símbolos de los demás colores: desdenes, dichas, celos, desengaños, promesas y olvidos.

Tocóle a César en suerte el tercero, un lugar antes que Mariano, a quien desde luego tuvo por su rival y el que lograba despertarle el prurito de conseguir la cinta de Dolores... Viéndole así, rechoncho, cetrino, gangoso, con aquel aire plebeyo que no habían logrado deterrar los refinamientos de un lujo recargado y de una "posse" tan grande como el lujo, sentía que los pequeños gozquecillos que mordieron antes en su corazón se aquietaban, sosegándose, y que toda su irritación se convertía en una sonrisa desdeñosa, la sonrisa de la propia superioridad nativa, ante el ridículo esfuerzo de la vana afectación.

—Tiene razón Frasco—se dijo muy convencido Medina—. No es posible que interese a Dolores... No pega... Eso es: ¡no pega...!

Volvió a sonar el clarín en esto, y rompió plaza el primer corredor. Con arreglo a la costumbre, lució las habilidades de su caballo, y, al pasar debajo de las cintas, no logró llevarse ninguna. Le abucheó la multitud por esto, mientras el segundo corredor, más diestro, tras corto intervalo, entraba la vara por una argolla, y entre los aplausos de los espectadores iba a saludar, desde el caballo, a la dama que vestía el color de la cinta.

Llegó entonces el turno a Medina. Algo aturdido, salió al paso, y poco tuvo que hacer con su nerviosa jaca, que, amaestrada sabiamente, fué vitoreada por sus piruetas, concorvos y majestuoso brío en el trotar. Parecía Medina uno de aquellos jinetes legendarios de los famosos juegos de Grecia, que decoraron después, esculpidos, los frisos del Partenón. Apuesto, arrogante, con la varonil hermosura característica de la raza extremeña, fué admirado César y objeto de entusiastas simpatías. Hacía revivir él, entonces, toda la tradición caballeresca de los Medinas, famosos siempre en estas fiestas por sus corceles, y más famosos aún por la apostura gallarda con que montaban: aquella antigua usanza española de clavarse el jinete en la silla y correr, sereno, como un centauro. Hubo de dar otra vuelta Medina, a petición del pueblo; después la iaca, a una voz, partió como una cen-

tella, y, al llegar a las cintas, pareció encabritarse, tocando casi con su cabeza las argollas. César no tuvo más que alargar el brazo, y a punto estuvo de lanzar un grito de triunfo al ver que prendía la vara; pero fué instantáneo: el color amarillo se destacó en una ancha franja envuelta a su muñeca, con aquella significación deprimente de su símbolo. Rompió la multitud en aplausos estrepitosos, interpretando fuera aquélla la intención de Medina; en tanto, éste, demudado, mordiéndose los labios de coraje, iba hacia el balcón del casino a saludar a su dama, que le sonrió con una amable cortesía. Ya en esto Mariano mostraba orgulloso la cinta de color de rosa, y poco después se cruzaba con César, que experimentó, al darse cuenta de lo que llevaba, una vivísima irritación y una vergüenza que le subía al rostro en oleadas de sangre.

Terminó la fiesta, y echando pie a tierra los caballeros, corrieron al casino. Cada cual lucía, pendiente del cuello, la cinta que ganó en la liza, y ofrecía después el brazo a la dama a quien perteneció. Así entraron en el salón de baile, al son de la música. Se bailó un rigodón de honor. César veía cómo Dolores, pendiente de las palabras de Mariano, apenas miraba a nadie. Le pareció que sonreía complacida algunas veces, con aquel rostro dulcemente pálido, que cierta leve tristeza hacía más interesante.

La dama de César, Engracia Ponce, era una muchacha alegre, pizpireta, llena de gracia y de malicia. Estuvo con él sumamente amable y le hizo infinidad de preguntas relacionadas con su vida de "La Millona" y con ciertos comentarios que corrían por Torrealta. Contestaba Medina como distraído; sus ojos iban detrás de Dolores, mientras sentía en el alma un agrio dolor que le inquietaba. Ver así a Dolores, cogida de Mariano, le irritaba; le ponía en las entrañas la quemazón de un ascua encendida, la punzada intensa del celoso amor, enardecido con el vencimiento.

Terminado el rigodón, sentáronse las mujeres. Ya los paladines quedaban libres para invitar a la dama que quisieran. César, entonces, sumamente cortés, pidió la venia a Engracia Ponce para retirarse.

Esta, picante y sonriente, le advirtió:

—Cuidado, ¿eh? Tenga en cuenta que no está la tarde de éxitos.

—¿Por qué me dice eso?

Ella, bromista, adoptando una actitud cómicamente interesante, recalcó maliciosa:

—He de velar por mis fueros. Aunque a la fuerza, porque bien se conoce, ha de serme usted fiel esta tarde.

—¿A la fuerza?—preguntó galante Medina—. Bendigo mi buena estrella, que me ha proporcionado tan agradable compañía como la de usted, y de lo que estoy orgulloso.

—¿Se sabe todo, eh? Aun con las reservas mentales de sus galanterías. No lo niegue; el amarillo no es color de su devoción... No se puede tomar parte en estas fiestas si no se tiene el

pulso firme para no equivocarse los colores, ¿verdad?

Lanzó Engracia Ponce una carcajada menudita y penetrante... que molestó algo a Medina. Era, sin embargo, Engracia realmente simpática con aquella desenvoltura y aquel desenfado juvenil.

Iba a contestar César, siguiendo la corriente de la gentil muchacha, que con tanta naturalidad y confianza le trataba, cuando pasó delante de ellos Dolores, cogida otra vez del brazo de Mariano. Paráronsele las palabras a Medina, y Engracia, volviendo a reír, acabó de poner su sal en aquel aturdimiento:

—¿Ve usted? Le han tomado la vez y le estoy martirizando aquí con mis bromas. Dispénsame, ahora en serio... Váyase, y perdone las molestias que le habré dado... y otra vez no confunda usted el amarillo con el rosa.

Diciendo esto, le despidió Engracia con la misma sonrisa picaresca de antes. Medina comprendió que estaban conociéndole sus luchas interiores y se le ocurrió disimular sus cuitas, invitar a Dolores y mostrar por esto y por su estudiada actitud indiferente, cuán lejos estaba de merecer aquéllas suposiciones que hicieron de sus propósitos. Bailaría con ella y luego bailaría con todas, y en su fría sonrisa conocería todo el mundo la serena tranquilidad de su espíritu. Dar así la impresión de un corazón enteramente libre e inabordable, no socavado todavía por los temblores profundos de ningún amor.

Con estos propósitos fué hacia el sitio donde se sentaba Dolores. Miróle ella llegar con una mirada de profunda extrañeza, una mirada especial que César no supo definir. Contestó a su saludo algo retraída como siempre, pero correcta y urbana.

Cambiaron pocas palabras después del saludo. Ella, entonces, con una exquisita precaución, llamó a su hermano, que pululaba en un extremo entre los curiosos, y le rogó que la llevase a casa, pretextando no se hallaba bien.

Quedó Medina chasqueado en sus propósitos, sin haber tenido tiempo de invitar a Dolores, y experimentó ese anodamiento del que se considera repetidamente vencido por el mismo adversario. Era aquello una humillación más de la tarde, un desprecio público que le hacía subir al rostro el calor de la vergüenza... Demudado, atravesó el salón, sintiéndose doblemente aturdido al notar que era objeto de las miradas irónicas de todos los presentes.

Aquello le llegó al alma. No sabía lo que le pasaba. Sin ánimos ya, ni humor para permanecer allí, bajó las escaleras y salió a la calle, derecho, a la casa del boticario, para huir de Torrealta, a su soledad, a su olvido, a sorber la humillación y avivar la sorda venganza que batallaba en su pecho.

Al cruzar delante de la iglesia le detuvo una voz afable y cariñosa. Era la madre de Dolores, que salía de la parroquia, donde celebraban un triduo, y que, al ver a Medina, empezó a dar muestras de vivo resentimiento.

—¡Ingratón! Tanto tiempo sin ir por casa. ¿Así pagas los afectos de los buenos amigos? Se lo dije a Dolores: ¿qué le ocurrirá a César, que no viene por aquí? Y Dolores me dijo que te había visto en casa de don Juan, pero que después no habías venido al pueblo desde Nochebuena. ¿Estará enfermo?—pensé—. Y Dolores me dijo que no, que ella sabía que no te pasaba nada de particular.

Medina miraba estupefacto a doña Matilde. No sabía si estaba burlándose de él con aquellas alusiones a Dolores. Reprimiendo todos sus gestos, forzó una disculpa y pretextó lo tarde de la hora para no detenerse más.

Era ya bien anochecido cuando salió de Torrealta. Las sombras del crepúsculo perezoso parecían caer todas sobre el corazón de Medina, como una mortaja de silencio y de terror. Se respiraba un aire húmedo, cargado de relente y agitado por extraños cantos, destemplada sinfonía lúgubre de las tinieblas en la noche áspera y cruda que comenzaba.

Marcos de Sando Médico XVII GARROVILLAS (Cáceres)

Frasco, como le vió al día siguiente tan murrio, se atrevió a preguntarle:

—¿No le ha dio ayer bien al señorito en Torrealta? Pos aquí trujeron noticias que se portó usted como un hombre en las cintas y que sacó prenda a la primera vez. ¡Guena moza le tocó! ¡La señorita más placentera de Torrealta! Cuéntanla mu campechana y que se ríe de la su sombra... Pero lo enreara que es la gente, señorito. Esta mañana decían en la cocina que cuéntanle allí que a usted se le iban los ojos tras la hija de doña Matilde, la viua de Algaba. Lo que yo les dije: pos si el señorito quisiera, libre está él y libre está ella, y en na desigualan. Porque too eso que dicen del hijo de don Cayetano es gana que tiene él de ponerse moños.

—¿Y qué sabes tú si ella le quiere, Frasco?

—Porque mié usted: a esa mujer cuéntanla mu juiciosa, mu castiza y mu agúa, y no se va a hacer caso de medios celemines habiendo fanegas. Y no falta quien dice que ha dio ya por lana el tan pimpájaro y ha salio trasquilao. Yo que el señorito saca la cinta de la Algaba, pa darle en la cabeza...

—¿Qué más da?

—Veile: cosas que se le arrecuerdan a uno. Aquí, señorito, en los pueblos, toos semos a hacer boas. No gusta la gente joven, sola y desoficiá. ¿Y cuál mejor pa el nuestro señorito? Pos esa mujer, que es guapa, mu guena, por lo que cuentan; ni pintipará pa esta casa; y veile, pos se le ocurre a uno, y dice: ¡no está mal!...

—Claro, y a medida de vuestros deseos ajustáis la voluntad ajena. ¿No sabes tú que para hacer una boda hacen falta dos cosas?

—¿Cuáles?

—Primero, que quiera el hombre, y luego, que quiera la mujer.

—De ahí se parte, señorito; pero,

amos, creemos nosotros que lo que a nosotros se nos arrecuerda se les arrecuerda también a ellos. Y como pega bien... pos, ¿por qué no ha de hacerse?

—Porque, ve ahí, Frasco, falta ese "arrecuerdo", que es el esencial.

—¿De verdad, señorito? Mié usted que ya tengo muchos años, y algo se desprende con sólo vivir. Y no es la primera vez que anda uno con estas cosas. Cuando el su padre de usted, que en pas descansa, empezó a rondar a la su madre, fué en una ocasión en que la su madre vino a pasar aquí, a Extremadura, una temporá con unos amigos de Torrealta, que iban mucho por Madrid y que acabaron por dirse allí. Güeno, pos el su padre andaba talmente como usted; amos, casi haciéndole dengues cuando se hablaba de ello. Y yo se lo dije a la mi mujer: ¿ves tú el señorito, que parece que no le importa? Pos su reconcomía tiene. Y salió lo que yo dije, y, sintiéndolo, señorito, ¿sabe usted? Porque no era por desmejorar a la su madre, que era una bendita, sino porque sabíamos que si se casaban se iban a dir a Madrid. Semos así: sin los nuestros amos parece que nos falta algo y que no hemos de tener onde recurrir. Pos veile, que me arrecuerda usted al su padre... Amos, señorito, de verdad, el día que tiró usted la leche, ¿fué lo caliente, o fué lo del hijo de don Cayetano lo que le desentono?

Medina se puso encarnado y forzó por sonreír.

—Pos veile—continuó Frasco—, que, cabildando, cabildando, hoy se me ha arrecordao una cosa. El señorito estaba anoche mu triste, me dije; llegó del pueblo y se acostó, sin hablar con naide, y la mi Antonia oyóle suspirar... y va a ser por esto. Pos güeno, pa que el señorito no esté alicaio, voy a decirle que no se fíe mucho de habladurías y apariencias, que el hijo de don Cayetano es mu fachendoso y amigo de darse importancia. ¡Aquí le tenemos mu bien calao! Que ande rondando a esa mujer por si cae esa breva, no está descaminao, porque a naide le amarga un dulce; pero de eso a que le haga caso la señorita hayle más que dende aquí a Badajós... Y si el señorito quiere, hágase cuenta que a su lao el hijo de don Cayetano es na y menos, y si esa señorita es de tan güen juicio como la pintan, pos ni qué decir tiene la cosa. ¿Onde se va inclinar? Hayle en usted, señorito, algo de culpa, porque la mujer y la gata, de quien las trata, y no hace usted na por meterse en sociedad y estar a los golpes. ¡Bah! Con las probabillias que usted tiene pa que too el mundo le ande a la güelta, anda usted siempre juío de la gente, no se trata con naide, como no sea con don Juan, que está más chalao que una burra, siempre inventando cosas nuevas; y too dinfluye, señorito, porque de que los señoritos del pueblo digan que usted es un jurón a que digan que es franco y abierto y de güen alegre, hayle diferencia y en too se fijan las mujeres.

Medina sonreía con aquella charla ingenua y comunicativa de Frasco, que le levantaba ráfagas de optimismo.

—¿De modo que la gente dice que yo soy un hurón?

—Cuasi..., cuasi... Como siempre lo ven rejuío y malincólico, pos veile, pino yo que lo dirán. Necesita usted meterse más en jollin, señorito. ¡Mentira parece que se haiga criaio en los Madriles, onde dicen corta la gente un pelo en el aire! ¡Bah!, pa parecerse al su padre, que siempre traíale regüelto el pueblo! ¡Menúas cacerías las que daba por este tiempo! Veile: toos le bailaban el agua y estaban con él a boquita que quieros. Asina hablaban aluego de su rumbo y de su natural tan señor... Pos usted metió en sociedad, ¿qué ibale a hacer sino la primera figura de los contornos? ¡Y poco que celebra la gente las cacerías! Veile: ya ha sío preguntarme algunos señoritos: ¿tu amo no caza ya "La Millona"? ¿Ya se ha perdido esa costumbre? Como que era el venir algunos años señorones de Madrid y aluego salir en los papeles los jabalines y lobos que se mataban. Veile: podía usted dar una cacería, dinvitar a la gente más principal, alternar con ellos y hacerse el tratable, que aluego too se cuenta, señorito. ¿No le invitaron a usted a las cintas? Pos too era gana de entromiarse con usted. Y ahora que hayle caza, pos ocasión pintipará: un cumplio pa otro cumplio.

—¿Dices que hay mucha caza, Frasco?

—A montones debe haberla, señorito. Jójigas de ciervos hayle en toas las vederas. De jabalines, pos arrepere que han jozao en las mismas siembras, y de lobos no hayle que hablar. Es rara la noche que los perros no jatean a alguno de los tunantes.

Derivada ya la conversación hacia este asunto, Frasco animaba a Medina, contándole raros relatos de las antiguas cacerías, ponderando.

—Si precisamente "La Millona" tiene de too: raso, encinao, monte, rompimientos. ¡Un Potosín! Finca de recreo y de utilidá. Como que muchas veces era el decirnos: no nos desplicamos cómo el señorito vive en Madrid, teniendo aquí lo que tiene...

—Pues sí, me gusta la idea—dijo Medina—, daremos una cacería.

—¿Pos claro, hombre! Mié usted: de las devintaciones yo me sé las que hayle que hacer. El primero, don Fernando Algaba, que le gusta la escopeta más que jumar..., sin olvidarse del cura y del médico, que onde haiga caza allí están ellos. Aquí por los pueblos, señorito, a toa la gente acomodá gústale la caza. ¡Como que es la única diversión! ¿No oyó usted en el casino nunca discutir por los pájaros? Güeno, hayle quien quiere a sus perdigones más que a la su mujer y los sus hijos. Ya pué usted decir pestes de la su familia, pero cuidao con tocar al "Cojo" o al "Canchúo" o al nombre que lleva el pájaro. Pos na, señorito, erreglao; yo me encargo de avisar a los convidaos que ya me sé y a los prácticos que guien por el monte, porque hayle que contratar también a los corsarios, gente que conoce el terreno con los ojos cerraos. ¿Y sabe usted a quién no denvito, manque usted me lo manda? Al hijo de don Cayetano.

Medina, de buen humor, le preguntó:

—Pero, ¿por qué le tienes tanta ojoriza, hombre?

—Qué sé yo. Siempre fuéle a la nuestra gente mu antipático, pero a mí, desque se suena lo que se suena, pos mucho más.

—¿Pero no decias tú mismo que no era verdad?

—Justo, señorito, no hayle quien me lo quite de la cabeza, pero asina y too el supuesto revienta. Porque no pega, señorito, ¿no, verdá? No pega ni con cola. Amos, cuando hayle el refrán de ca oveja con la su pareja, por algo es. ¿Cómo quíe usted que pegue un carnero mocho con una paloma? ¿No lo cree usted asina?

XVIII

Según acordaron Medina y Frasco, el dueño de "La Millona" convidó a todos sus amigos de Torrealta a la cacería para pagarles así la atención que ellos tuvieron con César invitándole a las cintas.

Cayeron los cazadores en la dehesa sobre la media noche. Había de darse la batida al amanecer, y comentaban alrededor de la lumbre lances y episodios de otras cacerías, refiriendo curiosos incidentes, que despertaban el interés de Medina. Algo le disgustaba, sin embargo, la ausencia de Fernandito Algaba, que rehusó la invitación, pretextando ocupaciones urgentes. Relacionaba César esta excusa con la probable actitud de Dolores, mas Frasco, acaso con intención de animarle, tales razones le daba y tanto las repetía, que aquel disgusto era sólo una vaga duda semidesvanecida por los juicios de la reflexión.

Organizóse a las dos y media la expedición. El barquero remontó la barca corriente arriba y los cazadores pasaron el río por la parte del olivar. En seguida empezó la ascensión a la sierra. Frasco, Agustín, Bastián, dos loberos de La Cancha y otros de la Esparraguera servían de prácticos a los expedicionarios que por distintas veredas se encaminaron a los puestos, preparados de antemano, rodeando un gran trozo de monte. Frasco, delante de Medina, se abría paso por entre la maleza.

—Señorito—dijo aquél a César, en voz baja—. Si hayle caza, por aquí tiene que desembocar. Es el único paso. De ahí pa allá son tajos y quebrauras que no pasan ni las águilas, cuantri más un jabalín o un lobo.

No se oía, sin embargo, otro rumor que el de la propia naturaleza, sacudida un poco con el remusgo sutil que corría sobre las jaras. César, con el oído atento y la escopeta preparada, escrutaba el terreno, que parecía irse alejando en una vaga ondulación... Luego le pareció que del monte se iba levantando un velo inconsistente de sucia neblina e iba arrojando los valles difusamente, cerrando la visión de la negra y misteriosa perspectiva.

Pareció en esto oírse de pronto co-

mo una jauría de perros que se acercasen, y tanto César como Frasco montaron las escopetas. Aquel atraílleo se apagó, sin embargo, y sólo más tarde, lejos, muy lejos, sintieron cómo ladraban otra vez.

César aguzó los oídos. El trailleo de los perros volvió a dejarse oír, y era esta vez más claro y distinto, más cercano y seguro. Hubo un momento en que pareció que se venía encima, en tanto retumbaban otros disparos. Fué una decepción más: el silencio, la calma, el reposo, volvieron a adueñarse del paisaje, que parecía reacio en despertar de aquel sueño tan profundo.

Y poco después, sin esperarlo, en un instante se sintió por entre la jara un ruido violento. Parecía un huracán que viniese revolviendo el monte, tronchando brezos y haciendo crujir la maleza con un empuje grandioso. Frasco apretó el brazo de Medina. Este no tuvo tiempo de ver otra cosa que una calle súbita que se abría entre la jara y una cosa grande, monstruosa, que cruzaba delante del puesto como una exhalación.

No tuvieron tiempo de tirar.

—¡Che! ¡Quieto!—siseó Frasco—. Le siguen los perros.

No se engañaba. Detrás de aquella masa desembocaron en el claro varios perros, y se perdieron entre la maleza. Duró la espera sólo unos instantes; la masa monstruosa volvió a aparecer en el claro, pero jadeante ahora, terrible, acometiendo a los perros, que reculaban aullando. Era un jabalí.

Gruñía sordamente, forcejeando con dos alanos que colgaban prendidos de sus orejas. La jauría de podencos, dando vueltas en torno del jabalí, lanzábase de vez en cuando sobre la presa; mas el fiero animal los tenía en jaque, despidiendo con fieras colmilladas a los más audaces, que salían mal heridos, aullando lastimeros. Ni Frasco ni César podían tirar; era aquello un montón de perros que se revolvían confundidos, cerrando el paso a la fiera, y en donde tirar era tener la seguridad de herir a algún podenco. Medina estaba como petrificado; allí, a tres pasos del puesto, se desarrollaba la pujante lucha que prometía declararse por el jabalí. Este, con sus grandes colmillos, afilados como puñales, embestia a hocicazos, poniendo fuera de combate a nuevos enemigos. Daba lástima de los dos alanos con el vientre rajado en toda su longitud y presos aún del terrible paquidermo, al que paralizaban y entorpecían. Los podencos, cada vez más claros, acobardaron algo, viendo que varios heridos se retiraban del combate y a morir iban, mostrando algunos sus entrañas, junto a la entrada del jaral. Quedaban ilesos sólo tres o cuatro podencos, más reacios ya en acometer, y a los que se dirigía el jabalí, llena la boca de espuma sanguinolenta, encrespadas las largas cerdas y los ojos turbios de ciega animosidad.

Frasco, quizá instintivamente, dió una voz. Medina, sin saber lo que hacía, saltó del puesto y empuñando su cuchillo se fué a la fiera. Y fué también aquello rápido, instantáneo; sintió un gruñido y una masa que pasaba

con la furia de un ciclón por entre sus piernas, un golpe que la derribaba violentamente y una confusión de perros encima de él. El tiro de Frasco sonó milagroso: el jabalí entonces partió súbito para el puesto, y los perros, rehetos, se volvieron a lanzar sobre él, acorralándolo ya en la piedras.

Medina, loco, aturdido, furioso, sin saber a lo que se exponía, llegó al jabalí y le hundió el cuchillo por el costado. Fué suerte la suya el acertar, conseguir desplomar al animal, que ahora, en sus últimos estertores, se cebaba en los alanos con un encarnizamiento feroz. A poco, se estremeció violentamente y quedó inmóvil, con sus largas cerdas baboseadas de los perros, su pujante hocico lleno de sangre y sus pequeños y vidriosos ojos abiertos todavía con una expresión feroz.

Frasco, sin cuidarse del jabalí, empezó a examinar a Medina: la fuerte bota de cuero estaba rajada de abajo a arriba, así como el pantalón. Asustó a Frasco cierto tinte sanguíneo que mostraba la bota; pero, por fortuna, el dueño de "La Millona" no estaba herido.

—Señorito—dijo ya Frasco—, eso no se hace nunca. O se aguarda a tirar, o se sale en la ocasión propicia y tomando precauciones. ¡Güen susto me ha dado! ¡Era viejo el mú tuno! ¡Juy, la manzanza que ha hecho con los perros!

Frasco se dedicó a curar a los menos graves, a los que podían vivir, co-siendo sus anchas heridas. Había seis perros muertos o moribundos. Los dos alanos, desangrados, llenos de rasgaduras, acababan inmóviles, presos aún en el jabalí.

—Güeno—dijo Frasco—, pos se re-mató... Con tal que en los otros puestos haigan sío tan afortunados... Tiros, a lo menos, ha habio muchos... ¡Bah! Pa la caza que salía en tiempos del su agüelo. Pero este hijo de don Cayetano too ha sío dar cacerías a troche y moche...

Acercándose al jabalí probó a levantarlo.

—Pesa el indino. Hayle aquí lo suyo. Güeno, señorito, ya podemos dirnos. Aluego lo arrecogerán los ojeaores.

—Pero, ¿ya se acabó?

—¡Anda! ¿Y espera usted matar más endespues del jaleo de los perros? ¡Onde estará ya la caza que habia en el trozo que se ha cazao! Descudie: lo que no haiga salio ya, no sale en mucho tiempo. Pa cazar más hayle que batir otra mancha. Deje usted: que hayle más días que longaniza y pa divertirse la gente con esto tiene bastante.

Eran ya las siete y el sol empezó a esclarecer el horizonte. Toda la niebla parecía un polvo blanquecino que se difumaba. Cuando el disco dorado asomó ya triunfal, la niebla apareció jironearse, agruparse luego, tupirse, en lucha con la luz, pero tomada de frente comenzó después a deshilacharse, a descender pesada y a rastrear, en fin, acorralada y sujeta por los rayos del sol.

Doró éste aquellos canchos pizarrosos de la cresta, solitarios y enhiestos, morada de águilas y gerifaltes, y Medina examinó aquella sierra. Había es-

parecidos por el suelo huesos y plumas, sucia carroña, despojo de banquetes de las rapaces aves, señoras de las alturas.

—Estamos en lo más alto, señorito—advirtió Frasco—. Dende ahí se domina medio mundo.

Después empezaron el descenso a través de la jara. Subía el efluvio cargado de las resinas, como un aliento lujurioso de la sierra. Daba gusto aquella fecundidad, aquella plenitud de la naturaleza agreste y salvaje. Se comprendía así la pujanza de los jabalíes.

Frasco tomó pie para volver a advertirle:

—Digo, señorito, que lo que usted hizo es una temeridad. No se debe salir del puesto como no vaya uno seguro... Los jabalíes jeros son como leones, y desgraciao el que pillen. ¡En güen apuro vidose el su padre! Hizo una cosa parecía a la de usted, y salió con tres puñalás. Güeno, ya hayle que contar del de su valor.

Fueron así en una conversación de lances hasta que llegaron a la casa. Ya en la cocina esperaban los otros cazadores, comentando los episodios de la batida. Se habían cobrado dos ciervos y herido dos lobos que no pudieron hallar.

Obsequió espléndidamente Medina a sus amigos. Estos celebraron el lance del jabalí que ponderó Frasco. Luego, de sobremesa, hablaron de otras cacerías, y de las cacerías fueron a las mujeres. Por incidencia nombraron a Dolores, y los jóvenes, algo caldeados por el vino, cayeron sobre Medina, abrumándole con sus bromas. Medina, por seguirles, nombró a Mariano, y fué entonces el avivar todos una cruel burla poco humana.

—¡Pero si le ha dado... tagarnina!

—¡Vamos, hombre! ¡Qué más quisiera!

—Pues él lo dice—replicó César—. ¿No puede ser verdad?

Siguieron las burlas. Cuando poco después los expedicionarios regresaban al pueblo, Medina se hizo esta reflexión. —Pues, señor, esto sí que es curioso. Yo sin saber nada y la gente dándome la por novia.

Pero tenía buen humor, y la alegría puso un cantar en sus labios.

Frasco, que le oyó, puso un comentario:

—¿Solo y cantando? Cosas hayle de amores.

—Cuando el español canta...

—Sí, ¿eh? Pos asína mesmito me contestó el su padre... Y veile la española.

Moises Marcos de Sande
Médico
XIX
GARROVILLAS (Cáceres)

Y sucedió que Medina, a fuerza de dar vueltas a las "pegaduras" de Frasco y a las bromas que le gastaron los cazadores y a unas ideas íntimas que él de por sí solo tenía, se levantó una mañana dispuesto a afrontarlo todo. Aquello era no poder vivir, siempre preocupado, siempre intranquilo y siempre a cuestras con el pensamiento de Dolores. En fin, que el fuerte, el altivo,

el invulnerable cortesano escéptico, acababa de ser rendido como un colegial por una señorita de pueblo.

—Decidido ya, cuanto antes mejor —pensó—; así acabaremos de salir de dudas.

Cogió, pues, pluma y papel, y resueltamente escribió el nombre de «Dolores Algaba» en el encabezamiento. A continuación: «Distinguida señorita»: «Estaba bien así? Le pareció luego esto cursi, amanerado, ramplón, como si hubiese sido copiado de esos modelos de cartas amatorias que vendían a quince céntimos en la Puerta del Sol de Madrid.

Buscó otro pliego de papel, y tras la dirección escribió sólo: «Dolores»: Esto le pareció más sencillo, más afectuoso y más serio. Y al cabo de muchas vacilaciones dejó correr la pluma, dictada sólo por la naturalidad y el corazón. Le resultó una carta muy sincera y muy interesante. Eran en ella el caer rendidos los fieros dioscellos enanos, rotos y despedazados por el amor y convertirse en angelillos tristes, implorando suplicantes una generosa misericordia para las culpas pasadas y una atención para las solicitudes presentes.

Medina, terminada la carta, volvió a vacilar. ¿Frasco? ¿El galopín? ¿Una criada? Luego, con su noble instinto, rechazó aquel oficio celestinesco de los intermediarios... A lo mejor resultaban indiscretos... Así, pensó que era más prudente que Dolores recibiese aquella carta por correo interior, directamente.

Llamó al galopín, por ser más ajeno que Frasco a estos asuntos, y le mandó que, con toda urgencia, fuese a Torrealta a depositar en el buzón su misiva.

Después Medina bajó a almorzar. Joven al fin, abrió su pecho a la esperanza, y ésta pareció disipar todas las dudas de los naturales presentimientos que se le suscitaban. Más que del corazón enamorado hacía depender sus éxitos de aquella bondad tan celebrada de Dolores: Se le figuraba así la clara fuentequilla, de donde no había de fluir el agua turbia, sino el venero rico del manantial: el agua viva de gracia para apagar la sed de sus amores.

Alegre y risueño con esta suposición bromeó con Inés, mientras le servía la mesa, haciendo infinidad de preguntas. La muchacha contestaba solícita, entreteniéndole con aquellas particularidades acerca de los noviazgos de la gente del pueblo.

Era curioso el modo de concebir y expresar el amor.

—Digo que mira: yo te tengo ley, y si estás de parte de ponerte novia... Pos veile usté.

Medina sonreía de aquella ingenuidad, que no se avenía bien con la malicia que él había observado en los mozos.

—¿Y nada más os dicen?—preguntó.

—Na más... Güeno, cosas parecías... Pero asina escomienzan.

—¿Y luego?

—Pos aluego están hablando ocho días, y a este tiempo, viene la su madre y pide pa el novio la entrá en la casa. Y aluego, si le dicen que sí, entra... y pa

más... Y aluego los regalos: una navaja del once en la primera feria, un alfiletero de aelfa hecho por él, si es pastor; una empaná en Semana Santa, y si el novio tiene posibles, regalos de más valía: un pañuelo del ramo, una crus de piedras o cosas asina... Y aluego, se hace el pitorio...

—Güeno, señorito —terció Frasco—, pero no crea usté que en toas partes hacen asina... El pitorio sólo se hace del río acá; quiero decir, hasta La Cancha y Esparraguera. Allá, por lo que llaman la Siberia, no hayle esa costumbre. Antonia intervino, también en deseos de agrandar.

—Anda y cuéntale al señorito pa que se ría. El mi hombre, señorito, es un relancero y sabe muchos sucedios de risa. ¡Como que por las noches, en la cocina, too es llevarse contando cuentos hasta las tantas! Anda, Frasco, díselo.

—¿Qué es ello?—preguntó Medina. Frasco encendió en una brasa su colilla y dió dos o tres chupadas.

—Entretenencias, señorito, pa pasar el rato. Ca uno cuenta lo que sabe, y es refrescar el buen humor que hayle. Pos verá usté: en esos pueblos del río allá son mu cazurros. ¡Como pasa el tren tan lejos! Pos güeno: cuando uno quiere ponerse novio, se engalana y va en ca la cortejá. —¡Tras, tras! —¿Quién? —Abre, o me regüelco en el barro con el jato nuevo. —Entra, hombre. Pos güeno, entra y dice: —¡Alabao sea Dios hoy! —¿Te sientas? —No, que me voy. —¿Y qué se trae un hombre tan májo? —Pos decir a usté que quisiera casarme con la su hija. —Pos yo te digo que primero pa otro que pa ti. —Pos yo digo que la primera hogaza de pan que coja hogafío será pa ella. —Pos no pué ser en el tu jorno. —Güeno, pos entonces yo me voy, mañana vendrá la mi madre con el serón y la burra y se llevará la razón segura...

—¿Ve usté, señorito? —dijo Antonia—. ¡Sale atinao!

Medina se rió de corazón.

—Güeno, son muy atrasaos, señorito —añadió Frasco—. Háblanle entavía mu a la antigua. Al suegro le dicen el mi señor, y la mujer habla al marío de vos y tiénenle aluego unas fiestas. «La membrillá, la comadrá», que también hayle por aquí; pero más vistosas. ¡Y más toreros! No hayle pueblo que no celebre la su capea por el Cristo, o el toro enmaromao... Pero es mu güena gente. Cuéntanle que puede usté dormir con la puerta abierta, sin cujdaos de que naide le robe. Valientes sí son, en cambio; júntanse los mozos en las rondas por partías y gritanle «¡Jujuru-jú!» Contesta la otra partía lo mesmo y se van acercando, y cuando se arremontan, zúmbale las cachiporras y hayle pelea.

XX

Medina se consumía de impaciencia. De la casa al camino y del camino a la casa, todo era mirar la lejanía,

escrutando el horizonte, ansioso de ver al galopín que había de traerle el correo de Torrealta. Pensaba Medina que Dolores debía contestarle, transcurrido un día, e ilusiones se forjaba de abrir dentro de poco un sobre perfumado y leer en un plieguecillo una dulce y tímida confesión.

No atendía a ninguna de las palabras que le dirigía Inés, que se extrañaba de verlo salir y entrar, sentarse un momento en la cocina, subir luego a su despacho, volver a bajar y dar vueltas por todas partes, ya alegre, ya impaciente, ya ceñudo y sombrío. Intenciones le daban a César de coger la jaca y salir al encuentro del galopín, y arrebatarse en el camino la correspondencia, y echarle una como para él por su tardanza y parsimonia.

—Señorito—le dijo Inés—. ¿Espera usté quizá al mi padre? Me acercaré a llamarlo si quiere. Ha díó a ver los zachaos.

César contestó que no, y lo dijo de un modo irascible y torvo, que amenazó descargar en la muchacha. Esta sintió miedo, creyendo que fuera uno de aquellos amagos de locura que decía su padre, y, saliendo de la casa, echó a correr al pozo donde lavaba Antonia.

—¡Madre! ¡Al señorito le va a dar el ajunco!... ¡Mira como extraviao, con los ojos tercios!...

—Pos llama al tu padre, hija, que no esté solo, a mi también me da miedo. ¡Malpocao! ¡Tan güeno como estaba ya! ¡Y aluego no le ve ningún médico! Veile: y decía don Manuel el de La Cancha que eso de la niugenia era na...

Inés echó a correr en dirección a las siembras. Ya César salía de la casa, y a pie y sin sombrero, comenzaba a andar nervioso, camino de Torrealta.

Antonia, lavando en el pilón, le contemplaba temerosa, sin atreverse a decirle palabra. César se detuvo, empuñándose un poco para mirar; luego, decidido, siguió camino adelante...

Sin darse cuenta, se encontró atajado por el río. El barquero, viéndole desde la puerta del molino, acudió corriendo y desató la barca. Luego, al ver que Medina permanecía inmóvil, le preguntó:

—¿El señorito va a pasar, o hayle salio sólo a dar un paseo?

César hizo con la cabeza un movimiento incomprensible, que interpretó como una negativa el barquero. Este volvió a atar su barca y despaciosamente se otra vez hacia el molino.

Medina se distrajo un momento mirando el agua. Sobre la tabla ondulaban, con el flujo de la corriente, verdinegras algas, sobre las que raqueaban, estridentes, algunas ranas. Bandadas de pececillos, diminutos como alfileres, remontaban el río y se acercaban hasta la orilla. Al vez a Medina huían luego como exhalaciones, desperdigándose. César, aburrido e impaciente, cogía piedras y las lanzaba con furia al río. Levantaban, al chocar, un chorro de gotas, que se sorbía luego la corriente y ésta seguía gogoteando con un murmullo constante, voz cantarina, que parecía estar burlándose de él.

Luego César, cansado de contemplar el río, fué hasta el molino. Rodaban las piedras con un rumor bronco y monótono, moliendo el grano y dejando escapar por la ranura de las tolvas la blanca flor de la harina. El molinero, con un gorro en la cabeza y empolvado hasta las pestañas, le ofreció, cortesano, un banco hecho de tronco de encina.

Por un momento, le dió a César aquel molino la sensación de la antigua vida española. El trigo rubio, molido en las piedras, y amasado luego en la artesa, y llevado al horno, y convertido, al fin, en doradas hogazas, tiernas y sabrosas.

El molinero inspeccionaba el movimiento de las piedras y la temperatura de la harina. Llenaba ésta las callosas manos, y, espolvoreada, volvía a caer en la tolva, con un vivo olor de gluten. Musitó a poco el molinero unas palabras rústicas en deseo de que no se inundasen los rodillos, como solía ocurrir siempre que se molía mucho. Después pareció cortar el hilo de su conversación escuchando algo.

—¡Barquero!—rompió—. Parece que llaman.

Medina, de un salto, salió a la puerta del molino. ¡Al fin! Era su criado, que voceaba en la orilla del río.

El mismo César desató la barca. Después, apoderándose de un remo, hizo por acompañar su esfuerzo al del barquero, que le miraba riéndose de su torpeza.

—No es la fuerza, señorito. Es la habilidad. No hayle que arrempujar mucho, que turce la barca asina.

Cuando llegaron a la otra orilla, César reprendió al galopin por su tardanza.

—No había naide en la administración del correo, señorito, y hube de esperar. Como el administrador, cuando no está en el casino está de caza, y el cartero es el encargado de too, pos cuando yo llegué estaba repartiendo por el pueblo, y hasta que no vino, pos naide me pudo dar los papeles de usted. Asina me ocurre muchas veces, señorito, si por causalidad ha salido el cartero.

En la misma barca, mientras cruzaban el río, entró César la mano en las alforjas del mulo. Sacó un montón de periódicos y una carta, que miró con avidez. Era un sobre pulcro, pequeño, grabado con fina letra de mujer. Trémulo de emoción, abrió Medina el sobre y sacó ansioso el plieguecillo... ¡Quedó consternado! Era el mismo que él había enviado a Dolores, devuelto tal como fué, sin una palabra de respuesta, sin un comentario, sin nada... Rechazado venía, envuelto en desdenes y desprecios, cerradas las puertas de amante corazón y de amante oído... Lo comprendió todo y se dió cuenta de su ridículo.

En un impulso estrujó el pliego entre sus dedos, arrugándolo, rencoroso. Luego, con la misma ira, lo rompió en dos o tres pedazos y los arrojó al río. Quedaron nadando aquellos trocitos de papel como mariposas posadas sobre el cristal. Después, empujados por la corriente, dejándose fueron, río abajo, a lo lejos, a lo desconocido, simbo-

lo de los corazones sin rumbo, siempre arrastrados a la deriva.

El barquero y el galopin miraban a César misteriosos, adivinando que algo trágico pasaba por aquella alma. No se atrevían a romper el silencio de aquel dolor, que parecía torvo y tempestuoso.

Medina saltó de la barca y, sin cuidarse del galopin, echó a andar hacia la casa. Rompió también con coraje todos los periódicos y pareció pronunciar palabras incoherentes.

Cerca ya de la casa, le salió al encuentro Frasco, que estaba sumamente disgustado.

—¡Gandulazos!—dijo—. ¡Mal trabajadores! Con estas súplicas que les echan los hablados que vienen de Madrid se les ha llenao la cabeza de jumos y too es trabajar de mala gana y hacerlo mal de propio intento. ¡Y aluego too es quejarse de los ricos!...

Aludía Frasco a los zachadores que acababa de ver.

—En los mis tiempos trabajaba la gente a la ley; pero ahora es que lo hacen mal, porque quieren, na más que por hacer daño. Too son parás y que si ellos tienen derecho a esto y a lo otro, y que si los ricos son asina, y que si too es de toos, y que si el día que venga la República... ¡Vagos! ¡Vaisle a conseguir que naide siembre un terrón!

Medina, enfurecido con las palabras de Frasco, se dirigió a las siembras. De lejos, así que lo vieron, empezaron los trabajadores a entonar el himno de la Internacional.

Recibieron a Medina insolentes, canturreando cínicos entre el movimiento de los zachos, que sonaban golpeando las piedras de los surcos.

Frasco se dirigió a uno de ellos y se apoderó del zacho.

—¿Y esto es trabajar?—le dijo—. ¿Queándose aquí la gramaza? ¿Y esto merece las desigencias que tenís?

Medina se fijó: lo hacían mal, arrancaban las matas de trigo y quedábanse atrás el vallico y la achicoria. Era un trabajo sin voluntad, sin gusto, un trabajo forzado e irritante.

Su mal humor subió de punto.

—¡Ahora mismo!—gritó—, dejen ustedes de trabajar y tomen la cuenta... ¡Pero que ahora mismo!

Sacó un puñado de duros y los arrojó altivo, retirándose.

XXI

Como el boticario, enterado de lo ocurrido con los zachadores, había prometido a Medina escogerle quince o veinte jornaleros de lo mejor de Torrealta, con el fin de contratarlos de fijo, aunque se les diese algo más del salario corriente, César tuvo necesidad de ir al pueblo: le urgía adelantar la escarda, pues ya los trigos se iban tupiendo mucho e iba a ser luego difícil arrancar las malas hierbas.

De haber sabido Medina que iba a encontrarse allí nada menos que con Dolores y la solterona, que hacían tertulia a la esposa del boticario, seguramente hubiera retardado la hora de su

visita. Hecho ya al propósito de considerar imposible aquel amor, y esforzándose en convencerse a sí mismo de que todo podía ser una pasajera ilusión, hallaba distracciones en los planes de la futura vida que ideaba en la corte, templando algo aquel dolor de sus vencimientos amorosos. El tiempo y la ausencia se encargarían de lo demás, y ocasión habría de venir en que el antiguo Medina, aturdido en los devaneos y en el bullicio de Madrid, volviese a ser el frívolo indiferente para todos los problemas sentimentales, y llegaría acaso a burlarse de esta travesura en que había salido tan malparado.

Pero todos estos propósitos, todas estas ideas de Medina desaparecieron como por encanto al entrar en aquella sala. Como siempre que se encontraba con Dolores, saludó sumamente cohibido, con cierto aire de melancolía que empañaba su voz varonil de un tono quejumbroso y desmayado.

No estaba en casa don Juan, y su esposa rogó a Medina lo esperase. La conversación, interrumpida un momento, volvió a reanudarse con las palabras de la solterona:

—Pues sí, Doloritas; lo que ha hecho Mariquita Gómez me parece muy bien. ¡Para que aprendan los hombres a comportarse como deben con las señoritas! En mis tiempos, los hombres eran más galantes, más corteses; pero hoy, hija mía, ¡qué groseros se han vuelto y con qué desprecio hablan de las mujeres! ¡Son todos más soeces! Por supuesto, mejorando a usted, caballero.

Dijo esto la solterona mirando a Medina con cierta gravedad irónica que parecía intencionada.

—No deja de ser una opinión femenina, señora—contestó César—, y gracias por la excepción. ¡Pero si oyera usted a los hombres!...

—¿Va a defenderlos? ¿Le parece a usted bien que un hombre cometa groserías con una dama?

—No, señora; pero muchas veces se consideran groserías lo que son inconsciencias, faltas de intención. Además, no crea usted que son sólo los hombres los que cometen faltas de cortesía. Yo le pudiera decir de mujeres que a solicitudes y a atenciones de los hombres, que son siempre de agradecer, contestan con el silencio desdeñoso o con el desprecio público.

Medina recalcó mucho sus últimas palabras y miró intencionadamente a Dolores. Esta pareció no haberse enterado y siguió jugueteando con el fleco del tapete de la camilla.

La solterona, aunque no contestó a César, siguió diciendo pestes de los hombres y manifestó que así que viera a Mariquita Gómez la felicitaría por su comportamiento.

—Pero mujer—terció la esposa del boticario—, si Paco Ramírez está arrepentido, no ha debido Mariquita humillarle tan públicamente... ¿No te parece, Dolores?

—La forma, no—contestó ésta—; pero el fondo lo apruebo yo.

—¡No, no! Humillarle también—opinó la solterona.

—Señora, no sea tan cruel—advirtió Medina entre serio y picante.

—¿Pero usted sabe lo grosero que estuvo antes ese hombre con ella?—contestó en digno arranque la célibe—. Imagínese que el día de las cintas, porque los muchachos le dieron una broma en el casino, contestó que le esperara sentada, que de pie se iba a cansar. Y no quiso sacar la cinta de ella, y encima estuvo haciendo gala de sus cortejos a Purita Carreño... ¡Ya daría yo a los hombres! Son todos unos sinvergüenzas. Pero ¿qué más, si la palabra más bonita que tienen algunos para calificar a las señoritas es la de "cursis"?...

Rojo se puso súbitamente Medina, por creerse aludido, e iba a contestar algo violento, cuando terció la esposa del boticario.

—Pero, mira, María, ya se sinceró Paco de todas esas cosas.

—¡A buenas horas!

La solterona se enzarzó con la boticaria, la cual, por esa idiosincrasia especial de algunas mujeres, se ponía "a priori" de parte de los hombres.

Dolores las sosegó un poco y se dejó oír:

—Hay que distinguir el caso. Desde luego, Mariquita Gómez habrá perdonado; pero es que en la solicitud del perdón iba envuelta otra cosa, y en eso, aparte la manera de hacerlo, ha hecho bien en no escucharle. Mariquita es una muchacha formal y juiciosa, y, como tal, ha de pararse muy bien en reanudar las relaciones hasta convencerse de si, en realidad, la nueva solicitud de Paco es sincera y del alma. Porque, qué sé yo, tantas cosas se ven en los hombres y tales palabras se dejan decir, que a veces se llega a dudar de todo...

Medina se atrevió a preguntar a Dolores.

—¿Es usted escéptica?

—No tengo motivos para serlo, aunque tampoco los tengo para lo contrario. Es una experiencia general.

—Los juicios temerarios son malos consejeros del corazón—contestó César—. Siempre fué acompañado el amor de la generosidad.

—Según—respondió Dolores—. La generosidad puede costar luego lágrimas, y no se debe por eso ser débil con el corazón. El amor es una cosa muy seria, aunque haya quien a juguete lo tome. Y cuando hay ciertos antecedentes, una mujer debe mirar mucho lo que hace. ¿Cree usted que se debe tener una generosidad imprudente con el hombre de quien no se ha recibido otra cosa que humillaciones? Sería exponerse temerariamente a sufrir otras. Pues en este caso está esa amiga nuestra.

Las palabras de Dolores, aun con la salvedad de la amiga, parecían ir derechas al corazón de César. Este contestó:

—¿Y quién asegura a su amiga que todos esos desprecios y humillaciones no se han hecho alocadamente, y después la reflexión no ha traído el arrepentimiento?

—Debe probarse con obras la sinceridad de los propósitos.

—Mira, Dolores—intervino la boticaria—; en el caso de Paco, yo creo que bastante ha hecho con pedir perdón a Mariquita y sincerarse ante sus amigas.

Digan lo que quieran, despreciarlo más es una torpeza, porque ella le quiere, como lo ha demostrado, y con la repulsa se expone a picar el amor propio de él y que entonces no vuelva nunca.

Medina apoyó las razones de la boticaria.

Dolores, sin hacer caso de las palabras de César, se dirigió a doña Pepa:

—Si no vuelve, señal es de que poco la estima. Amor que se deja vencer por el orgullo no es amor.

—Pero el caso es que esa señorita resulta ser, por lo visto, la que sobrepone al amor su orgullo—replicó César.

—Es mujer, y la conducta de la mujer es distinta a la del hombre—contestó Dolores—. La mujer, sí, no ha de desdefiar el amor, ni jugar nunca con él, ni mostrarse reacia en corresponder a ese sentimiento con toda su ternura y toda su efusión. Pero para entregar la mujer su amor ha de cerciorarse primero de si el hombre que ha de recibirlo lo va a estimar en lo que vale. Porque, diga usted, Medina: ¿qué ganaría esa amiga mía con otorgarse, si no está cierta del porvenir? ¡Si a lo menos la felicidad dependiera de uno solo! Pero ¿qué vale que uno de los dos quiera, si la dicha descansa en un sentimiento recíproco?

—Y diga usted, señorita: ¿Es la manera de cerciorarse de los propósitos de un hombre cerrando los oídos a sus explicaciones?

—Es la manera de hacerse respetar, primera condición para que el hombre mismo la estime.

No dijo más Dolores y se levantó. Tenía ahora el rostro vivamente encendido y los ojos tristes, apagados, con una expresión de leve amargura. Besó a la esposa del boticario y, circunspecta, se despidió de Medina.

—Señorita—dijo éste—, una pregunta: Supongamos que ese hombre quiere de verdad a esa mujer. Después de la repulsa, ¿qué debe hacer? ¿Insistir o retirarse?

Dolores se puso más encarnada aún:

—¿Ay, Medina! Dispense que le diga que es algo indiscreto preguntar a una mujer lo que deben hacer los hombres...

—¿Y es indiscreto también preguntar, cuando no se sabe, qué diferencia hay entre la mujer que rechaza al hombre para probarlo mejor y entre la mujer que le rechaza definitivamente?

—¡Oh, eso sí que es difícil de contestar—respondió muy seria Dolores—. Pero en caso de duda, cuando el hombre no sepa cuáles son los verdaderos sentimientos de la mujer, la propia conciencia será la que diga qué es lo que tiene uno derecho a esperar.

Dolores, diciendo esto, salió de la casa. La solterona hizo una reverencia a Medina y se fueron las dos. Quedó él de pie, algo pálido, bastante turbado y muy decaído. Dolores tenía respuestas que parecían sentencias.

La esposa del boticario exclamó entonces insinuante:

—No parece que opinan acordes usted y doña María. En dos ocasiones que han hablado, siempre se han llevado la contraria. ¿Le ha hecho usted algo?

—Pues ser hombre, por lo visto.

—La pobre—disculpó doña Pepa—tiene esas cosas, pero es muy buena.

—¿Es la institutriz de Dolores?—preguntó él irónico.

—La quiere mucho, porque Dolores la sabe llevar todas sus rarezas. Es así: si le da por subir a una persona, no hay otra en el mundo; pero si no le cae en gracia, ¡Dios coja confesado al infeliz!...; pero, en el fondo, doña María es un gran corazón. Todo es hasta congeniar con ella: alabar su caridad, sus flores y sus pájaros.

La conversación iba decayendo, y como tardaba el boticario, César expuso a doña Pepa el objeto que le había traído a Torrealta para que se lo hiciese presente a don Juan. No esperaba Medina más, porque se le hacía tarde y tenía albañiles en "La Millona".

En realidad, lo que deseaba César era rumiarse a solas las palabras de Dolores. Todas parecían haber sido pronunciadas para él.

Y aquí Medina, camino de la dehesa, era el exprimir su cerebro para saber qué es lo que en el fondo opinaba Dolores de él.

—Bueno—pensó—, demos por descontado que ella, a las primeras de cambio, no me iba a decir que sí y que duda de mis intenciones. "Amor que se deje vencer por el orgullo, no es amor", ha dicho ella y me miraba. Por aquí bien, es una indirecta bastante directa. "La mujer debe cerciorarse muy bien del hombre antes de otorgarse a él..." Por aquí, bien asimismo; es otra razón para justificar su conducta. "Pero en caso de duda, la propia conciencia dirá lo que tiene uno derecho a esperar." ¡Por aquí, mal, mal, muy mal!, porque en conciencia estuve con ella muy grosero en el tren, y la llamé luego «cursi», y dije que yo no había quedado para una señorita de pueblo, y ella lo sabe, y la foguea más la solterona, y ha de suponer que pretendo burlarme de ella, y, claro está, ni me oye ni es posible que me aprecie. ¡Mal, muy mal! He cometido una torpeza, sabiendo que ella, por amor propio, había de obrar así. Y, claro está, ella ahora se estará riendo de mí, y el "cursi" ahora resulto yo, y a esta fecha todo Torrealta sabrá que he hecho el oso, y que le he pedido relaciones, y que me ha dado calabazas, y el imbécil de Mariano hinchará el perro y me pondrá en ridículo, y a lo mejor resultan los dos en relaciones, y todo por prestar oído a las simplezas de Frasco y no convencerme yo mismo que las señoritas de pueblo son como son... ¡Se me emplea!

Medina, otra vez, en un arrebatado de nervios, corrió al caballo, con furia, las espuelas. Llegaba entonces al río. El brioso bruto, castigado repetidas veces por el camino, se encabritó de pronto, y, como en otras ocasiones que lo montó Frasco, se lanzó con impetu a la corriente. Medina quedó aterrado, pero ya era tarde; el agua cubrió las piernas de César, que se agarró a las crines nerviosamente. La jaca, resoplando fuertemente, dilató las anchas fosas nasales y comenzó a nadar con pujanza. Glogoteaba el agua sobre sus lomos, esponjando a Medina hasta la cintura, y

allí, en medio del río, se dió cuenta del verdadero peligro. El barquero, a todo correr, se desprendió del molino, y dando voces a los pastores y al molinero, desató la barca.

Cortaba el caballo, habilidoso y fuerte, la corriente bulliciosa del hondo vado, ante el espasmo de Medina, que se sentía bamboleado y removido. El barquero, empujando su barca, remó vigoroso, y luego, cambiando de parecer, se detuvo en un rasgo de admiración:

—¡Deje solo al caballo, señorito!—gritó—. ¡Sábele los pasos! ¡Virgen de Piedra Santa, qué temeridad! ¡Juy, Correo! ¡Tate, aspacito! ¡Juy, que pasas lo peor! ¡Aguanta! ¡Asina!... ¡Juy, que ya estás en lo pando! ¡Viva "Correo"! ¡Juy!

El barquero, pendiente de la faena de la jaca, quedó en medio del río. Ya el caballo chapoteaba a paso y acudían el molinero y los pastores a tenerlo en la orilla. César chorreaba agua por todo su cuerpo.

XXII

El médico de La Cancha no salía de su asombro:

—Esta gente joven no repara en nada. Vamos a ver, ¿para qué haría ese disparate esta criatura? ¡Buena la ha hecho! ¡Pulmonía!

—¡Jesús, Jesús!—dijo la Antonia—. ¡No mos lo diga, don Manuel! ¡Virgen de Guadalupe, qué desgracia! ¡Malpocao! ¡Sin padre ni madre!

La noticia no tardó en correr por Torrealta, adonde fué Frasco por otro médico. El boticario, así que se hubo enterado, no se contentó con acudir él solo, sino que trajo también a su esposa y se aposentaron en "La Millona". Encargóse doña Pepa de la dirección de aquello y se constituyó en enfermera.

—Como por asistencia no hace falta la señora—advirtió Antonia—, que aquí semos la mi hija y yo para cuidar con alma y vida al nuestro amo, pero pa las medicinas eso mejor lo puede entender usted. ¡Ay, qué desgracia, Santísimo Cristo de Zalamea! Mié usted, señora, aquí hayle aceite de la su lámpara del Cristo que lo trujimos el año pasao que dimos el día del Milagro y una medalla tocá en la peana de la Virgen de Guadalupe. Podemos ponérselo en el pecho. ¡Mano de Dios fué pa el mi hombre cuando malucaba con el estómago!

César tenía con la fiebre un alto delirio. Hacía preguntas incoherentes y canturreaba "couplets", aprendidos en Madrid. Algunos obscenos, de un verde subido, que recordaban las meretrices de los prostíbulos elegantes y las ilustres fregonas que en los teatros bajos bailaban en pañales la farruca y el garrotín.

—¡Qué lástima!—exclamaba escandalizada Antonia y procurando además aturdir a Inés, para que no las oyese—. ¡Y tan bien como canta!

A veces Medina pronunciaba el nombre de Dolores y preguntaba por ella a la esposa del boticario. Esta sostenía

entonces un diálogo muy interesante, creyendo ella que beneficiaba con eso al enfermo, pero que al fin le producía un frenesí de locura ardiente y desatada. Hablaba entonces Medina de amorosas ansias, y adelantándose al porvenir pintaba con patéticos arranques la grandeza de su felicidad.

—¿No decía yo que había gato encerrao?—exclamaba Frasco—. Ahora me desplico too eso de la niugenia y too eso de no saber cómo acertar la tecla del señorito. ¡Probe! ¡Si se queara en susto!

Antonia reiteraba sus promesas: —¡Un abrazo de alante en la romería de Piedra Santa! ¡Manque mos cueste un ojo de la cara!

Era en toda la casa ese desconcierto, ese aire de oscura tragedia cerniéndose sobre todos los lugares, ese ir y venir de los criados cavilosos y esos recados calladitos que parecen llevar el anuncio de las catástrofes.

Y la enfermedad seguía, en tanto, pujante. A las preguntas de los demás meneaban los médicos la cabeza con esa expresión pesimista que, sin decir nada, lo dice todo. César se exacerbaba más en sus delirios, y la fiebre, cada día más alta, amenazaba traer las complicaciones funestas que todos se temían.

Al cuarto día iniciaron su aparición. Aquella disnea de mal síntoma indicó que la marcha regular del corazón empezaba a entorpecerse y que la vida humana, la frágil vida, tan codiciada, quedaba pendiente de un retardo, de un tropiezo, de un latido, de un soplo, de nada.

Y llegó el conflicto, el temido momento en que la débil vida pareció irse desprendiendo poco a poco de la sutil envoltura de su cuerpo y hubo que llamar a escape a nuevos médicos y otra vez los recados misteriosos de la boticaria, el ir y venir de gentes del pueblo, amigos, criados y sacerdotes. Momento hubo en que la ciencia, impotente, se declaró ya vencida y abandonó al cura de La Cancha, aquel soplo de vida que amenazaba con apagarse y extinguirse. Lloriqueaban las mujeres, callaba ceñido Frasco, y el boticario, mudo por primera vez en su vida, paseaba a grandes trancos el inmenso salón contiguo a la alcoba, donde el reloj de cuco, con un tono agorero, dejaba oír, de vez en cuando, su música estrafalaria.

Desquitóse entonces Antonia: todo el aceite de la lámpara del Cristo de Zalamea lo apuró sobre el pecho de Medina y aplicóle todas las reliquias que en su creencia tenían el don milagroso de la salud.

Y así, en rezos y en ansias, toda la noche, en espera de la hora triste, en medio del silencio trágico de la casa, interrumpido sólo por el estertor del enfermo, los pasos calmosos del boticario y el golpear constante del reloj de cuco...

¿Crisis? ¿Principios vitales ocultos? ¿Milagros? La luz del amanecer puso en las habitaciones de la casa un tenue resplandor que parecía un gorjeo leve de vida y esperanza.

El médico de La Cancha no salía ahora de su estupor.

—Vaya usted a fiarse de síntomas y de principios—explicó al boticario—. Ve

usted un enfermo como éste que, según todas las manifestaciones, está en el periodo preagónico, y de repente le queda a usted chafado, como diciendo: ¡usted no sabe una palabra, señor matasanos! ¿Ve usted como no me muero? Otro día sale usted de casa creyendo que al enfermo que vió el día anterior en franca convalecencia le va ya a dar el alta, y en el camino le dicen: ¡Pues Fulano se ha muerto! ¡Somos unos borricos, don Juan! Usted con sus potingues y yo con mis recetas no servimos para nada, porque ante estos casos se ríe usted de los libros, de los maestros, de la ciencia y de todo, y piensa usted si los animales tienen más salud que los hombres, y se mueren más a gusto, porque no tienen médico ni boticarios.

Don Juan se reía a grandes carcajadas, y apoyaba con la cabeza:

—¡Es ocurrencia! Pues mire, quizá tenga usted razón.

El optimismo del médico contagió a todos. A Frasco parecía que le habían quitado un peso de encima. Respecto a la Antonia creyóse entonces empeñada con el Cristo de Zalamea y con la Virgen de Piedra Santa. Había de ir descalza al Milagro, cuatro leguas, decir tres misas, y llevar en la romería de las Pascuas un brazo de las andas de la Virgen.

Y no era para menos. Bien por las teorías del médico de Torrealta, que, viniendo sorprendido, trató ya de explicar científicamente aquel cambio súbito que se operó en el enfermo; bien fuera la virtud sobrenatural que Frasco y Antonia atribuían a sus reliquias, fué lo cierto que Medina, cuando menos se esperaba, empezó a reaccionar, y se sostuvo en él esta saludable energía de su naturaleza joven.

Después fué obra del tiempo. Paulatinamente fué cediendo la fiebre y tonificándose el corazón, volvió la vigorosa vida a redoblar sus resistencias, y al cabo de nueve días, Medina, fuera de peligro, recordaba confusamente, como el que despierta de un sueño, sus vagos delirios y sus hermosas quimeras.

Ya la esposa del boticario se había retirado con don Juan, y al cuidado quedó César de Antonia y de Inés. ¡Y había que ver el esmero, la solicitud con que le atendían!

—Señorito, que manque diga el médico que se levante, debe estarse quieto en cama algún día más, no vaya a tomar frío.

—Señorito, arrótese bien y no coma locuras, que los aires colaos cogen al descuido y son mu traicioneros.

—Señorito, que hemos pasao las jielles y no haiga aluego que lamentar, por no cuidarse bien.

Abrumaban a Medina de atenciones, de cuidados, de advertencias, con el cariño efusivo de sus rudos corazones nobles.

Cuando por fin se levantó Medina, pensó si le querían asfixiar: una manta encima de la pelliza, la chimenea atestada de leña y las puertas bien cerradas.

Llegó entonces el momento de hablarle Frasco,

—Señorito, usted no se enfadará si sin la su licencia hemos arrepartido un cajis de trigo a los probes pa que pidieran por usted. Como la nuestra ama, que gloria haiga, hacia siempre asina cuando tenía enfermos, pos los probes siguen la costumbre y toos eran a rogar ahora por la su salú. Y como el señorito no estaba entonces pa consultas, pos nos tomamos esa libertad.

Medina sintió tocado su corazón por aquello que denotaba el de Frasco, y aprobó:

—Has hecho bien.

—¡Ay, señorito!—intervino Antonia—, y otra cosa que voy yo a pedirle. Encomendé la su salú a la Virgen de Piedra Santa, y en el su nombre ofrecí una limosna pa iluminar el altar. Güeno, el santero viene pa aquí toos los sábados. ¿Quiere usted que cuando venga le dé a la Virgen de la su parte esa limosna?

Medina se echó mano al bolsillo y sacó un puñado de duros:

—Toma, dáselos.

—¿Ve usted? Y aluego decían que el señorito era un judío de mal corazón. ¡Garroteros!

—Vosotros sois buenos—dijo Medina—y me tenéis ley. Yo también os quiero.

Alargó su mano a Frasco, sonriente y enternecido. El viejo criado, por primera vez en su vida, la acercó a sus labios con un brusco movimiento, y salió limpiándose los ojos.

—¡De tal palo, tal astilla! ¡Si no podía ser por menos! Es nieto de la su agüela. ¿Ves cómo nos quería, Antonia? Anda, Inesilla, ya pués decirle a Bastián, que lo andan comprometiendo pa eso de las deleciones, que él vota sin na por quien quiera el señorito, o que de la tu boa no hayle na habla... ¡Pos - ha más!

XXIII

Llegó el Domingo de Resurrección. ¡Y era de ver aquel día el camino que llevaba al santuario de la Virgen de Piedra Santa! Como en la Candelaria, grandes grupos de mozos, montando soberbios mulos, ricamente enjaezados con las vistosas «caidas» y bordadas sobre enjalmas, corrían a lo largo del camino, o daban escolta a los carros, donde entre una música de bandurrias y de castañuelas se apiñaban las mozas. Eran cientos los carros, y ofrecía el camino un alegre aspecto con aquel barullo, aquel ajeteo, aquel incesante cantar de la jota con que se retaban de un carro a otro las juveniles comparsas. Corrían a veces los carros en pugilato y apuesta, entre los consigüentes sustos y alaridos de las mujeres. A lo mejor se lanzaban los romeros pintorescos ditirambos, y lo que empezó en broma amenazaba rematar en palos y puñaladas. Las autoridades, entonces, acudían a los puntos de peligro, ponían paz entre los contendientes, y otra vez volvían a caminar los carros entre los repiques de la jota extremeña y el

tiento a las botas de vino, que se iban desangrando a cortos intervalos.

Había también romeros más pacíficos y menos bulliciosos que, o caminaban a pie, o se quedaban rezagados, montando a las perezosas burras. Estas levantaban las orejas a la llegada de los mulos; parecían como animarse y aligerar un poco, y después, pacientes, volvían a caminar a paso de balancin, soportando el peso de toda la gente menuda de la familia.

De vez en cuando algún afortunado mozo pasaba ufano llevando a la novia en el pomposo mulo, pero no a la grupa, como la mejor decencia y recato requerían, y es costumbre en casi todos los pueblos, sino al modo privativo de Torrealta, a la cruz, con lo que había pullas, indirectas y equívocos que hacían sonreír al mozo y enrojecer a la mozueta.

Medina, montado en su briosa jaca, parábase a veces en el camino, presenciando aquel desfile interminable, que levantaba una nube de polvo y aturdiía con tantas músicas confundidas. Frasco le hab.a animado a ir a la romería, y no quedaba en «La Millona» un alma que se perdiera esta fiesta. Animado estaba también tras aquellos desmayos que le acometieron después de su encuentro con Dolores en estas empresas amorosas que otra vez le enardecían; fuerza creadora de la juventud, que sabe trocar en flores las espinas de los senderos; eterna esperanza humana que se fertiliza con sus propios despojos, como el ave Fénix resurge de sus cenizas.

Distaba el santuario unos cuatro kilómetros de Torrealta, y era un camino que ya en su promedio comenzaba a hacerse difícil y pizarroso, escalando las agrias lomas de La Serena, verdes ahora con el esplendor de la primavera. Era una perspectiva la del paisaje grave, solemne, monótona e interminable; todo verde, todo tierra, todo lomas y profundos barrancos. Arriba, en las cúspides, las agujas grises del pizarral; manchas de tomillo, cantueso, en las faldas, y verdinegras ceborranchas y pomposos cardos en las cañadas. Y entre este mar tempestuoso de altas ondulaciones, el camino estéril, lleno de hitos, empinado a veces, curvo otras, dificultoso siempre y lleno de gente, como interminable hormiguero en día de febril acopio. Sobre la cima del término la ermita ponía su blancura como una mota en la santa y serena paz de los campos.

Desparramábanse los romeros a medida que llegaban, buscando el socuello de alguna peña, para la disposición de la caldereta. Se iban formando así numerosos grupos, que se regodeaban a golpes de bandurrias y de chorros de vino. Medina, solo, vagando por allí, se impacientaba buscando sus carros. No sabía si habían llegado o venían aún atrás, pues él salió solo de «La Millona» y se detuvo bastante en Torrealta. Al fin echó pie a tierra y se sentó sobre una piedra. Dos o tres coches aparecieron, y saludó, al pasar, descubriéndose, a las señoritas que los ocupaban, sin saber quiénes eran.

Distrájole, mientras aguardaba, el espectáculo de los penitentes. Descalzos algunos, pisando guijos y espinos, desde el arroyo que lamía la base de la montaña, emprendían la subida a la ermita rezando. Otros, escalaban la cuesta de rodillas, destrozándose las ropas y besando de vez en vez la tierra.

Al fin llegaron sus carros. Frasco se tiró al suelo y recogió el caballo de Medina. Este, sin aguardar más, siguió solo en dirección a la ermita. Rodeábala un alto cerco blanqueado, donde se abría una ancha cancela de hierro. La iglesia se mostraba a poco y tenía unos largos portales, techados de cañas y sostenidos por fuertes columnas de granito.

Era una iglesia pequeña, pero muy limpia, muy alegre, muy bien cuidada. Pendían de las paredes numerosos exvotos, y por las ventanas del ábside se filtraban los rayos del sol, tiñéndose de colores verdes y rosados de las vidrieras. Flotaba así la imagen sobre una atmósfera luminosa, como en un vago iris matizado de flores.

Medina se fijó en una leyenda del techo: «Se pintó este camarín a expensas de la señorita Dolores Algabá y Mata, en cumplimiento de una promesa.» Le pareció entonces que el camarín era más claro, más alegre, más ideal.

Después salió, dando vueltas a la iglesia. Desde las traseras del ábside se dominaba una gran extensión: altas montañas que se escalonaban hasta perderse en la lejanía. El río Guadalegra recortaba por aquel lado la montaña de la ermita, y mostraba su vena azul entre frondosas cañas y adelfas floridas. De trecho en trecho, algún molino dormía su vieja paz a la sombra regalada de los chopos... Casi tocando la iglesia, y dentro del cerco, verdeaba un huertecillo sembrado de habas, donde picoteaban las gallinas del ermitaño.

César se vió sorprendido por un murmullo de conversaciones femeninas. Volvió la cabeza y Engracia Ponce y Dolores parecieron sorprenderse también de encontrarlo allí, y volvieron para atrás con un movimiento rápido. Siguiólas Medina, y ellas entraron en la iglesia, que llenaba ya una multitud compacta, sin dejar un hueco. Poco menos que a codazos tuvo que abrirse paso Medina para no perder de vista a las dos jóvenes; pero ya dentro, César, convaleciente todavía de su enfermedad, se ahogaba en aquella atmósfera caldeada y sofocante y hubo de salirse fuera a respirar el aire puro.

Sentóse entonces en uno de los poyos de ladrillo que los soportales cobijaban, pensando en el feliz encuentro con Dolores. La sentía ahora dentro de su alma y recordaba, paladeándolas, todas sus palabras misteriosas, hallando en ellas unas recónditas esperanzas, ese idealismo propio que nos hace suponer en las personas que creemos buenas unos sentimientos concordantes con los nuestros, cuando nosotros empezamos a ser buenos también.

Todo le decía que esperase: aquel cántico dulce que se escapaba de la ermita, aquella campana que volteaban los chiquillos y que parecía llevar por los

campos un intenso regocijo; aquella naturaleza reposada y solemne, que parecía tenderse delante de él para abrigar en sus entrañas las emociones amorosas. Esta honda y alborozada poesía que empezaba a balbucear en su corazón las dulces estrofas de la felicidad.

Una hora así estuvo César embebido en sus pensamientos y caminando a velas desplegadas por el mar alegre de sus ilusiones, cuando un clamoreo de vivas y un apretujamiento de los romeros por salir de la iglesia distrajerónle de estos ensueños. Empezaba la procesión, y la gente, al salir, se apiñaba bajo los portales, esperando las pujas. La imagen apareció arrullada por los cantos litúrgicos, intensa melodía religiosa de honda e inefable dulzura. Disparáronse salvas y arreciaron los vivas, que en algunos labios enronquecía la emoción. La Virgen, parada en la puerta, sonreía con una expresión de divina misericordia, de corazón fragante para perfumar todos los dolores humanos.

Un sacerdote se subió entonces a una mesa:

—¡El brazo derecho de la Virgen!

—¡Cinco duros!—exclamó una voz.

—¡Cinco duros, a la una!—repitió el cura.

—¡Diez duros!

Esta voz la conoció César. Como tocado por un resorte se puso de pie sobre el poyo y vio a Dolores, que era la que pujaba.

—¡Diez duros, a la una!

—¡Quince!—exclamó otro.

—¡Veinte!—contestó Dolores.

Reinó a continuación el silencio, reacia la gente en pujar con aquella poderosa contrincante.

—¡Veinte duros, a la una!... ¡A las dos, veinte duros!...

¡Veinticinco!—se atrevió por fin uno.

—¡Mil pesetas!—afirmó con ahínco Dolores.

—¡Mil pesetas!—exclamaron—. ¡Un dineral!

—¡Mil pesetas, a la una!... ¡Mil pesetas, a las dos!... ¡A las dos, mil pesetas!...

Nadie pujaba.

—¡Y mil pesetas, a la tres!—concluyó el sacerdote.

Dolores se apoderó del brazo derecho de las andas. Frasco y Antonia se acercaron entonces a César.

—Señorito, ahora nos toca a nosotros... No llegaremos a tanto, porque semos pobres, pero se hará lo que se puea.

—¿Tú ofreciste el brazo, Antonia?

—Sí, señorito... ¿Y cómo no? Too lo que hagamos es poco.

—Pues a mí me toca cumplir tu promesa.

—¡Ah, señorito, es nuestra!...

—Pero fué por mí, y por lo tanto es mía.

—¡Señorito!...

—¡Esa la cumplo yo, he dicho! ¡Vosotros no tenéis esa obligación! ¡Dejadme!

¡Fué porque Medina comprendió que no debía dejar arruinarse a aquellos servidores tan fieles? ¿Fué el estímulo de Dolores, el deseo de emparejar con ella,

de llevarla a su lado lo que le decidió?

—¡Cinco duros, a la una!—rezongaba ya la voz del cura.

—¡Diez!

—¡Doce!

—¡Quince!

—¡Veinte!

Pararon las pujas.

Todas las cabezas se volvieron, extrañadas de esta vez; entre ellas, la de Dolores y la del hijo del administrador, que hizo por acercarse a las andas.

—¡Treinta y cinco!—voceó, retador, Mariano.

—¡Cincuenta!—contestó César.

—¡Sesenta!

—¡Setenta!

—¡Ochenta!

—¡Noventa!

—¡Ciento!

—César se creció con el tirotao:

—¡Mil pesetas!

Dos amigos de Mariano tiraron a éste de la americana, incitándole.

—¡Mil pesetas, a la una!... ¡Mil pesetas, a las dos!... ¡Mil pesetas!...

Nadie pujaba tampoco.

—¡Mil pesetas, a las dos!... ¡Y mil pesetas... a las dos!

El cura parecía resistirse, como si esperase algo gordo, antes de soltar la prenda y se gozase en impacientar a la multitud.

—¿No hay más?... ¡Pues mil pesetas... a las tres!

Medina, tembloroso y emocionado, fué a colocarse junto a Dolores. La saludó tímido y confuso.

—¿Está usted ya mejor?—le preguntó ella.

César, pálido, macilento aún, tenía cierta expresión de tristeza, que le hacía interesante. Sonrió, agradecido, con una sonrisa íntima y bondadosa.

La puja de los otros brazos de las andas no tuvo ya interés. No subió ninguno de diez duros.

A poco se puso en marcha la procesión; pero cuál no sería la sorpresa de Medina al ver que Dolores hizo señas a uno, que debía ser criado suyo, y le cedió el brazo, retirándose detrás de la Virgen. Quedóse César chasqueado, teñido el rostro de un vivo rojo de vergüenza, al comprender que Dolores hacía aquello intencionadamente. Otra vez desdeñábase allí, en público, entre las sonrisas maliciosas de los suspicaces.

¿Era porque ella esperaba la compañía de Mariano y así se vengaba de César, dándole una muestra de su sentimiento y de sus preferencias? Medina, enfurecido ahora, de pronto, con esta idea, sentía recobrar los antiguos ímpetus de su rebelde altivez.

La procesión tardó bien poco en dar la vuelta alrededor de la ermita, y la imagen entró otra vez en su camarín. La multitud entonces se dispersó para comenzar los bailes, o acudir a las pujas de los regalos. Había infinidad de carros atestados de perdices, conejos, borregos, liebres, palomas, dulces, tortas y empanadas. Los que no llevaban provisiones de casa acudían a surtirse allí, y era un espectáculo interesante

el que formaban los carros con sus apuestas, pregones y solicitudes.

Frasco, que salió al encuentro de César, le sonrió:

—Señorito: una sorpresa. Pos usted diría: la mi gente no me ha dicho na, y toas las personas de viso de Torrealta han mandao sus carros de caza y yo no, y voile a hacer mal papel. ¡Pos, no, señor; trujimos lo nuestro! El mejor carro: veinte borregos y cuarenta liebres. Era la costumbre de la nuestra ama. Pos nosotros dijimos: a no decirle na al señorito hasta que no lo vea, manque aluego nos riña, porque no ha dao la su licencia. Veile...

César no tuvo tiempo de manifestar su opinión, porque dos amigos jóvenes de Torrealta, compañeros de la carcería, vinieron a invitarle. Traían ellos, todos juntos, comida, y no iba él solo a formar rancho aparte. Venían, además, huyendo de las señoritas que, encargadas de vender fotografías de la Virgen, andaban a caza de los jóvenes y no se conformaban con menos de un duro por fotografía. Uno de ellos enseñó ocho que le habían cargado, y el otro, más despierto, se vanagloriaba de haber burlado las emboscadas de las muchachas.

Cuando ya calcularon que había terminado aquel discreto sableo femenino, se llevaron a viva fuerza a Medina, prometiéndole divertirse mucho en el baile. Fallidos resultaron, sin embargo, sus cálculos, pues Engracia Ponce y Dolores, al acecho, viéndolos llegar, salieron a su encuentro con las fotografías. Dolores, algo cohibida, ofreció a César, forzando por sonreír. Este vaciló...: primero le dieron intenciones de rechazarla, de pagar así públicamente un desdén con un desprecio...; luego, sin fuerzas para hacer eso, tomó la fotografía y volvió a vacilar... y dió cinco duros.

Poco después comenzaba el baile. Dolores, invitada por Mariano, bordó la jota. A campo raso nadie se atrevía a danzar otro baile. Todo era aquel aire tan extremeño, tan de la tierra, tan limpio y habilidoso. La jota aquella ni se parecía a la de Aragón, ni a la de la Rioja, ni a la de Murcia. Era una jota especial, característica, dulce, melancólica, de suaves y lentas recaídas, que parecían trémolos de suspiros o de lágrimas. Hacía pensar aquella música sentimental cómo el pueblo extremeño, con feraces campos, con intensa vida, con cielo tan claro, con tanto sol, con tanta fecundidad, era tan triste en sus canciones, en aquella jota, en aquellos romances lentos y doloridos.

Dolores, terminada la jota, fué a sentarse sobre la hierba, frente a Medina. Mirábala éste con un afán, con una pena, que parecía irsele el alma por los ojos. Ella, en cambio, no le miró ni una sola vez. Borbotaba, sin embargo, su risa trémula y cristalina, como el murmullo de un collar de cascabeles.

Aquella alegría de Dolores irritaba a César. Parecía ella feliz, y en el corazón de él, triste y vacilante, se inquietaba el mal instinto del egoísmo. Procuró irse acercando poco a poco a Dolores. Hubiera querido él invitarla, con el fin de hallar luego un pretexto para

otras atenciones, pero no sabía bailar la jota. Otra vez se sentía allí cerca de ella débil y apocado, con sus vivas ansias removidas.

—¿Qué, le gusta a usted la fiesta? —le preguntó Engracia Ponce.

Medina se encogió de hombros.

—Me han dicho que canta usted muy bien. Ya ve usted, es lo que hace falta en el corro: coplas. ¿No ve usted el pueblo cómo se anima?

Otras jóvenes intervinieron entonces:

—Sí, sí, tiene usted que cantar.

Eran muy amables, muy sencillas, muy comunicativas e insinuantes todas aquellas señoritas de Torrealta, que, sin conocerle, le pedían cantares y mostraban deseos de amigar con él; todas, menos Dolores, que parecía ajena y distraída de todo cuánto trataban.

César se disculpó. El había cantado muy pocas veces la jota, y esto había sido en Madrid, y con el aire de Aragón o de la Huerta. Aquella jota extremeña no la sabía.

—Se coge bien pronto, verá usted. Nada, a cantar a la primera pareja. Ya sabemos que lo hace usted muy bien.

Y la primera pareja que salió, otra vez, fué Dolores con el mismo Mariano, el odiado rival de César.

Medina, con su voz de barítono, temblorosa, timbrada con un dejo de honda melancolía, tuvo que cantar:

Porque mata por justicia
al verdugo llaman cruel.

Hay quien mata por capricho
y a esa la llaman mujer...

Todos aplaudieron. Las muchachas cambiáronse miradas de inteligencia y la jota continuó, hasta que Dolores y Mariano cedieron la vez a otra pareja.

LXIV

No quiso Medina que Frasco le volviese a hablar de aquellos comentarios que se hicieron en la romería, y que el fiel aperador interpretaba en distinto sentido que su amo. También rehusaba ir a Torrealta, donde se le avivaban las dolorosas emociones de sus recuerdos.

Mas he aquí que un día Frasco le dijo que aquella fecha era la de las elecciones, y, con deseos de saber cuál era la voluntad de César respecto a sus criados para tal asunto, le hizo infinidad de preguntas, que César no contestó. Desde luego, había decidido Medina, por orgullo, no hacer indicación alguna a su gente acerca del empleo de los votos, aunque él hubiera deseado la abstención de todos. Creía que, hablándolos, los podría coaccionar, y su noble instinto repugnaba estas prestaciones involuntarias.

Así, pues, para no verse en la necesidad de ser consultado por alguno y exponerse a ser desatendido, o a tener que agradecer algo a su gente, decidió ausentarse aquel día de "La Millona". Así, yéndose, dejaba a todos en libertad de hacer lo que quisieran.

De que hubo almorzado, pues, tomó el camino de Torrealta, con el propó-

sito de pasar el día con el boticario. Tenían las calles del pueblo, cuando él entró, un aspecto inusitado. Grandes grupos de hombres iban de acá para allá, sin dirección fija, y con rotundas voces cambiaban palabras de inteligencia.

—¿Por quién vais? —preguntaban unos.

—¿Nosotros? Lo mismo da uno que otro... ¿Por éste!

Y, al decir esto, refregaban el pulgar con el índice, en actitud de contar dinero.

—¿Pos claro! Al que más dé...

—¿Dicen que no dan más que veinte duros!

—Pos no votamos, entonces.

—Ni naide. ¡A esperar a última hora!

En la plaza era un gentío inmenso el que pululaba, y que acudía a las voces que se corrían, como bandadas de moscas a la miel. El boticario, que hablaba allí como siempre, no dejando vez a nadie, así que distinguió a Medina le dió una voz. Mandó luego a uno de sus oyentes que llevasen el caballo de César a su casa.

—Has hecho bien en venir—dijo a Medina—, porque hoy vas a aprender más que puedan enseñarte todos los libros del mundo.

Fuéronse al casino. Allí, junto a una mesa, de pie, intranquilos, rodeados de un grupo de partidarios, Fernandito Algaba y otro amigo suyo daban muestras de mal humor. Parecía Algaba como beodo, abotagado aquel rostro rubicundo y carnoso.

—¿Ajo!—exclamó—. Que yo heredé de mi padre un pellejo lleno de onzas, y me gasto una pata en derrotar a ese... Soltó una palabrota.

—¿Eso es!—contestó su amigo—. Eres de los míos... ¡Y que se... esos fanchos!

—Pues eso es, don Fernando—apoyó un partidario—. ¡Y que se hagan hoy la tal!

Los tertuliantes se enardecían con estas bravatas y escupían millones por el colmillo.

—Yo que usté, don Fernando, a mil pesetas los votos. ¡Como que tiene usté treinta posesiones!

—Eso es, don Fernando. ¿Onde se van a poner los otros con usté?

Don Fernando, desdeñoso ahora, apenas prestó atención a estas recomendaciones del estado llano, sumamente belicoso, y después de la alusión a la pata del pellejo, dió a entender que la amputación quirúrgica no era muy de su agrado.

—¿Pero tú has visto—dijo a su amigo—, si serán sinvergüenzas? Les damos tierras a medias y encima cogen el dinero. ¡Pueblo villano! ¡Canallas!

—¿Estás haciendo tu programa de gobierno, Fernandito?—exclamó, entonces, de lejos, el boticario.

—Lo que estoy haciendo es...

—Soltó Algaba otra palabrota. Después, apurando el vaso de cerveza, enlazó con el suyo el brazo de su amigo, y salieron a la calle, rodeados de la patulea, que observaba hasta los menores detalles de su rostro, para calcular hasta qué sitio preciso había de cortarse la pata del pellejo.

—¿Has visto lógica?—preguntó el boticario a Medina—. Eso de las tierras es lo siguiente: yo tengo unas tierras destinadas a pastos, que antes me criaban dos ovejas por fanega, con lo que me rentaban seis duros. Ahora te las doy a medias, con lo que me haces el favor de que me produzcan el doble, pues las siembras de cebada dan veinte fanegas por unidad de tierra. Me corresponde, pues, la mitad, diez fanegas, que, vendidas, aunque no sea más que a seis pesetas, son doce duros, y encima me dejas una gran rastrojera para mi ganado. Pues bien; por aumentar-me mis rentas tienes la obligación de votarme gratis. ¿O crees tú que yo te doy mis tierras para que tú puedas trabajar, o porque me interese por tí? Pues no, señor; te las doy por mí solo, porque me tiene cuenta, y para que me votes, porque bien te consta que antes de meterme yo en política no te las daba, y me importaba un bledo que tú encontrases trabajo, o que te llevara la trampa. ¿Eh, César? ¿Qué te parece el programita para conquistar adeptos?

Pues porque la gente lo sabe, se enfadan con ella y la llaman canalla.

—¿Pero nadie vota aquí como no sea por dinero?

—Casi nadie; los cuatro o cinco que esperan ser empleados en el Ayuntamiento, otros cuatro o cinco capigorrones de las casas y nadie más. Mira:

Pasaban entonces grandes grupos, acaudillados por los aperadores y guardas de los dos políticos. Más que hombres parecían manadas de borregos, todo menos seres racionales capacitados para ejercer un derecho de ciudadanía. Contaba el boticario que los encerraban así en los corralones, de donde salían vendidos a depositar en los colegios el sufragio.

—¿Y estos políticos cómo hacen esa locura de gastar tanto dinero?—preguntó Medina.

—No sé—respondió el boticario—. Si preguntas eso a la gente del pueblo dicen que su cuenta les tendrá, porque no se explican cómo estos ricos, que viven con suma economía, que se privan de infinidad de satisfacciones por no gastar, tiren en un día de éstos miles de duros por sentarse en el Congreso a decir sí o no. Los interesados dicen que lo hacen por ideas, por amor propio, por dignidad. Yo creo que es la mano de Dios, haciendo siempre su sabia Providencia.

Dicho esto, el boticario sacó a la calle a Medina. Eran ya las doce, y la mayoría de los electores, reacia todavía en la plaza, se resistía a votar, porque no daban más que veinte duros. Pero algo debió de ocurrir en un momento, algún telegrama de los pueblos del distrito, algún aviso, alguna esperanza, algún desastre, cuando se vieron venir calle arriba, a todo correr, quince o veinte hombres, y con grandes voces comenzaron a estimular a los electores. Se entabló una verdadera puja por los votos. Sucesivamente subían a veinticinco, a treinta, a cuarenta duros. La gente corría de un lado para otro, según iban subiendo los contrincantes...

—Pero esto es bochornoso—dijo Me-

dina—. Esta gente vende su voto, sin recato, con impudor.

—¿Impudor?— contestó el boticario—. El impudor para ellos es no poder pagar las cuentas de los comercios ni el pan fiado. Si algún remordimiento tienen, es porque en vez de ser cuarenta no son mil duros los que sacan por el voto... Además, César, si el que vendé su voto no tiene pudor, el que lo compra, ¿qué tiene?

—¿Y las leyes?

—¿Las leyes? Mira, César, vámonos a comer, y es posible que encuentres la ley en algún plato. Los que la hacen y aplican la suelen hallar en algo parecido. Cuando consideres el número de intérpretes que ha de tener para ser ejecutada, piensa qué ley ha de pasar por tanto cedazo sin que resulte hecha polvo.

Fuéronse a comer. El boticario, debelador siempre, siguió con sus elucubraciones pesimistas. Hizo a Medina una sobremesa pesada y monótona.

Cuando volvieron al Casino, ya se rumoreaba allí el presagio del resultado. Acaloradamente comentaban las peripecias de la elección, y cada cual ponía sus razones del lado de sus simpatías. El que más voces daba era el registrador de la propiedad, que, alzando el índice, no cesaba de repetir:

—¡Viles! ¡Viles! ¡Qué pueblo más infame! Se ha dado el caso de mandar a mi criado que votase por quien yo me sé, y me ha contestado que si yo le daba los cuarenta duros, primero estaba yo que otro, pero que si no, él iba adonde le dieran más dinero. ¡Y lo ha hecho así! ¡Cochino, indecente!

Todos callaron. El boticario, con aquella insolencia, con aquella cachaza que era su característica, se dirigió a él:

—Mire, señor Rebolledo, no diga sandeces.

—¿Verdades como puños! ¡Viles, viles!

—¡Sandeces, sandeces! Si reflexionara usted, no diría esas cosas; no debía decir las, porque un criado que hace eso retrata de cuerpo entero cómo son sus amos.

—¿Qué más se va a hacer con ellos?

—No sé. Acaso ellos mismos lo digan.

—Porque son malos. ¡Vaya un pueblo! ¿Le parece a usted tener conciencia cobrar por un voto cuarenta duros?

—No; lo que me parece es que la tienen muy estrecha, porque no cobran ciento.

—¿Los aplaude usted?

—No; los justifico. ¿Por qué se los dan?

—¿Anda! A lo menos creará usted que se los dan por gusto.

—Ya sé que no es por gusto, pero los dan. ¿Por qué?

—Pues porque, si no, no votan.

—¿Y por qué no votan?

—Por eso, porque son malos.

—¡Ajo!, porque son lógicos. ¿Qué motivos hay para que estos políticos se presenten a diputados y no yo, por ejemplo? Pues que ellos tienen muchas dehesas, y yo no tengo ninguna. Por lo demás, ni ellos valen más que yo, ni más que cualquiera de nosotros. ¿Pues no es justo que, siendo su superioridad

únicamente de dinero, sea el dinero lo que les haga ser diputados? ¿O es que se lo quieren llevar de momio?

El registrador volvió a alzar el índice:

—¡Demoledor..., demoledor!

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Pero, ¿por qué?

—Porque...

—¿Porque qué?

—Porque... ¿bien, eh? ¡Porque es usted insoportable!... Porque... y luego, en fin...; ¡hemos terminado!... ¡Con usted no se puede!... ¿Sabe usted? ¡Hemos terminado!

—Escuche y no se enfade, y piense en esto que a usted también interesa, puesto que va camino de ser rico. Cuando los ricos con su dinero no cumplen la misión que Dios les señala, la justicia divina se encarga de hacérsela cumplir a la fuerza. Los designios de Dios no pueden faltar. En esos designios está que lo de los ricos llegue también a los pobres. Si los ricos lo diesen voluntariamente, en limosnas, en trabajos, fomentando empresas, creando industrias, engrandeciendo a su patria, sería para ellos una virtud. Pero he aquí que no quieren, y como no lo dan de voluntad, Dios consiente que se les llene el corazón de vanidad, de soberbia, de orgullo, de amor propio, y dan entonces por esto lo que no dieron por caridad. Y encima de darlo, les sirve de desesperación y de condenación.

—¡No! Si usted ya sabemos que es socialista... ¡Siempre contra los ricos!

—¡Eso es otra tontería! No soy socialista, soy humano. No quiere más a los ricos aquel que más los adula, sino el que con más lealtad les advierte, aunque les disguste. Hay que decir a los ricos la verdad, para bien suyo y para que no se llamen a engaño. Sepan los ricos que en la lucha que hay empeñada entre el capital y el trabajo llevan las de perder, y únicamente puede salvarlos la generosidad y el corazón. ¿No le da a usted lástima que por una vanidad se gasten un millón de pesetas, y que, en cambio, el pueblo no tenga ni un hospital, ni una casa de salud, ni siquiera una industria fomentada por ellos para colocar a los que andan de mina en mina buscando trabajo? Acaso si hicieran eso los votarían luego con gusto.

El registrador se hacía cruces.

—¿Usted no conoce a la gente! No votaban.

—¿Lo han probado?

—No, ni harán la prueba tampoco.

—Pues entonces seguirán dándolo, quieran que no, y con réditos. Si el diablo no les diera la vanidad de ser diputados, les daría otra parecida.

—Pues cuando llegue el invierno y vengan los jornaleros solicitando socorros, ¡que se coman el dinero de los votos!

—Darán los ricos lo que les pidan, no le quepa a usted duda, porque si entonces no hay cuestiones de amor propio, hay el miedo, que es su sustituto. O el miedo o la vanidad son los ejecutores de la justicia divina. ¿No ve usted que pueden ir a una majada, robar un re-

baño, quemar un monte, y pierden más? Pues esto es lo que me da pena, ¡ajó!, que, teniendo que darlo al fin y al cabo los ricos, no lo den por virtud, para bien de ellos mismos y de todos, sino a la fuerza, para mal de ellos y de la sociedad.

Medina, aburrido de aquella discusión, mostró deseos de marcharse y se despidió del boticario. Todavía quedó en el casino éste llenándolo con sus voces y sus garrotazos, en disputa con el registrador, que no se daba por vencido.

Moisés Marcos de Sando

México

GARROVILLAS (Cáceres)

Días después pudo convencerse Medina de cómo el boticario hablaba muchas veces sin conocimiento de causa, y cómo la pasión ofuscaba su clara inteligencia cuando discutía acerca de los ricos. ¡Que viera allí en el esquileo cómo se comportaban los peladores!

Esquilaban mal, no por ignorancia, sino por malicia, por hacer daño. No bastaban las advertencias de Frasco: cortaban de propio intento a las ovejas, y a veces en los sitios más delicados, abriéndolas anchas heridas, que procuraban disimular llamando a los niños que repartían "moreno" (1).

La escena que se desarrolló, luego a la tarde, hizo que el mal humor de Medina se avivase. Al caer las cinco, hora en que daban de mano los esquiladores, quedaron diez ovejas sin pelar, las únicas que faltaban para terminar el esquileo. Frasco instó a varios para que rematasen, cosa que era cuestión de un momento.

Negáronse ellos, sin embargo. Ponderaba Frasco los perjuicios y molestias que aquella negativa iba a ocasionar.

—Ya veis: hayle de venir un pastor mañana con este puñao de ovejas y perder un día, regolver otra vez la pila de lana, ensuciar el patio, hacerme a mí perder la mañana con lo que hayle que hacer...

No pudo empero convencerlos, y pretextaron que tenían que ir a pie a Torrealta y no iban a pasar el río de noche.

—¿Y encima que el señorito vos ha dao tabaco y vino?

—¿Que no nos lo hubiá dao!

—¡Esagradecios! ¡Endespués que lo tenis en el cuerpo!

Los esquiladores, con disimulo, fueron saliendo en grupos, sucios, llenos de mugre, y enfundaron sus tijeras. Tomaron el camino de Torrealta, y ya allí empezaron a rumorear:

—¿Anda que le den!

—¿Qué quería? ¿Que le peláramos esas ovejas, pa ajorrarse asina un jornal o dos? Porque, ¿qué iba uno a pedir por una oveja que le tocara? Asina, que traiga mañana dos hombres y le cuesten los cuartos...

Sonaban sus voces y sus risotadas entre las encinas. Alguno de ellos iba hablando luego de república, de socialismo, de igualdad, porque con estas pala-

(1) Cisco o carbonilla.

bras se percibían los vitores de entusiasmo. Luego después, montados en la barca, mientras cruzaban el río, todos a coro entonaron el himno de la Internacional, grito de odio y de venganza, que turbaba el sosiego de los campos en el silencio del anochecer.

Sus acentos llegaban rencorosos a los oídos de Medina, y pensó cómo muchas veces los buenos deseos se reprimen en los corazones cuando la mala voluntad ha de recibirlos. Obrar así el bien era arrojar la semilla al páramo pedregoso y estéril.

Siguiendo así, no sabía Medina adónde iba a llegar aquello. Encendida la hoguera de los odios, todo se teñía de un resplandor siniestro de sangrientas llamaradas. ¿Qué diría el boticario de esto?

Pensaba Medina que él había contratado a aquellos hombres para que le prestaran un servicio. La parte del contrato que a él le tocaba cumplídola había escrupulosamente: lo que ajustaron de jornal les dió. Pero ellos se habían contratado para esquilar, y esto es lo que no habían hecho, pues le cortaban las ovejas, le estropeaban la lana, todo era hacer paradas para hablar, para beber, para liar cigarros y afilar las tijeras.

Frasco, por su parte, estaba furioso:

—Le digo, señorito, que esto es pa ponerlo en papeles y no se cree. Con esos sermones que les echan los hablativos los tienen echao a perder. Como que too es decir que el día que venga la república van a arrepártirse lo de toos los ricos, y van a estar tan bien, y van a hacer esto y aquello... Lo que yo digo: ¡Gandulazos! Pos siempre habrá ricos y probes, porque mientras vosotros vos vais a la taberna a gastarvos lo que no tenéis, otros, en cambio y mientras, andan buscando sin parar la gandalla. ¡Qué bonito, hombre! Que yo, por ejemplo, que tengo el mi majuelo mu bien aquirio por el mi padre, que pasó las sus crujías pa arrejuntarlo, háigalo que dar a Bisco, por ejemplo, ¡que no ha hecho en su vida otra cosa que jartarse de vino! Mié usté, señorito, es que no quieren trabajar: los llama usté a destajo y rejuyen; quieren mejor el salario. ¿Y por qué? Pos porque con el salario caben toas esas enreinas de hacerse los remolones, jaroneando que si el barril de agua, que si la comía, que si lo que duele la rabadilla, y si da usté media güelta, se cruzan de brazos y hayle que estar siempre con ellos en un pie como las grullas. Y con el destajo no hayle eso, porque lo tienen que dar rematado, y ellos verán si tardan un día o tardan dos.

—¿Y cómo no los has ajustado tú así?

—¡Anda! ¿Pos no le digo que no quieren? Lo primero que le contestan es que ellos tienen jornal, y mientras haiga jornal no se meten en avarientos de destajo. Y que asina dicen que saben mejor lo que ganan y naide los engaña. Excusas pa no trabajar a la ley. Pero aluego eche usté deagencias. Es que está el mundo echao a perder, señorito.

No quiere la gente más que vanidades y bambollas. ¿Ve usté las empleiteiras que ganan tres riales por una ruela de empleita? Pos hacen el día con un cacho pan y una sardina, y too el dinero es pa los comercios: comprar vestios, pañuelos, fanfarrias... ¡Güeno, que ve usté a algunas que parecen marquesas! ¡Quién conoció, en los mis tiempos, que ninguna mujer de la clase nuestra se ponía los zapatos hasta que no iba a casarse! Ahora, eche usté y no se derrame: la que menos tiene cuatro o cinco parés.

Medina daba la razón a Frasco. ¿No lo veía él? La gente no era ya como antes. Habían bastardeado sus sentimientos. No había ya aquel apego, aquel cariño, aquella veneración de los criados a sus amos, aquel respeto del pueblo a las clases altas.

Contábale, de niño, su abuela, riéndolo mucho, el apuro en que puso a un pobre trabajador anciano que encontró un día camino de Torrealta. Viéndole andar trabajosamente le hizo subir a su coche. Aquel hombre no sabía cómo sentarse: le daba miedo pisar la alfombrilla, tocar los cojines, y no sabiendo qué hacer, se arrellanó incómodo en un rincón, levantando los pies para no manchar nada, para no tocar nada con sus sucias abarcas. El pobre no sabía luego cómo pagar aquellas incomodidades que, en realidad, le proporcionaron, y, no teniendo otra cosa, regaló a la señora un nido de jilguero que llevaba para sus nietos.

Medina pensó que si hoy se hiciera una cosa parecida con alguno de aquellos campesinos, éstos escupirían, de propio intento, en las alfombras y sacarían la navaja para rasgar disimuladamente los cojines.

XXVI

Ya cuando aquel día, primero de la feria de mayo, partió Medina para Torrealta, llevaba un propósito firme y decidido. Arreglado había sus cuentas y hecho sus cálculos para resolver en consonancia con la definitiva respuesta: porque él hablaría a Dolores, costase lo que costase, aunque tuviese que ir a su casa, aunque estuviese con sus amigas; pero él, irremisiblemente, la arrancaría su contestación: sí o no, pero de una vez claro, preciso, definitivo.

Cuando entró en Torrealta, toda las calles bullían con el movimiento de la Feria; César, como siempre, se encaminó a casa del boticario.

Don Juan lo estaba esperando, y solito siempre con Medina, así que le aposentaron el caballo en la cuadra, se lo llevó a dar una vuelta.

—Vamos a ver la rifa de los tiestos y hacer hora para la merienda.

Llegaron a la plaza. Un tablado se levantaba en el medio y en él tocaba la banda de música de uno de los regimientos de Badajoz. Había alrededor del tablado puestos de baratijas, mesas con burrón, avellanas, innumerables ri-

fas y juegos de ballesta. Vendedores ambulantes progonaban helados, barquillos y gaseosas.

Una abigarrada multitud llenaba la plaza y con sus voces y con las estridencias de pitos y ocarinas no dejaban oír a gusto la música, de la que dijo el boticario que era echar jacintos a puercos. A la gente no le gustaba aquella banda. Prefería la de Villanegra, que metía mucho ruido y tocaba aires que se podían bailar: polcas, pasodobles, habaneras y chotis, y no aquellas de los militares, que sonaba tan pianito, tan pianito...

Fuéronse al casino a tomar algo. El boticario pidió para César una cerveza. El encargó vino y dió su explicación: el vino era lo castizo, lo español. De paso hizo una apología del patriotismo de los alemanes, que, consumiendo los productos de su país, con preferencia a los extranjeros, habían creado la industria nacional.

El casino estaba desierto, y sólo algún forastero entraba de vez en cuando, y no permanecía allí más tiempo que el que tardaba en apurar su porción. César comenzaba a hastiarse de aquella retahila patriótica que, entre sorbo y sorbo de vino, le aderezaba el boticario. Viendo éste las muestras de cansancio que daba Medina, se levantó apurando el vaso:

—Vámonos—dijo—, está la gente en los tiestos y quiero que veas la rifa.

Diciendo esto, dió el boticario un grande garrotazo sobre una de las mesas. Acudió el conserje.

—Si preguntan por mí—advirtió don Juan—, di que vamos a la puerta de la iglesia—. Luego se dirigió a César: Por si Frasco o alguno de tus pastores va a mi casa a consultar algo respecto a las ventas. Tus borregos ya los he visto en el rodeo: están buenos; pero esos borregos estabulados se hubieran podido apiensar y valdrían el doble. Los lechones no están más que regulares.

Llegaron a poco a la iglesia. En la puerta, sobre una alta mesa, se mostraban infinidad de macetas: hermosos claveles reventones, grandes pensamientos, delicados tulipanes y magníficas hortensias. De cada maceta pendía una tablilla o un cartón con el nombre de la donante. César leyó el de Dolores en el tiesto de hortensias y preguntó al boticario qué significaba aquello.

—Ahora se subastan las macetas—contestó don Juan—y el producto se destina a la Virgen de Piedra Santa, patrona del pueblo, y que traen hoy de su ermita. Ya no ha de tardar la rifa. La hacen las mismas muchachas, y verás qui picarse los hombres.

No tuvieron que esperar mucho el boticario y Medina, pues apenas dieron las doce las señoritas de Torrealta salieron de una casa inmediata a la iglesia. Seguíanlas los jóvenes, y entre ellos, poniendo en el semblante de César un gesto de contrariedad, el inconfundible Mariano, muy pulcro, muy presuntuoso, muy atildado, luciendo en la solapa de la americana otra hortensia igual a las de la maceta de Dolores.

Una campanilla sonó a poco. César, cuando miró, vió a una joven sobre la

mesa sosteniendo en alto una maceta.
—Mariquita Gómez, ¿sabes?—dijo el boticario.

La puja empezó: cinco duros, diez, veinte... Llegó hasta dos mil reales, y un señorito se apoderó de la maceta.

—Paco Ramírez—advirtió el boticario—; seguramente hacen hoy las paces. El es una bala rasa y ella está loca por él.

Continuaron otras pujas, sin interés para Medina, que poco a poco se iba acercando, abriéndose paso por entre la multitud. Cuando llegó la de Engracia Ponce, pujó por cortesía dos o tres veces y llegó hasta cien duros. Lo mismo hizo con otras dos o tres, y le pareció que se lo agradecían mucho aquellas muchachitas ingenuas, que tenían en sus rostros ese especial encanto pueblerino, romántico y sentimental.

Y al fin subió a la mesa Dolores. Vióla Medina algo turbada, alta, esbelta, con la suprema distinción de su elegancia, que no era aquel traje lila que parecía plegarse como el de una estatua, ni aquel sombrero que con tanta gracia le sombreaba el rostro, sino toda ella, gentil, plástica, radiante, con aquel busto erguido y aquellas manos tan blancas que sostenían en el aire la maceta.

Casi a la paz llovieron ocho o diez puestas. Dolores no entendía bien con aquel atropellamiento:

—¿Cuánto han dicho?—preguntó.

—¡Mil pesetas!—contestó en alta voz Medina.

Pareció ella reprimir un leve gesto indefinible y repitió la frase de César:

—¡Mil pesetas!

—¡Mil quinientas!

Llegó en esto Frasco, abriéndose paso. Ahora era Mariano el que voceaba.

—Señorito—dijo a Medina en voz baja—, mié usted que por los borregos no dan más que dos duros... ¿Qué hacemos? Pa mí van bien vendidos...

—Mira, Frasco, lo que tú quieras, y déjame, no me interrumpas... Vete... Y si no, espera, que has de llevarte esa maceta... ¡Tres mil!—gritó volviendo a la puja.

Paró ésta un momento; pero Mariano, picado también en su amor propio, subió. Frasco no se pudo contener:

—¿Le gustan a usted las hortensias, don Mariano? Pos si usted quíe tierra de brezo pa sembrarlas, yo se la puedo traer, porque lo que es las de ese tiesto, ésas no las güele usted.

Rieronse todos de la ocurrencia de Frasco, y Mariano soltó una interjección. Dolores forzaba por sonreír...

La puja seguía. Había llegado César a ocho mil pesetas, doblando siempre las apuestas de Mariano. Dos o tres señoritos, comprendiendo la intención de éste de comprometer seriamente los intereses de Medina, se lo llevaron de allí... El boticario le habló también al oído algunas palabras. Mariano parecía muy indignado, y resistiéndose aún, pujó de lejos hasta nueve mil pesetas. César, impávido, dobló... Dobló entre la admiración de la multitud y las caras largas, pálidas, de las señoritas, profundamente impresionadas por aquel pugilato. Do-

muestras de impaciencia, apenada también, violenta, sintiendo ser causa de aquel lamentable espectáculo.

Al fin, apartado Mariano, César quedó sólo en las diez y ocho mil pesetas. Todo el mundo respiró. César alargó sus brazos y de manos de Dolores tomó la maceta. Un momento sintió en las suyas aquel suave calor de las pulidas manos y a él le pareció fuego dulce y entrañable, deleitosa caricia que llegaba al fondo del alma y discurría luego por las venas con un ancho estremecimiento.

Dolores se fué apresuradamente. Las señoritas de Torrealta quedaron comentando con los jóvenes, ante Medina, aquel proceder poco noble de Mariano, y Engracia Ponce, muy seria, se condeñó de la situación de Dolores.

Moisés Marcos de Sando

Médico

XXVII

GARROVILLAS (Cáceres)

En el casino, como en todas partes, se sostenían animados comentarios acerca de la rifa:

—¡Qué barbaridad!—dijo uno—. ¡Diez y ocho mil pesetas! Pues casi lo que importan los dos rebaños que acaba de vender ese manirroto.

—Es de casta—apoyó el registrador—, no lo puede negar.

—Bueno; pues lo gracioso hubiera sido que cuando Mariano pujó las nueve mil pesetas le hubieran hecho cargar con la maceta. ¿Creen ustedes que el padre se las hubiera dado? ¡Primero lo ahorcan!

—Vivir para ver—dijo otro—. Un indocumentado que llegó hace poco pidiendo limosna, como quien dice, contentiendo nada menos que con un Medina.

—Pues, lo que es éste—volvió a hablar el registrador—, me parece que se equivoca. Irá por las perras de ella, no me cabe duda.

—¡Eso no!—contestó el padre de Engracia Ponce—. El es tan rico como ella, o aquí me quedo. ¿Cree usted que "La Millona" no vale por todas las dehesas de la de Algaba?

La llegada de Medina y del boticario interrumpió estas conversaciones.

Había tanta gente en el casino, que rebosaban todas las salas de la planta baja. César y el boticario tuvieron que subir al piso principal; y aun aquí, ocupados los departamentos con la banca y la ruleta, quedaba sólo vacante el salón de baile, y allá se fueron. El boticario mandó que acercasen un velador a uno de los balcones, y sentáronse a tomar café.

Eran ya las seis de la tarde. La plaza de Torrealta tenía en aquella hora un aspecto interesante y aldeano. Paseaban entre los puestos de la feria las mozas endomingadas, y emparejaban con ellas los mozos, luciendo sus blusas de dril oscuro, sus anchas fajas encarnadas y sus pantalones de "primidera".

A poco empezaron a tocar las campanas, y el Ayuntamiento en pleno, la parroquia, la banda de música y la Guardia civil atravesaron la plaza se-

guidos de una turbamulta de chiquillos que armaban una alegre algarabía...

El boticario fué explicando a Medina. Iba el pueblo a recibir a la Virgen de Piedra Santa, que hacía su entrada en Torrealta, ya anochecido, cuando se encendían las luces.

A César le aburría la conversación de don Juan, enfrascado siempre en hondos y trascendentales pensamientos, y siempre en ruta de proyectos, de reformas de programas y de iniciativas. Logró llevarle un momento a la sala de juego, donde perdió Medina unos duros.

Cuando volvieron a sentarse junto al balcón ya se habían encendido las luces, y en unos palos se mostraba la armazón grotesca de los fuegos artificiales. El boticario, dejando por un momento sus elucubraciones científicas y comerciales, haciale ahora la psicología de los jugadores de pueblo. Los había de tres clases: jugadores por tedio, jugadores por vicio y jugadores por cálculo. Eran los aburridos los ricos, gente poco interesada en ganar, que jugaban porque no sabían hacer otra cosa, y que metodizaban las horas del julepe o del tresillo con las del paseo y las visitas; los que jugaban por vicio, empalmaban los días y las noches, lo mismo ganando que perdiendo, nunca satisfechos de jugar, y los industriales del juego, los calculistas, iban a ganar el jornal diario y jugaban siempre "agarraos". Era la idiosincrasia de los pueblos. No se concebía en un pueblo el casino como no fuera para jugar al tute o al julepe.

Medina, aburriéndose otra vez, miraba la plaza, que se iba iluminando progresivamente. Se encendían en los puestos de turrón los candiles de petróleo y en el tablado de la música los farolillos de papel de diversos colores. Casi al mismo tiempo hicieron su aparición en la plaza varios sombreros gentiles de mujer. César aguzó los ojos y distinguió entre las señoritas a Dolores, tan gaya y esbelta, que se destacaba con su noble porte de entre sus amigas. Intenciones le dieron de dejar con la palabra en la boca al boticario y bajar corriendo a la plaza, pero don Juan, conociendo acaso sus propósitos, le cortó la retirada.

—Tienen que subir aquí a ver la procesión—le dijo—. Pronto nos echarán de este sitio. Verás qué bonita es la fiesta.

Tomando pie de esto, el boticario empezó a hablar de las costumbres y particularidades de los pueblos. César desesperaba de aquella máquina parlante, insistente, monótona, cuya cuerda no se acababa nunca. El boticario, conociendo la poca fiijeza de Medina, llamábale de vez en cuando la atención y golpeaba con su garrota, como si quisiera clavar las palabras en los baldosines.

Por fortuna, las jóvenes, cansadas de dar vueltas por la plaza, no tardaron en entrar en el casino. Subieron al salón de baile y César y el boticario se levantaron corteses, cediéndolas aquel sitio.

—¡No, no, quieto, don Juan!—dijo una de ellas—; todavía no ha llegado la Virgen a la Cruz. Lo menos hemos de esperar hora y media por lo que dicen.

Todas las señoritas daban muestras de impaciencia. Los jóvenes, que venían detrás, irrumpieron también en el salón, y uno de ellos deslizó insinuante:

—¡Una idea! Como hemos de esperar tanto tiempo, podíamos bailar un poco.

Diciendo esto, él mismo fué a sentarse al piano, lo abrió y tecló los primeros compases de un vals.

Aplaudieron unos la idea. Otros, en cambio, no mostraron su conformidad. Sería estropear el baile de la noche, el baile formal. Algunas muchachas alegrían luego cansancio, y dejarían de acudir.

—Pues si no se baila, se canta... Veréis el "couplet" que está de moda en Madrid:

El pianista, acompañándose de unas notas, empezó a tararear de un modo grotesco:

Si tú me quieres a mí
sí, sí;
sí, sí...
A ti no te quiero yo
no, no;
no, no...
Que el amor
es el loco frenesí
del frenesí del amor:
sí, sí,
sí, sí;
no, no;
no, no...

—¿Te agrada, Dolores?

—¡Hijo!—contestó ésta—. ¡Qué poco gusto tienen a veces los madrileños!

—¿Cuidado, eh? Que hay moros en la costa—dijo una voz.

Dolores miró entonces a César:

—Dispense, Medina, la parte que le toque, pero no dirá usted que ese "couplet" no es insustancial.

Medina sonrió sin saber qué contestar.

—No estoy conforme—exclamó otro pollo—. Los madrileños tienen buen gusto, sobre todo, en flores... Y si no...

—¡Calla, tú!—interrumpió Engracia Ponce, dando un abanicazo a su hermano.

—¡Bueno!—gritó el pianista—. ¡Que hay que cantar! Tú, Dolores, prepárate:

Preludió la romanza de "Las Hijas de Eva".

Dolores se echó a reír. Sin embargo, sus amigas, tomándolo en serio, la instaban con ahínco para que cantase. Ella se resistía:

—¡Vaya una ocurrencia!

El boticario acudió entonces:

—¿Y si yo te lo pido, paloma? Mira que soy muy viejo, y si encima me quedas feo, no voy a servirte de novio el día que me quede viudo.

Dolores entonces, sonriente, se resignó. El boticario le ofreció su brazo, y alardeando, bromista, de gentileza, la llevó al piano.

—¿Qué va a ser?—preguntó el pianista.

—Cualquier cosa—contestó Dolores—. Eso mismo que empezaste.

En todo el salón se hizo un profundo silencio al sonar otra vez las primeras notas de la romanza. Y a continuación, la voz pastosa, dulce, maravillosamente

timbrada de Dolores rompió la primera estrofa:

—¿Por qué cuando aquel día
le hablé por vez primera
mi pecho no sentía
lo que ahora siente ya?

Era una música lenta y melancólica. Medina nunca había oído cantarla tan bien, y esto, que en otro tiempo le hubiera parecido pueblerino, ridículo, verdaderamente cursi, le produjo una emoción intensa y entrañable... Tras la leve pausa, la voz de Dolores continuó la octavilla:

—¿Por qué palpita indómito
mi corazón amante?
¿Por qué siento las lágrimas
mis ojos empañar?

Y era una melancolía en Dolores, así como de lágrimas que bruscamente subieran a los ojos, humedeciéndolos. Los oyentes, suspensos de aquella dulcísima voz, no se atrevían a moverse. Algunos que iban a entrar en el salón quedábanse quietos en la puerta, sin osar hacer ruido. Y en tanto el ¡ay! de la congoja, ululante, dolorido, ferviente, arrancado del fondo de las entrañas, vagaba por el salón, con sus vivos arranques y sus desmayadas caídas, expresión de una pena del alma muy grande, muy vaga, muy trémula y afanosa.

La voz tuvo luego un esfuerzo supremo:

—¿Que le quiero arrancar de mi alma
y no puedo ya!

Una salva de aplausos estalló en el salón, en tanto Dolores, sumamente pálida, tomando otra vez el brazo del boticario, fué a colocarse en uno de los balcones. El salón se iba llenando ya de las familias de los socios del casino, que acudían a presenciar desde allí el paso de la Virgen y los fuegos artificiales.

Instaron entonces a Medina para que cantase, y él, emocionado por la romanza de Dolores, se hizo poco de rogar.

—¿Qué quiere usted cantar?—preguntó el pianista.

Medina a su vez interrogó si sabía la última parte de "Aida", y cuando el músico tecló, diestramente, en el piano, aquellos compases que inmortalizaron a Verdi, César, con una voz que a él mismo pareció enteramente nueva, empezó el "¡Oh, celeste Aida!", tan intenso, tan lírico, tan devoto, expresión suprema de una pasión que en la agonía ve la aparición celeste del divino amor, que llega a hacer de la muerte una divina felicidad. Parecía a César que era Dolores aquella Aida celeste y vaporosa, como la Virgen idealizada en los éxtasis.

Otro estruendo de aplausos coronó el aria de Medina, y éste fué a colocarse también cerca del balcón que ocupaban Dolores y el boticario. Los circunstantes cuchicheaban por lo bajo, y según las miradas que dirigían a César, debían ocuparse de él.

Oyóse en esto, algo lejano, un eco de la banda de música. Esta confusa armonía fué aumentando, hasta percibirse claramente algunos acordes. La gen-

te se agolpó a los balcones, y de la plaza se levantó ese murmullo de oleaje humano, esa brega de las multitudes que se revuelven afanosas de curiosidad.

César no se atrevía a moverse de aquel sitio, desde donde contemplaba a sus anchas a Dolores, que hablaba con el boticario una conversación misteriosa. Alguna vez pareció percibir confusamente su nombre y alguna mirada furtiva de la bella mujer, que parecía inquieta y preocupada.

La plaza se iluminó de pronto con el resplandor de algunas bengalas, y aturdieron los aires los estampidos de los cohetes. Varios hachones encendidos desembocaron de una de las calles, y ya en los balcones del casino se apiñaban las mujeres. Los hombres, detrás, empujaban las cabezas. Le extrañó a César, sin embargo, que a aquel balcón que ocupaban el boticario y Dolores no fuese nadie, como si premeditadamente no quisieran turbar aquella conversación tan baja que sostenían los dos.

Medina pensó que aquella era una ocasión propicia para hablar a Dolores. Decidido como estaba, llegó resuelto al balcón. Ella entonces se retiró un poco y calló su diálogo con el boticario.

Distrajo a todos un viva general de mil gargantas juntas que vibraron en la plaza. Casi instantáneamente hizo su aparición la imagen, rodeada de luces y de cánticos, pausada, solemne, radiante...

—¡Viva Nuestra Señora de Piedra Santa!

—¡Viva!

—¡Viva la Patrona de Torrealta!

—¡Viva!

Era un espectáculo emocionante. Parada la Virgen en el centro de la plaza, llovían sobre ella puñados de flores, manojos de claveles, pañuelos y ofrendas. La banda de música subió entonces al tablado. De un balcón del Ayuntamiento se dispararon tres bombas, y una rueda de fuego empezó a borbollar chispas brillantes, rojas, plateadas, azules, como una cascada luminosa que se rompiera en una lluvia de estrellas. La imagen entonces empezó a moverse lentamente... Se arrodilló todo el pueblo, repicaron las campanas, rompió la banda en los estruendos de la Marcha Real, y entre los vivas de la multitud enardecida, entre aquel torrente de fuegos, entre los marciales acordes de la española música, la Virgen de Piedra Santa fué atravesando en triunfo toda la plaza...

Cuando Medina se sobrepuso a esa emoción irresistible de lo sobrenatural, se dió cuenta que el boticario había desaparecido y él estaba en el balcón solo con Dolores. Arrodillada ésta, intensamente pálida, anhelosa, parecía transfigurada en un arrobo místico, resplandeciendo sus ojos, llenos de lágrimas.

Medina no se pudo contener:

—¡Dolores!

Ella se levantó. Ya la imagen trasponía el dintel de la iglesia y desaparecía dentro.

—¿Quiere usted escucharme?—volvió a hablar tembloroso Medina.

Ella le miró fijamente:

—Hable usted, César...

Y César empezó a hablar. No sabía cómo hacer la historia de su pasión. Cuando la conoció en el tren era él un neurótico, un enfermo. Viajaba tan triste, tan desilusionado, que parecía le llevaban a la muerte o al destierro... No acostumbraba él a ser desatento con las damas, pero aquellos nervios eran rebeldes, como potros salvajes... Después de su primera visita, los comentarios del pueblo al dársela por novia irritaban su orgullo propio y él no sabía explicarse por qué le molestaba aquello. Debía ser ese amor invertido de la antipatía, pero amor al fin, porque luego, contra su voluntad, contra sus esfuerzos, contra sus propósitos, sintióse cautivo, subyugado, influido de ella por sus ojos, por su voz, por sus manos, que se le quedaron impresas en la imaginación, dulce, temblorosas y blancas, como dos palomas. Sufrió él lo indecible, sintió el dardo de los celos hincársele dentro del alma. Quiso levantar otra vez y cien veces más la estatua de su amor propio, humillado en las cintas, en la devolución de su carta, en la romería, en el silencio de ella, y no había podido: cada desdén, cada indiferencia parecían avivarle aquel hondo y entrañable anhelo que de ella tenía. Propósitos alimentó, por fin, de ausentarse de "La Millona", de dar un adiós a todo, y se le desgarraba el alma tan triste, tan desesperanzada, tan infeliz entonces por la vida, que una noche lloró su soledad con una pena que no tenía nombre ni remedio...

César hablaba con una vez teñida de cálida emoción que borbotaba ardiente como el retremblar de una hoguera. Dolores callaba..., callaba sin perder palabra, con la cabeza baja, intensamente pálida, inmóvil, alelada, sin respirar apenas...

Medina cesó de hablar y ella levantó sus bellos ojos. Brillaban en ellos dos lágrimas.

—¡César!...

No pudo decir más porque su voz se entrecortó, rompiendo en un trémolo que a duras penas quiso reprimir, llevando a sus labios el pañuelo.

Al fin pudo expresarse. Ella le esperaba también. Aquella actitud destemplada que él tuvo en el tren, si la molestó algo, lo olvidó bien pronto, y sintiendo luego misericordia por él. El pobre venía triste, enfermo, como decían, disgustado, solo, sin familia. Luego, después de su visita, empezaron a hablar de ellos, y lo que dijo él en casa del boticario la dolió entrañablemente sin saber por qué. Lo hubiera dicho otro, y no le hubiera importado, pero no comprendía por qué, por qué aquello tan profundamente la lastimaba. Luego, cuando recibió su carta, después de las cintas, comprendió todo lo que vagamente ella presentía, e intenciones le dieron de responderle con el grito sincero que él despertaba en su alma; pero era mujer y se tenía que dar a respetar, no por orgullo, sino por prudencia, por precaución, por deber. Ella creía que para entregarse se había de entregar de una sola vez, sin reservas, sin regateos. Una sola vez en la vida y para

siempre, pero no estaba segura de él, no sabía si aquella demanda era un capricho, un antojo, un arranque del amor propio que ella sabía que tenía que haber herido. Quiso, pues, cerciorarse mejor, probarlo, aun a costa de sus sufrimientos, pues cuando él estuvo enfermo, Dolores sonreía, y de vez en cuando se limpiaba los ojos. César, embargado por la emoción, no podía antecular palabra. Ahora no acertaba a expresar su felicidad.

—¿Dolores? Mire usted... No puedo... ¡Que Dios se lo pague!

No se habían dado cuenta que habían terminado los fuegos y la gente comenzaba a retirarse a cenar para volver luego al baile.

Una vieja, criada de Dolores, vino entonces por ella.

—¿Volverá usted?—preguntó Medina.

—Sí, pero usted debe marcharse ya. Va a ser luego tarde para caminar de noche y sé que no le gusta quedarse en el pueblo.

—¡Tarde!—sonrió él.

Se fijó luego en una hortensia que ella llevaba en el pecho...

—Toma—dijo ella con naturalidad—, y otra vez no hagas locuras como la que hoy hiciste. Y no vengas ahora conmigo, ¿sabes? Aunque te parezca que no, a veces, en los pueblos, hay que ser un poco... cursis... para no dar que hablar.

Diciendo esto, se retiró gentil. César quedó mirándola, embargado de una intensa alegría interior que discurría por sus venas como una onda deliciosa.

Cuando entró en casa del boticario le dió un abrazo.

—Don Juan, doña Josefa; cuando un hombre despegadote, como yo, tiene deseos de abrazar a sus amigos, ¿qué pasa?

El boticario sonrió. Su esposa contestó como quien no se sorprende:

—Pues pasa que una santa mujer, que fué tu abuela, sonríe en el cielo, porque el vacío que dejó en la tierra lo va a llenar otra santa como ella...

Moisés Marcos de Sande

Médico

XXVIII

GARROVILLAS (Cáceres)

Después de cenar Medina volvió al casino, aun a costa de tener en vela al boticario, con quien procuró disculparse; pero don Juan, riéndose, le manifestó que él no se acostaba nunca hasta después de las dos. Jugaba, indefectiblemente, después de cenar, una partida de ajedrez, con otros cascarrabias como él, y a veces tenían que venir los camareros a avisarles que iban a cerrar.

Cuando César y el boticario llegaron al casino, ya el baile había comenzado. Don Juan, avistándose con su contrincante, se dispuso a comenzar la partida, y Medina subió al piso principal.

Entró en el salón, profusamente iluminado, donde se mareaban las parejas en los movimientos de un vals. Dolores, sentada en un rincón con una amiga, le sonrió de lejos. Al acercarse Medina, le

vantóse aquella amiga de Dolores, dejando vacante el sitio.

—Os voy a presentar—dijo Dolores—. Mi amiga, la ya feliz Mariquita Gómez, de quien has oído hablar. Y dirigiéndose luego a ella, le presentó con esta sola palabra: César.

Mariquita Gómez sonrió intencionadamente a Medina. Era una sonrisa de pláceme y de enhorabuena. Luego, a pesar de las protestas de Dolores, que quería retenerla, Mariquita Gómez se despidió, dejándolos solos.

Resplandecían los rostros de los dos con un gozo bondadoso y comunicativo. Sin saber cómo, se encontraron trabados en una conversación queda y entrañable.

Cuando el piano preludió un vals, César preguntó a Dolores si quería bailar.

—Como gustes, César; pero estamos aquí mejor. Además, pudieran invitarme, y no me agrada... Hablemos.

Medina descubrió todo su corazón, balbuciente y fragante. No sabía lo que le pasaba. Sentía de súbito una honda ternura subirle de las entrañas y hacérselle el alma blanda y afectuosa. Por mucho que él se lo imaginó, nunca llegó a creerse que fuera tan grande, tan henchida de reposo su ventura.

—¡Bendito viaje, Dolores!—dijo—. Yo creí que era la muerte, y me ha dado la vida.

Así, en un suave deliquio, iban transcurriendo las horas. Dolores creyó deber advertirle para que se retirase:

—Vas a llegar tarde, César... ¿No se ha quedado Frasco en el pueblo para ir contigo?

—No te importe... Me acompañan tus pensamientos.

—Pero el río de noche...

Se vadea ya bien... ¡Ah!, descuida, hoy lo pasaría yo a pie y no me ocurriría nada.

—¡Loco! Ya has visto a lo que te expusiste...

Espontáneamente, ella contó entonces cómo estuvo al corriente del curso de la enfermedad de César por la esposa del boticario, que le mandaba aviso todos los días. La madre de Dolores, ignorante de todo y a buena fe, había querido ir también a "La Millona", pero Dolores se opuso, aunque sin decir por qué. Entonces empezó su madre a sospecharse algo y no volvió más a insistir ni a nombrarle.

—Aquel brazo de la Virgen—añadió— lo ofrecí yo por ti.

—¿Y por qué luego rehusaste?

—Para que tú expiaras aquello que creí hacías, no por la Virgen, sino por vanidad, por amor propio, por llevarme a tu lado a la fuerza. Cuando me enteré que lo hiciste por no perjudicar a tus criados, lo sentí... Fué allí mismo, en la romería... Luego, cuando te alejaste, como te vi tan triste, me daban deseos de llamarte...; pero era mujer y no sabía..., no sabía si ibas a apreciar mi amor como en realidad era.

Siguieron hablando complacidos. Al fin, Dolores manifestó a César sonriente, que, como él no la obedecía, ella se retiraba para obligarle a irse. No la pu-

do César retener. Hubo de conformarse con acompañarla hasta la puerta de su casa y seguirla luego que desapareció con los ojos del alma.

—¡Dolores!... ¡Vida!... ¡Amor!...

Cuando César se encontró camino de "La Millona", eran ya más de las doce... Colgaban las sombras por la llanura los jirones de un velo desvaído, y los pasos de la jaca, golpeando huecos la soledad de la senda, se perdían con vaga resonancia...

XXIX

Bien temprano se levantó Medina al día siguiente, y tocó el timbre. Frasco acudió, creyendo que le ocurría algo para llamar a aquella hora, habiéndose acostado a las dos de la noche antes.

—Di que me sirvan sólo un vaso de leche—dijo Medina—. Y ven tú, que vamos a ajustar cuentas.

Frasco le miró un poco herido en su dignidad. Era la primera vez que en "La Millona" le revisaban las cuentas.

Subió una libreta llena de apuntes:

—¿Señorito? Vaya usted tomando nota: me dió usted el día 8 de noviembre ochenta y dos duros. El día de año nuevo...

—Si no te digo eso—interrumpió Medina—. Sólo quiero saber lo que te debo.

—Pos a mí... na—exclamó Frasco vivamente, respirando ya con satisfacción.

—Pues cómo es eso? ¿Qué ganas tú?

—¡Anda! ¿Y le parece poco al señorito? En tiempos de la su agüela ganaba soldá, pero entonces tenía yo reafios pa trabajar. Hoy ya es uno viejo y no sirve pa na, y por hacer bulto con el señorito tenemos casa, lumbre, comía. Pos pa vestir tenemos nuestros ajorrillos, manque pocos. Asina que, desde se fué a Madrid la nuestra ama, que gloria haiga, pos ni naide me ha dao soldá, ni en justicia he podido pedirla.

—¿Y qué te daba mi abuela?

—Con aquélla no había cuentas, señorito. Como que lo que tenemos en ley es de ella, ¡porque tenía un corazón!... ¡Santa!

—Pues yo—dijo Medina—no quiero que mi buen Frasco trabaje más. Deseo sólo que me dé compañía hasta que muera, y en pago de su lealtad, he decidido dotar a su hija en mil duros.

Frasco se quedó petrificado

—¡Ven acá, hombre, y dame un abrazo!... Hoy para mí es día de felicidad, y quiero que en "La Millona" no haya una pena.

El viejo criado se apoderó de las manos de César.

—¡No, no! Te he dicho que un abrazo... ¡Así!... Bueno: Ahora vas a mandar aviso a todos los pastores y serviciarios de "La Millona" para que a mediodía se presenten aquí...

Diciendo esto César y dejando a Frasco alelado, salió del despacho, y dirigiéndose a las cuadras él mismo, ensilló su caballo y, antes de que acudiese Frasco, partió para Torrealta.

El fiel operador quiso decirle algo que

no pudo expresar. Desde la puerta de la casa gesticuló de un modo muy extraño, y nervioso señalaba a su hija la figura arrogante del amo, perdiéndose entre las encinas.

Volando casi, recorrió César la distancia que le separaba de Torrealta. Luego, ya en el pueblo, le pareció que era muy temprano para hacer visitas. Fué a la farmacia con don Juan, salió luego al casino, volvió a la botica, se mareó dando vueltas, se aburrió soberanamente leyendo los periódicos del boticario.

Ya al fin, no pudiendo resistir más, se encaminó a casa de Dolores. Doña Matilde pareció sorprenderse un poco, y le recibió con aquella confianza maternal de que siempre le dió muestras. Estaba sola, trajinando ella misma con los muebles del cuerpo de casa, y fué con él a sentarse junto a la puerta del patio.

Medina, para seguir las costumbres de Torrealta, expuso cuanto le acaecía. Doña Matilde abrevió aquel martirio de César dándole un abrazo.

La conversación después era poco interesante para Medina, que no lograba salir de una rara cortedad... La puerta se abrió apareciendo la solterona. Traía un aire intrigante y de confidencia. Saludó a Medina como nunca, jovialísima, y a boca de jarro le disparó la enhorabuena.

Medina se sintió doblemente confuso con aquel parabién, expresado delante de doña Matilde. Esta pareció también avergonzarse un poco y acogió los entusiasmos de la solterona con una discreta seriedad.

Del lado del patio llegó entonces un murmullo doliente y cansino.

"Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén."

—Son los pobres—explicó doña Matilde—. Como hoy es sábado... Ya vendrá Dolores de que acabe... O ve, hijo, tú, si quieres entretenerte, que no vamos a gastar cumplidos...

Le señaló con la mano la dirección. Medina salió al patio. Era un patio grande, embaldosado, lleno de macetas. Cuatro naranjos guardaban simetría, dando su sombra regalada a dos bancos pintados de verde. Cerraba el patio, por la derecha, una alta verja de hierro, separándole de un inmenso corral, con amplio portalón abierto a la calle. César, desde aquella verja, vió una larga fila de pobres que contestaban a la voz de uno de ellos que pasaba el rosario. Dolores, acompañada de dos criados, iba, mientras, desocupando las grandes banastas de pan rubio, sonriente, solícita, hablando con todos, acariciando a los niños, a quienes llamaba por sus propios nombres.

Tenía aquello tal ingenuidad, tal recuerdo de nobles costumbres, tal sabor castizo y español, que Medina, entusiasmado, no se pudo contener:

—¿Y para este pobre no hay una limosnita?

Dolores volvió la cabeza, agradablemente sorprendida y contestó riendo:

—¡Perdone usted, por Dios!

Ella misma vino a abrir la cancela.

—Anda, César, ayúdame. Con eso acabamos antes.

Terminado el reparto de las limosnas, se sentaron en el patio. Tan natural, tan cariñosa estaba Dolores, que parecía como si aquellas relaciones viniesen de toda la vida.

No se cansaba César de admirarla. Le parecía transfigurada en una vaga idealidad, en un dulcísimo encanto. Como una música le sonaba aquella palabra limpia y emotiva que semejaba fluir del alma como el borbotón de una fuente-cilla.

Vino a interrumpirles el hermano de Dolores:

—Adiós, Medina—exclamó campechano—. ¿Queréis algo para Badajoz?

César le expuso entonces que tenía el propósito de visitarle.

—Estamos cumplidos—contestó Algaba—. Además, ahora te iba a ser imposible. Ya ves: de Badajoz salgo mañana mismo para Madrid... Se ve el acta en el Supremo dentro de ocho días. Creo que la anularán. En fin, me alegro de todo y ya hablaremos.

A César le pareció entonces más simpático Fernandito Algaba, que así, tan naturalmente, le hablaba de tú y se daba por enterado de sus relaciones.

Dolores se expresó con franqueza. Aquella monomanía de su hermano por la política le disgustaba. ¡Lástima de dinero tan mal aprovechado, por un capricho que no sabía ella qué bien podría reportarle!

Sonriente se levantó Medina. Le parecía que iba ya a molestar, si prolongaba su visita. Aun permanecía hablando con doña Matilde la solterona, la cual se levantó para abrazar a Dolores.

—Doña María—dijo aquella—, César tiene deseos de conocer sus pájaros. Ha oído hablar de sus canarios y está entusiasmado.

Doña María, esponjosa con la lisonja de Dolores, agradeció por anticipado los elogios de César. Este, comprendiendo la intención de Dolores, prometió a la solterona una visita y el obsequio de un canario flauta.

La solterona entonces dió a entender con su sonrisa que de las antiguas animosidades no quedaba más que un sentimiento de complacencia para César. Este se despidió. Dolores vino acompañándole hasta la puerta y hablándole ingenua de sus deseos. Le rogaba que no volviese a la tarde. Necesitaba él cuidados, reposo, atenciones para su salud. Medina se esforzaba en hacer comprender a Dolores toda la satisfacción que tendría en volver a la tarde.

—No, César, descansa ahora...

Luego adoptó una actitud graciosamente seria y amenazó: ¡Como volviera a la tarde no la veía! Habría baile en el casino, música, fiestas, pero ella no había de salir. Parecía como si le gustara más la soledad, como si fuera avara y egoísta de aquella alegría y ternura que se la robaba la gente.

Quedó mirándole desde la puerta, con

una mirada diáfana que él agradeció con toda su alma.

No quiso César detenerse a comer en casa del boticario y regresó a "La Millona". Llevaba en el camino la impresión de Dolores, poniendo su gentil silueta en la puerta de su casa y diciendo adiós, con una voz ardiente y argentina. Cantando se apeó del caballo.

—¡Bien le ha salido la cuenta, señorito!...—le dijo Inés.

—Dices bien... Y mira: ¿A que no sabes lo que me resulta siempre?

—¡Qué cosas tiene nuestro señorito! Pos dende ayer le resulta siempre ganar...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Pos mié usté, yo me lo presumí... Desde que llegó el primer día, empezamos toos a cabildar. ¿Tendrá novia el señorito en Madrí? Y se conocía que no... ¿Pos con cuala pega de por aquí? Y mié usté: toos lo dijimos: con esa pajarita serrana que parece propiamente la Virgen que tienen las monjitas de Santa Clara. Mié usté señorito; una ves dimos el mi padre y yo a Torrealta y nos la encontramos en la calle. Nos toparamos tan juntas que el fleco del mi pañuelo se enreó en unos botones del su vestido. Ella, con mucho mimo, lo esenreó y tenía unas manos tan bonitas, que yo la dije: parecen dos copitos de nieve... Enree usté más, señorita, que da gusto... Ella se echó a reír y dijo:

—Pos ¡tiene gracia! Dende entonces nos conocemos, y ella, que me vido el otro día al entrar en la iglesia, pos me dió el agua bendita...

Medina comió con extraordinario apetito. Ponderó los guisos, que le parecieron excelentes. Luego salió a la sombra de la casa. Allí mismo hizo su café, gozándose en contemplar la ubérrima naturaleza del paisaje bajo el sol sereno de mayo. Todo estaba en flor: la magnífica huerta, la pomposa viña, el mar ondulado de la mies.

Ahora es cuando le parecía que toda aquella naturaleza fecunda tenía un alma pródiga y entrañable, como si los campos fueran algo vivo muy grande y muy bueno, y acoplasen su intensa palpación a los generosos pensamientos que él tenía de paz, de trabajo, de amor...

Llamó a Frasco cuando se cercioró que hubo comido, y le hizo sentarse allí. Se fué informando detalladamente de cuánto ganaba cada uno de sus servidores. Cuando llegó al yegüero no pudo reprimir una exclamación de amargura: ¡ganaba veintidós duros y siete fanegas de trigo al año! (1) A Medina le remordió la conciencia, pareciéndole aquello una explotación, indigna de gentes que se llamaban cristianas. Calculando lo que valía el trigo venía a resultar el yegüero con una soldada de cincuenta y tantos céntimos diarios... De eso tenía que comer, vestir y calzarse, y era inicuo, cruel, vergonzoso, consentir eso... ¡Era preferible no te-

(1) Es la soldada general de los yegüeros en Extremadura.

ner yeguas! Dijo a Frasco que le quintuplicasen el sueldo desde aquel día.

Luego más tarde, fueron llegando todos los pastores, gañanes, porqueros y guardas, y se reunieron en la cocina. César mandó llamar al zagalillo, que acudió con el sombrero en la mano, muy temeroso y cortés...

—¿Cuántos años tienes?—le preguntó Medina.

—Doce, pa lo que el señorito guste mandarme...

—Y, vamos a ver: me dijiste un día que ganabas el hato... ¿No?

—¡Y la vestimenta, señorito!—ponderó el zagal.

—Bueno, dime: ¿qué comes por la mañana?

—Pan...

—¿Y al mediodía?

—Pan...

—¿Y por la noche?

—Pos... pan también.

—¿Y nada más que pan?

—Pos verá el señorito: el sábado, como cogemos la jatería y hayle aceite, pos hacemos sopas o migas, pero como el aceite no da pa toa la semana... pos aluego... pan...

—Y vamos a ver, ¿qué te comerías tú ahora con mucha gana, con mucha gana.

El muchacho se echó a reír, abriendo mucho los ojos y alargando la boca:

—¡Una cosa que no he comió nunca!

—A ver, dílo:

—¡Jamón! ¡Dicen que está más güeno!...

—Pues hoy lo vas a comer hasta que digas ¡no quiero más!

El muchacho no sabía cómo expresar su admiración. Aquella débil ternura pujaba por deshacerse.

César se levantó y le puso una mano en la cabeza. Fijóse que tenía una camisilla endeble bajo la blusa desbotonada y que por un lado de los recios zapatos le asomaban los dedos de un pie.

—Y, vamos a ver, ¿tú, qué quieres mejor, seguir siendo hatero, o quedarte aquí, en la casa, de galopin?

—Lo que quiera el señorito quiero yo.

—Pues mira, vas a ver al tío Frasco para que vaya contigo a Torrealta. Te van a hacer un traje muy bonito y unas botas nuevas y relucientes. Y una gorra con galones. ¡Vas a parecer un general! Te vas a quedar luego en casa para hacerme los recados, pues el tío Frasco ya es muy viejo y no puede. Y mira, te voy a dar todos los años veinte duros, hasta que seas hombre y ganes más. Yo te iré guardando los veinte duros hasta que juntes mucho dinero. ¿Verdad?

El zagalillo apenas respiraba.

—¡Señorito!...

Y se echó a llorar como si lo mataban, con un llanto que sonreía y cantaba con aquellas lágrimas.

César fué entonces hasta la cocina. Pusieron en pie todos sus servidores en afán de curiosidad.

—Os he llamado—dijo Medina—para deciros que quiero ser bueno con vosotros y que lo seáis conmigo. Desde hoy todos ganáis doble de lo que ganábais, y todo el que haya servido o sirva treinta años en esta casa, tendrá derecho a

no trabajar más y a ganar hasta que muera lo mismo que ganaba.

La gente, que no esperaba aquello, quedóse aturdida, sin poder dar muestras de lo que sentía. Frasco dejó oír entonces su voz:

—¡A besar la mano al señorito! Amos, ¿qué hacís parao? ¡Y de aquí pa alante, saber que al que no bese la tierra que pise el nieto de su agüela, le jundo la navaja hasta las cachas! ¡Amos! ¿Qué hacís asina?

Todos entonces pretendieron acercarse a César, pero éste se opuso resueltamente y, escabulléndose se marchó arriba.

Desde allí oyó que la voz de Frasco, conmovida, resonaba en la cocina:

—¡Por el alma del ama y la salud del señorito! "Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea el tu nombre..."

Y Medina, solo, desde arriba, acompañando aquel rezo, se arrodilló también, y recogiendo su alma, se echó a

llorar. Marcos de Sande

Mé d i s e

GARROVILLAS (Cáceres)

Cada día descubría César un aspecto nuevo en la vida de "La Millona". Tomando café a la sombra de la casa, distraíase viendo cómo le arreglaban el jardín que había ideado delante de la puerta. Daba de comer a los pececillos de la fuente, a las gallinas, a las palomas. Segaba a veces él mismo la hierba y la echaba en el establo a las vacas. Gustábase también ordeñarlas por las tardes, llamándolas por sus nombres.

A Torrealta iba todos los días. Regresaba siempre con un nuevo ardor y un nuevo entusiasmo. Descubría en el alma de Dolores facetas nuevas de un delicado sentimentalismo y de una exquisita ternura y se arrobaba en su contemplación. Le parecía cada vez más bella. Creyó en una ocasión que aquella carne era, en realidad, transparente, como si fuese mármol alumbrado por rayos de luna. Y él se gozaba en medir la hondura de sus afectos y en sentirse profundamente transformado. Saber cómo el amor de aquella mujer le había hecho, sin darse cuenta, sencillo, humilde, cariñoso, y cómo la costra dura de su orgullo y de sus egoísmos se había fundido, como un pedazo de hielo tocado por el sol. Ella, oyéndole, sonreía bondadosamente, mientras sus ojos se empañaban con un velo de felicidad:

—César!... ¡Vida!

—¡Dolores!... ¡Alma!

Iban así entrelazando su amor con una guirnalda de flores. A César le parecía imposible haber desechado su mal humor, su destemplanza, sus agrias sensaciones de la soledad. Nada le desconazonaba. Llenábasele la cabeza de proyectos, de reformas, de iniciativas; lo quería hacer todo y realizar todo a la vez. Hasta para el mismo mal sonreía con un gesto de benevolencia.

Viendo un día desde el balcón de su despacho cómo los segadores tundían con la hoz aquella bendición de los tri-

gos, le extrañó que dos de ellos cogieran una sogá y le sacudieran fuertemente sobre las espigas.

No sabiendo qué fuera aquello, se encaminó al rompimiento. Vió todas las espigas por el suelo, destrozada aquella roncha con el ondeo de la sogá.

Medina preguntó por qué no habían segado aquello. Los trabajadores, algo hoscos, callaron. Al fin, uno de ellos explicó: tenía el trigo tanta gramaza, que no lo podían segar, sin peligro de que les picara las manos o los pies.

César les reprendió noblemente: aquello estaba mal hecho: habían tomado a destajo aquel rompimiento, y antes lo habían examinado y les advirtió Frasco para que no se llamaran a engaño. Hacer aquello, pues, era perjudicarlo. Debían obrar siempre con lealtad. Que no fueran reacios nunca al bien y al sacrificio, y fuese el trabajo noble, inteligente y honrado, para que el pan adquirido con el sudor de la frente supiese entonces a salud, a premio y a recompensa.

Diciendo esto, Medina se apoderó de una hoz para darles instrucciones. Riéronse ellos maliciosamente, creyendo que se abatiría pronto aquel arranque del señorito. De la tierra se desprendía un vaho de fuego, una flama que hacía retremblar el páramo amarillento del rastrojo. Caía el sol a pedazos, en frase de los segadores que lo aguantaban en mangas de camisa, sudorosos y sedientos. En una calma chicha, un total bochorno, donde todo se dormía a fuerza de vida, arrullado por el monótono runrún de las cigarras. Medina, picado un poco en su amor propio, se puso a compás con ellos, segando inteligente y aguantando púgil como el más fuerte. Formaban las hoces un rumor acompasado, y atrás iban quedando las gavillas doradas, puestas en pie, como ramilletes de sol. César les despertó la noble emulación honrada, y en silencio adelantaban los segadores cada vez más fuertes y más heroicos, hasta que dió la voz de alto el manijero. César entonces se sentó con ellos, y con ellos comió un poco de gazpacho. Después les dió un cigarro y se retiró, despindiéndose cariñoso. A aquellos segadores no hubo que volverles a llamar la atención.

XXXI

Frasco ponderaba, echando cuentas con Medina. Tomaba éste café, como todas las tardes, en la puerta de la casa e inquiría del fiel aperador el resultado probable de la cosecha.

—Güeno, que naide lo creía, señorito. Como too se sembró tan tardío, pos arrepáre usted que no las tenía la gente consigo en la nacencia. Y aluego too era el pensar si los langostos vendrían y, como cogerían la senara más tierna que otros años, temer que hicieran de las suyas. Pero Dios ha estao bien con nosotros. Ni se perdió un grano, ni los indinos jambrones han venío por aquí. Güeno, como que es un año colmao. Están dando las cebás a treinta cargas

la fanega, los trigos, y malo sea que no resulten alreor de tres cajices. La siega es lo que anda un poco atrasá. Como too el mundo es arrecoger, pos, encima de andar los jornales por las nubes, no se encuentran bastantes. Y que hogaño no han bajao los gallegos, ni los portugueses. Amos a ver, señorito, ¿cuánto calcula usted el rompimiento que se ha segao?

—¿Mil fanegas?

—No va descaminao... ¡Y trigo gozao de verdá! Ca espiga tiene una almorzá. Mejor, pa que coman pan barato los probes.

Mientras hablaba Frasco, unas nubes cenizas se levantaban de la sierra y empezaban a cruzar el cielo. No puso buen cariz Frasco, que advirtió a Medina:

—¿Ve usted? Imposible será que arremate la fiesta en pas. Es lo malo que tiene la siega en Estremaúra, señorito: las tormentas, que a lo mejor forman un novenario. Veile por qué el que tiene algo es a arrecogerlo de priesa.

Medina escrutaba también el horizonte. Allá, por la parte de Torrealta, venía una oscuridad misteriosa, pero sin una nube, como si el cielo se hubiera teñido de un tono de añil transparente... Un aire fuerte comenzó a moverse de súbito y revolvió las copas de los olivos, levantando entre las encinas un polvo blancuzco y denso. Era un aire cálido, sofocante, como el aliento de una hoguera.

La cumbre de la sierra se cubrió luego de un color cárdeno. En la misma sombra se fueron envolviendo los valles, y al nublarse el sol, cesaron los rumores, el canto de los pájaros y reinó una calma sorda y aterradora. Luego, todo el cielo fué una mancha violácea, negruzca, levemente diáfana...

César veía, sin embargo, a lo lejos, los segadores encorvados tras de las hoces. Algunos llenaban con sus cantares aquel silencio trágico, que ponía en el alma de Medina ese pavor misterioso de lo desconocido. Templaba, empero, su ánimo, la contemplación de aquel oscuro enigma del cielo que le despertaba esa sensación, siempre elevada, que produce la sublimidad. Había oído él contar de las tormentas de Extremadura y había leído descripciones de la brava fortaleza que en los climas cálidos tiene la tempestad. No se parecían, sin embargo, a aquello. Era esto un silencio de muerte, un sosiego total, una suspensión de la vida entera en el bochorno asfixiante del paisaje. Sólo el aire, levantando remolinos de vez en cuando y haciendo cimbrar las ramas de los árboles, daba la sensación de una vida misteriosa alentando invisible en aquella calma.

No llovía tampoco, como César había creído. Sólo unos goterones gruesos y fuertes golpearon la tierra un momento y dejaron un olor acre de polvo mojado; pero de pronto, súbito, instantáneo, rasgó el cielo un relámpago y un trueno seco, rápido, restalló encima como el trallazo de un látigo gigante.

César corrió a refugiarse a la casa. —¡Ay, señorito! ¡La trúbila!—gimió

Antonia—. ¡Jesús, Jesús, clavo, corona y crus!

Se sucedían los relámpagos, bengalas intensas que cegaban un instante los ojos y parecían chasquear con un olor metálico. A continuación unos truenos fragorosos, que parecían socavar los cimientos de la casa y rajar las corpulentas encinas.

Luego pareció replegarse el cielo en una nube, y una manga, como una tromba, empezó a descargar. Primero era un granizo que golpeaba los cristales de la casa, rebotaba en las piedras y danzaba entre las encinas. Luego una cuerda de agua que precía un torrente... Llovía como no había llovido nunca, con una fuerza de diluvio.

Los segadores, a todo correr, vinieron a cobijarse en la casa. Traían empapadas las ropas, goteando los sombreros, e impresos en los rostros el hondo e inenarrable pavor de los terribles misterios.

César subió nervioso a sus habitaciones. Siguiéronle Frasco, Inés y Antonia. Esta encendió las dos velas de tinieblas. Al acercarse Medina al balcón, un relámpago le deslumbró, haciéndole cerrar rápidamente los cristales.

—¡Jesús, Jesús, clavo, corona y crus! volvió a clamar Antonia.

Era un espectáculo trágicamente grandioso. Uno detrás de otro se sucedían los truenos y la tempestad rugía hirviente por encima de las siembras y por las cumbres de la sierra hosca y brava. No pestañeaban las mujeres, suspensas de un rezo monótono, ingenuo y supersticioso.

—Reza, hija, lo del Jueves. Santo. Apacigua las trúbilas—exclamaba Antonia.

Sonaba, en tanto, el aguacero, con un rumor de catarata; corría como un arroyo el camino, y el aire, al hincharse, agrandaba el fragor de la cellisca. Medina, paseando nerviosamente a lo largo del salón, experimentaba frecuentes sacudidas. Por el balcón abierto se veía el velo gris de la lluvia, descargando sobre los campos con una tenacidad desesperante y la cárdena claridad con que iluminaban el horizonte lejano las culebrillas.

Y luego dió un trueno tremendo, fortísimo, que pareció haber descuajado todo el edificio y no hubo más...; la lluvia se fué acompasando, apagándose, extinguiéndose, hasta quedar sólo el goteo de las canales, sobre el empedrado que rodeaba la casa, y el sol salió, rebrillando sobre las gotas cuajadas en las hojas de los árboles y en las puntas de las hierbas.

—¡Pasó, señorito—exclamó, respirando, Antonia—. ¡Gracias a Dios!

Pero del lado de "La Cancha" pareció venir entonces otra tormenta de ayes, de alaridos, de roncas lamentaciones. Frasco echó a correr para allá y Medina abrió el balcón, poniéndose a mirar.

En la puerta de la casa sacudían los segadores sus ropas empapadas y señalaban la lejanía de las hazas. Iban y venían de allí los habitantes de La Cancha en un tumulto lastimero. Levantaban sus brazos al cielo y entrecor-

taban sus deprecaciones, gimiendo misericordias.

Medina creyó que hubiera ocurrido alguna desgracia. Durante la tormenta, Frasco refirió extraños sucesos de memorables trébulas. Era raro el año que no dejaba tristes recuerdos: pastores carbonizados, majadas destruidas, hinchamiento del río, que aventaba como un brazo de mar; encinas hendidas, que mostraban luego el cuévano roído por el fuego de la cólera celeste.

Cuando volvió Frasco a la media hora, contaba lástimas. Una manga de granizo había caído del lado allá de La Cancha y no había quedado una espiga en pie.

—¡Malpócaos! ¡Ni un grano!

—¿Mucho?—preguntó Medina.

—Pos too lo que tenían a medias con el señorito. Porque hayle hasta eso, que del lao acá de La Cancha, en la nuestra siembra, ni una espiga esgrana; pero del lao allá, en las medias, too. ¡Enfeliices! ¡Too un año detrás de la senara, con el alma en un susto, y en un santiamén quedan desvalios!...

Temblaba la voz de Frasco, con un tono quejumbroso y parecía apretarse el alma de las mujeres, que miraban atónitas a Medina. Este, un poco pensativo, vaciló un instante...; después, su rostro se iluminó de pronto:

—Vuelve a La Cancha, Frasco, y di a nuestros colonos que no sientan más. Desde mañana que sieguen ellos para sí todo lo mío, y yo lo perderé...

Las mujeres dieron ya rienda suelta a su llanto, colmando de bendiciones a Medina. A poco, La Cancha se despoblaba, acudiendo a "La Millona". César, sin embargo, no quiso recibir sus muestras de agradecimiento, ni dejarse ver.

Y echando cuentas resultó arruinado. Había perdido toda la cosecha, el importe de dos rebaños...; debía sesenta mil pesetas, y sólo le quedaba por vender la lana... Pero se durmió tranquilo, con esa satisfacción que proporciona el bien, y oyendo esa música que cantan siempre las monedas de un rico bueno...

XXXII

Otro día vino Frasco a consultar a Medina:

—Digo, señorito, que si nos da la su licencia, podemos casar este verano a los mozos, pos como el señorito fué tan güeno que dobló el jornal a Bastián, como a toos, por dice el muchacho que ya es razón, al cabo de tres años de noviasco, y no va descaminado. Una enfermedad nos cuesta desprendernos de la nuestra hija, pero ¿qué vamos a hacer? Asina está el mundo dispuesto y no hayle otro remedio. De modo, señorito, que si da el su consentimiento, usted dirá cuando se le hace el pitorio.

—Pues cuando tú quieras, Frasco. En eso eres tú el que manda.

—Pos entonces, vista la su conformidad, pué ser el domingo, que anda la gente sin ocupación. Los papeles hace tiempo que los tienen arreglaos y las

proclamas dichas están dende el año pasao que iban a casarse, pero como no pudo ser por el mal año...

Medina prometió asistir y apadrinarlos. Tenía él también curiosidad por conocer "el pitorio", la vieja costumbre extremeña de que le hablaba su abuela con entusiasmo.

Y cuando llegó el domingo, todos los habitantes de La Cancha acudieron a la casa de "La Millona". En pleno agosto, bajo un sol de justicia, venían los hombres arropados en sus largas capas de paño de Torrejuncillo y las mujeres tocadas con la cobija de merino. Lucían las mozelas sus pañuelos "chinescos", su falda de bayeta historiada y, las más pudientes, mantones de Manila y zapatos de lazo.

Reuniéronse todos en la cocina y en el amplio corral de la casa. De allí salieron casi anohecido para la iglesia de La Cancha, los hombres delante, presididos por César; las mujeres detrás y en primera fila la novia, con su pañuelo de Manila atado en pico, su grande rosario de plata en la mano y con el rosario el pañolillo bordado, mostrando, invariable, las filigranas de la labor. Tiesa, pomposa, triste y sin mirar a nadie, Inés seguía la tradición de las mujeres que iban a casarse, rígidas como un maniquí que se moviera por un resorte.

Los casó el viejo cura de La Cancha, que por deseos de Frasco había venido ex profeso de Torrealta. Terminada la ceremonia, regresaron a "La Millona" con la misma rúbrica de la ida, y, ya allí, se desparramaron por el cuerpo de casa y las dependencias de la nave trasera.

Inés entonces se colocó, sentada en la cocina, bajo la chimenea, en el sitio que durante los días de invierno se encendía el hogar. A uno y otro lado sus más íntimas amigas, todas solteras, fueron formando una especie de corte de amor en que Inés fuera la reina. Lo demás de la cocina, con ser ésta tan amplia, llenáronla las mujeres, que ponderaban el rumbo y la parsimonia de la boda.

Medina no perdía un detalle de aquella ceremoniosa afectación con que los sucesos transcurrían.

Frasco se acercó a él:

—Señorito, ahora viene el pitorio.

—¡El pitorio! ¡El pitorio!—comentaron todos.

Y empezó "el pitorio". El padre de Bastián vino desde el corral hasta la cocina, donde le esperaba Frasco. Sombrero en mano, llegó haciendo reverencias y delante del padre de Inés adoptó una actitud importante:

—Tío Frasco—dijo en alta voz—, ¿dá usted la su licencia pa hacer una regalía a la novia?

—Con mucho gusto y honrao por ello. Se adelantó entonces, en primer término, Bastián. Inés, en esto, extendía sobre el halda un pañuelo y quedaba seria, abriendo los ojos sin mirar a nadie.

—¿Y el contaor?—preguntó el padre de Bastián—. Tú, Agustín, que entiendes de pluma, ¡hala!, a apuntar.

Dieron un lápiz y una libreta a Agus-

tín y éste fué a sentarse cerca de la novia.

Sombrero en mano echó a andar Bastián, llegó hasta Inés y con discreta galanía echó cien duros en el pañuelo:

—Toma, pa tus alfileres...

A continuación el padre de Bastián y los varones de su familia, guardando el orden según los grados del parentesco; después los convidados por la parte del novio. Acaba de echar la dádiva, recogían los hombres, del recién casado, un puro y un apretón de manos. Medina fué el último, a pesar de que le instaron a que fuese el primero. Echó por la parte de Bastián mil pesetas, entre las ponderaciones de los concurrentes. Luego fueron las mujeres y cesó a poco aquel tintineo de las monedas que caían en el pañuelo.

—¿Hayle alguien más por la parte del novio?—preguntó una voz—. ¡Que se están dando las dádivas!

Al ver que nadie más acudía, Inés ató el pañuelo cuidadosamente y lo entregó a Bastián. Extendió otro sobre su falda, y otra vez volvió a quedar muda e indecisa en aquel leve descanso que siguió.

—¡La gente de la novia, que venga, que se va a escomenzar!—sonó otra voz.

Invariablemente, siguiendo la misma rúbrica, fué primero Frasco, luego los hombres, el último, como antes, Medina, que echó las cinco mil pesetas que prometió un día. Y como antes, también, luego las mujeres; y varones y hembras echando el duro, las dos pesetas, según las fuerzas y la voluntad. Agustín, sin darse punto de reposo, apuntaba los nombres y las cantidades de los donantes.

Medina preguntó qué fin tenía aquello.

—Pos eso, señorito—le explicó Frasco—, esta manera de débito. Ca padre queda obligao a degolver lo que echen en el pitorio a los sus hijos en caso pareció... ¿Sabe usted? Es una facilidad pa los novios, porque empiezan asina teniendo el su manejo, se puen comprar la su casa, o especular con ello y no tener que pasar ajogos dende el primer día como en otras partes. Y sabe usted que como toos los años no hayle más que cinco o seis pitorios y no se pué desigir como no sea asina, pos se va pagando con descanso.

A César le pareció excelente esta costumbre, que era una mutualidad práctica y sencilla.

La entrega de las dádivas terminó a poco, y Frasco y el padre de Bastián se encerraron en una habitación a contar el dinero en compañía de Agustín. Este salió al cuarto de hora.

—¿De parte del novio—gritó, según el ritual—, ocho mil setecientos riales!... ¿De parte de la novia, treinta mil ciento, que sumao da en junto treinta y ocho mil ochocientos riales! ¿Que sea pa bien y pa muchos años!

—¡Pa bien y pa muchos años!

—¡Y que lo veáis toos con la mesma gracia!—contestó Bastián.

XXXIII

Desde aquel día, no dejó Medina de instar, queriendo adelantar los sucesos del tiempo, que transcurría lento, tranquilo, sin nada que turbase la serenidad de aquella vida. Dolores, algo ruborizada, le sonreía bondadosamente y procuraba calmar sus impacencias. Apenas tenía hecho nada, y había de necesitar quién sabe, y eso que las amigas le estaban bordando infinidad de cosas.

A César le parecía todo aquello inútil. ¿Para qué? Sus deseos no se aquietaban con la tregua, aunque ésta fuese tan dulce que atesorara hondas y deleitosas emociones.

Y tanto y con tales ansias vino instando un día y otro Medina, que una noche, al cabo de veinte años, se ponía el boticario una corbata y un traje nuevo, cambiaba la invariable garrota por un bastón de ébano, el pañuelo de hierbas por uno blanco, y del brazo de su esposa se encaminó a casa de la viuda de Algaba para pedir, en toda regla, la mano de la señorita Dolores Algaba y Mata, para el señor don César Medina y Fernández del Soto.

Doña Matilde, inconsolable, parecía desprenderse de su propia vida. El boticario, dando de lado a todas las rúbricas del caso, se puso a hacer un elogio entusiasta de Medina. Si Dolores una bendita, una cordera, una paloma, como él siempre la llamaba, César tenía en sus venas toda la sangre de una raza de nobles y de hidalgos; sencilla en su abuelo; santa y heroica en aquella ilustre mujer, modelo de matronas españolas; viciada, a fuerza de pródiga, en su padre; purificada, al fin, en él, por el amor, y florecida para ser símbolo y ejemplo de altos y generosos ideales.

Medina llegó después de la petición. Abrazó al boticario y besó a doña Matilde la mano. Cuando, después, entró en la estancia Dolores, ésta, radiante de felicidad, le alargó la mano, en un abandono confiado y cariñoso. Toda su belleza parecía resplandecer con una aureola de firme y perenne sosiego interior. Vestía un traje de seda azul, y no otra cosa parecía que una de aquellas estatuas en que los artistas griegos y romanos quisieron dar la impresión de la augusta serenidad... El mismo Medina abrochó en aquella muñeca tersa y torneada la magnífica pulsera de brillantes...

Sentáronse luego los dos en el patio, a la luz de la luna de agosto, clara y solemne, que plateaba las redondas y relucientes copas de los naranjos. Exhalaban las madreselvas el intenso perfume de sus azahares, y era, en todo el patio, un vaho cálido y extenso de geranios, de claveles, de verbenas, como una fragancia nupcial.

Medina, como siempre que su emoción se henchía, callaba mirando al cielo. La Vía láctea mostraba su nebulosa blanquecina, como un sendero ideal... ¿Qué

noches, estas noches extremeñas, tan calladas, tan profundas, tan grandiosas, preñadas de hondas meditaciones y de augustos conceptos!

Luego habló. Balbuceaba el corazón una música inocente de regocijo íntimo.

Tenía pensamientos sencillos, ingenuos, llenos de candor, y en su corazón florecían afectos para todas las cosas. Se acordó del establo de las vacas, cómo la Carrillona, había parido un choto y lo lamía con ansia maternal, y él, suspenso antes de sus gemidos, miraba a la vaca con una dulce misericordia. Con el sentido interior saboreó el sano perfume del heno y la caricia lustrada de la hierba, como si le gustara poner su corazón en aquel establo, para que lo arrullara el tintineo de las campanillas... —¡Amor, cántico..., verso!

Dolores le miraba anhelosa, suspensa, embaída en aquella palabra cordial que fluía fragante y devota.

—¡César!... ¡Habla..., habla!

César volvió, sin embargo, a la realidad. Algo triste, expresó su sentimiento por tener que ausentarse algunos días de "La Millona".

Dolores se extrañó:

—¿Dónde? ¿Tienes algún asunto?

—Quiero ir a Badajoz para encargarme allí algunas cosas para nuestra nueva casa.

—¿Nueva? ¿Y eso?

—¿Pero no vamos a vivir aquí en Torrealta? ¿O te gusta más Madrid?

—No, César, cualquiera de las dos cosas sé que te costaría un sacrificio... Viviremos en "La Millona" como vivieron los tuyos. Tienes allí tus afectos. A los dos nos aguardan allí deberes que cumplir. No compres, pues, nada; te basta con lo que tienes.

—Pero para el viaje...

—Tompoco. No me gusta esa mala costumbre, tan poco española, de viajar e ir de fonda en fonda exhibiéndose a las miradas impertinentes de los curiosos, cuando el amor, noble y grave, requiere el santuario del hogar para su recogimiento. Iremos derechos a "La Millona", César. Nada de lo que veamos por ahí será tan hermoso como esta tierra nuestra, allá en los días del otoño, que son la delicia de Extremadura.

César, conmovido, expresó a Dolores su agradecimiento. No se había atrevido él a suplicarle aquello que ella misma le decía, porque le pareció que iba a exigirle un sacrificio. Pero ¡oh! ¡Aquello era lo que palpitaba en su alma! El concebía la vida feliz al lado de Dolores y rodeado de los suyos.

César se retiró luego. Aquella noche, a instancias del boticario, accedió a quedarse en Torrealta.

XXXIV

El acta aquella a que se refirió Fernandito Algaba en su conversación con Medina, como era de esperar, fué anulada por el Supremo y todo el distrito de Torrealta se preparaba, ahora, a re-

petir la suerte, convocadas las nuevas elecciones.

César, de acuerdo con Dolores, tenía el propósito de ausentarse, para no verse en el compromiso de ser solicitado por Fernando, que no se daba punto de reposo, tocando todos los recursos imaginarios para conseguir el triunfo, que ahora consideraba probabilísimo.

De todos modos, en aquel distrito, puestas así las cosas, era todo cuestión de dinero y el pellejo de onzas de Fernando, ubérrimo todavía, mostraba otra pata para que la sangrase el sufragio universal.

Pero si César, reacio y temeroso por su delicada situación, rehuía hablar con nadie de política y preparaba en silencio su desaparición oportuna, Fernandito, más avisado, le planteó discretamente el problema.

Encaminóse, pues, a casa de su madre a la hora en que sabía iba allí César, y delante de Dolores y delante de la viuda le preguntó qué pensaba hacer de sus votos.

Dolores se ruborizó vivamente, y a duras penas pudo reprimir un gesto de contrariedad. César, muy apurado, quedó indeciso, sin saber qué contestar, y al fin, decidió jugarse el todo por el todo.

—Y dime, Fernando, ¿para qué quieres ser diputado?

—¡Vaya una pregunta!—respondió Algaba—. Por lo pronto, para reventar a mis contrarios.

—Bien; ¿y de que los revientes?

—Pues, ve ahí, ser diputado. Mira, César: tú y yo estamos en condiciones de no dejar meter aquí baza a nadie, disfrutando el turno pacífico del Poder. Yo estoy afiliado al partido conservador, ¿sabes? Pues tú te haces liberal y desbancas a Claros. Que llega una situación como ésta? Tú me apoyas a mí. ¿Que llega la tuya? Pues yo te presto mis fuerzas y, encantados de haber nacido, porque en el distrito, entonces, no se hace más que nuestra voluntad.

—¿Y qué se consigue con eso?

—¿Te parece poco?

—No me entusiasma eso, Fernando. Ni me envanece tampoco ir a las Cortes. Ni tú ni yo adelantamos nada con ser diputados. Somos en Madrid corpúsculos, diminutos en un océano. Saliendo del pueblo, nadie nos conoce, y hacemos muy mal papel, créeme. No merece la pena derrochar la fortuna para que los de arriba se rían de nosotros, que gastamos nuestro dinero para hacerles comparsa y hablar por boca de ganso y para que los de abajo nos colmen de adulaciones y lisonjas, tanto más ridículos, cuanto más escasos son nuestros méritos. En el fondo también nos desprecian, porque, dime, Fernando: ¿qué airoso desempeño acometemos nosotros con un acta que nos sirve para hacer antesala a los ministros, y ser en el Congreso los convidados de piedra? No tenemos un programa, ni una idea original, ni un mandato de los representados, ni sabemos ni podemos servir sus intereses. Me explico la política, en quien tenga condiciones e ideales, en

quien sea capaz de honrar el acta que ostenta. Pero nosotros, ¿qué? Fijate cómo está Extremadura con sus diputados. No tenemos puentes en los ríos, no tenemos carreteras, carecemos de instituciones, nuestras dehesas se las come la langosta, nuestra agricultura es rudimentaria, nuestra riqueza, estéril e improductiva... ¿Y todo, por qué? Porque sus representantes son incapaces, anónimos, inútiles para serlo, porque aquí no se ha cimentado la aspiración en el talento, en las condiciones, en las actitudes, sino que ha bastado que un analfabeto cualquiera tenga unos cuantos millones para que se crea con derecho a ser diputado y figura preeminente de los distritos. Si toda su influencia la han gastado en conseguir la ayuda oficial, el encasillado, ¿qué fuerza van a tener luego para pedir? Si no saben hablar, si no estudian, si carecen hasta de aquella elemental cultura que requiere hoy la complejidad de asuntos y de problemas, ¿en qué condiciones pueden encargarse de un distrito? Mira, Fernando, si tú quieres, si podemos hacer política, pero es esa política que está, naturalmente, al alcance de nuestras fuerzas, esa política de ir a los Ayuntamientos a hacer administración justa, a moralizar al pueblo, a educarle, a laborar por sus intereses. A redimir para nosotros mismos esta tierra y ser un ejemplo y un estímulo para todos. Para eso, mi dinero, mis votos, todo...

Algaba oyó a César atento y asombrado. Pareció no comprender mucho el alcance de la soflama de Medina, y como era orgulloso, se retiró algo erguido y molestado, sin reiterar la petición directa de los votos de Medina.

Dolores agradeció a César aquellas expresiones. ¡A ver si así su hermano se desilusionaba con aquella política absurda y ruinosa! Doña Matilde, una vez que salió Fernando, también expresó su conformidad con lo que decía Medina.

—¿Pero, qué voy a hacer, hijo?—añadió—. Ya lo ha hecho cuestión de amor propio, y un hijo duele mucho.

Medina, después de su conversación con Algaba, tuvo algunas vacilaciones. Haciéndos cargo de las palabras de doña Matilde, dudas le entraban acerca de cuál debía ser la norma de su conducta; pero cuando pensaba en hacer indicaciones, un grito vivo de la conciencia ponía en su ánimo el desistimiento. Triunfó el sentido noble de no colaborar a una política mezquina e infecunda, la política aquella que se reducía a escalar los arrellanos del Poder, para saciar apetitos y pasiones, una política que era de todos los pueblos de Extremadura el bajo servicio de egoísmos y de concupiscencias, cuando no el criminal jercicio de todas las injusticias. No hizo, pues, Medina indicación alguna a ninguno de sus serviciarios, aunque Frasco arteramente procuró sonsacarle.

Y cuando llegó el día de la votación, como antes hizo en las otras elecciones, se ausentó de "La Millona" y se fué a Torrealta. Después de sus razonamientos con Algaba, juzgó ya innecesario apelar a otra escapatoria.

Se repitieron en el distrito los anti-

guos escándalos, más agudizados si cabe, pues se rumoreaba que tanto uno como otro candidato habían comprado censos enteros. Sin embargo, la clave del triunfo estaba allí, en Torrealta, y allí era el subastar los votos, en un pugilato digno de mejor causa.

Las calles del pueblo parecían un hervidero. Tomaban las mujeres parte en la lucha, y ellas comprometían el voto de sus maridos a la mayor cantidad.

Cuando llegó Medina a casa del boticario, éste no estaba allí, y el mancebo le refirió cosas estupendas. Decíase que, en plena votación, estaban los candidatos entablando negociaciones hasta con los interventores adversarios, y que, para evitar esto, se había llenado Torrealta de notarios, los cuales, sin embargo, permanecían recluidos por temor a que les hiciesen requerimientos que tanto podían favorecer como perjudicar a sus defendidos. Arma, los notarios, de dos filos que, en el testimonio de la verdad, podían consignar todo cuanto veían.

Fué a buscar Medina al boticario al casino, y como lo vió en un corro donde su antiguo administrador ponía su antipática figura, rehusó César acercarse y, sin ser visto de don Juan, sacó una silla bajo los portales. Desde allí oyó cómo el boticario, siempre dando voces, se despachaba a su gusto.

—De aquí en adelante—decía—ya lo sabéis: o vendrá un socialista a quien vote la gente por ideas, o un naviero de esos enriquecidos con la guerra europea, porque éstos no van a tener dinero para repetir la suerte. Un político pobre no vendrá.

A propósito de esto recayó la conversación sobre el socialismo.

El registrador de la propiedad, aguzando la boca y como si ya tuviese en el bolsillo la orden de la Internacional destituyéndolo por innecesario, decía que el socialismo llegaba a pasos agigantados.

—¡Lo tenemos encima!—repetía alzando el índice con aire misterioso.

—Como que pronto vamos a ver cosas—dijo un almacenista, que acababa de vender dos vagones de bacalao podrido—. ¿Ven ustedes que ahora cogen los cuarenta duros? Pues lo primero que dicen es que cuando lleguen las elecciones municipales presentarán dos concejales suyos, y no dejarán de votarlos, aunque les den cien duros los otros. ¡Dios nos coja confesados!

—Acaso administren mejor—replicó el boticario—, porque lo que es hasta ahora la administración municipal se ha reducido a traer secretarios que sepan enredar mucho y cuanto más mejor, incapacitar a concejales, colocar a todos los vagos y convertir el Ayuntamiento en casa de Monipodio.

El médico de La Cancha, que se encontraba allí, soltó un taco:

—¡Con tal que me paguen la titular, aunque sean anarquistas! Con estos de ahora ya sé que no hay de qué. ¡Ladrones! Así os pudiera recetar yo estricnina. ¡Dos años, don Juan, y sin ver un céntimo! ¿Y luego hablan de regionalismo y autonomía municipal? Médico

hacia yo al que tal dijera, y que no tuviese que comer más que por mano de los Municipios.

—¡Eso, nó!—replicó el boticario—. El regionalismo sano barrería todo esto, porque el cacique quedaría en el aire. ¿Cree usted que si no tuvieran el apoyo de arriba y los pueblos pudieran resolver por sí habría caciques? ¿Pero de qué le sirve al pueblo protestar, si de Madrid echan todo patas abajo y levantan al cacique?

El registrador seguía moviendo la cabeza y alzando el dedo:

—¡Nos comen! ¡Nos comen!

Le apoyó el antiguo administrador de César:

—¡Y que no hay medio de evitar el socialismo! Cada día son más y tienen mayores exigencias. ¿Qué haremos, Señor?

—Hombre—dijo el boticario—, una cosa muy sencilla; matarlo de raíz.

—¿Y quién lo mata?

Distinguió entonces el boticario a Medina por una de las ventanas y cogiendo al administrador de un brazo le llamó la atención:

—He ahí uno que ha matado en sus tierras al socialismo. Haga usted lo mismo.

—¡Ya!—exclamaron a una el registrador, el almacenista y don Cayetano.

—¿Es mentira?—preguntó el boticario.

Don Cayetano se creyó en el caso de añadir:

—¡Sí, así se ve él! ¡Verá usted las dehesas que compra si sigue así!

Don Juan se creció:

—¡Pero lo mata, ajo, y vive en la gloria! Después de todo, si haciendo lo que hace le sobran cinco duros, tan rico es como si le sobrara un millón. ¿Para qué más, si luego se lo queda ahí y el dinero no sirve más que para vivir bien? Pero no lo matará usted que primero empezó siendo socialista. Lo de los Medinas, dijo, es de todos; pues para cuando venga el reparto, yo me quedé con La Colonia. Ahora es usted conservador: lo suyo suyo...

Todos esperaban que don Cayetano contestase violentamente a aquella barbaridad del boticario, mas éste, golpeando con su garrota, infundía respeto.

Don Juan, riéndose luego, con aquella cachaza tan insolente, dió las buenas tardes y salió adonde estaba Medina.

César de que vió llegar al boticario levantóse de allí y se fué con él... Rehuía hablar con nadie de política y estar presente a los comentarios que los espectáculos de la compra de votos suscitaban. Sin ser él parte interesada, sentía cierta vergüenza, cierto bochorno, como si el desafecto de las multitudes para los candidatos llegase también a él y le envolviese en el frío de la indiferencia.

De que llegaron a la rebotica y don Juan se apoltronó, dispuesto a continuar su incansable perorata, decidió curarse en salud regresando a "La Millona"; más el deseo de hablar con Dolores volvió a poner en sus intenciones la vacilación, y resolvió, a la pos-

tre, satisfacer esta amorosa solicitud de sus afanes.

Fuése, pues, resuelto a casa de la viuda. Cuando él llegó entraban y salían, como de un hormiguero, pastores y criados que regocijadamente se comunicaban sus entusiasmos. En aquella ocasión la suerte, más propicia al de Algaba que a su contricante, iba trayendo noticias favorables a la elección del primero. Doña Matilde, interesada por su hijo, daba muestras de satisfacción y no cesaba de inquirir datos y detalles.

Dolores, así que vió a César, lo apartó de aquel barullo que ponía intensos rumores en la casa. Paseando a lo largo del patio, hablaban ajenos a aquel incesante entrar y salir de gentes que acogían con vivas al cómputo parcial del escrutinio. Al fin vino un galopín con el resultado total de los colegios: había triunfado Algaba en Torrealta por doscientos cuarenta y dos votos, y con esto estaba ya asegurada la mayoría en todo el distrito.

Lloraba de alegría doña Matilde, que vino a comunicar tan fausta nueva a César y a Dolores. El mismo Fernando, radiante, jubiloso, quiso ratificar por sí mismo a su madre el acontecimiento y entró rodeado de un grupo de partidarios que tiraban los sombreros por el aire celebrando el triunfo.

Antes de nada, Fernando se dirigió a Medina y le dió un abrazo:

—Te lo agradezco en el alma, ¿sabes? Pero que con toda el alma!

Medina no supo a qué cosa podía referirse Fernando. Doña Matilde interrogó, y su hijo, emocionado, empezó a explicar:

—Pues nada, que esta tarde sobre eso de las cuatro, se me presenta en mi casa un grupo de unos doscientos cuarenta hombres diciendo que querían votar. Supuse que querían más dinero por venir tantos y en momentos tan críticos y les ofrecí hasta cien duros; pero cuál no sería mi sorpresa cuando me dicen que ellos no cogen un céntimo, y Frasco, ¿sabes, César?, tu aperador, me dice en mis barbas que ellos no votan por mí, sino, "por ser yo hermano de la que era lo que era del su amo". Así, con las mismas palabras. Y venían tus pastores, tus criados. La Cancha entera y medio Encinar. Y no han querido ni un vaso de vino. ¡Bueno, como que te debo el triunfo! Pero chico, ¿qué haces tú con esa gente que son como nadie?

XXXV

Y otro día, a las seis de la tarde, una muchedumbre inmensa se agolpaba delante de la casa de la viuda de Algaba. Abundaba la gente soltera, y hubiera podido decirse que no eran ajenos al espectáculo ninguna mocita ni varón casadero de Torrealta.

Animadamente comentaban el suceso. Celebraban con gritos de admiración el paso y el lujo de los convidados, y no bastaba a contener sus deseos de

curiosidad el esfuerzo reunido de varios municipales que luchaban por mantener, a respetable distancia de la casa, a la turbamulta de chiquillos y de mozangüelos.

—¡Los Ortices!

—¡Y detrás los Pueyos!

—¡Anda! ¡Y los Claros!

—¿Eh? ¡Cualquier entiende esto! Riñen como si fueran a matarse el día de las deleciones, y aluego dambo, se entienden y se convían.

—¿Pero cuándo escomienza la boa?

—Pos cuando llegue el novio.

—¿Y por qué no se casarán en la iglesia?

—¡Corcio! Pos porque la tienen en casa. ¡Menú oratorio tiene doña Matilde!

—¿Qué rumbo!

—Asegura, pero los novios too se lo merecen.

—¡El sí que es güeno!

—¿Pos y ella?

—Tale pa cuale. A arrebuscar que se hubían echao por el mundo no se encuentran dos pa formar una pareja asina.

Los comentarios seguían, y la gente iba dando señales de impaciencia:

—¿Pero ónde está el novio?

—¡Anda! Pos an ca don Juan el boticario.

—Le hace de padre.

—¡Probe! ¡Como no tiene a naide!

—¡Si viviera la su agüela!

—Aquella sí que era una señora sin arrear.

—Pos el su nieto la echa la pata.

Continuaban llegando los convidados, y la gente, a su paso, daba muestras espontáneas de su agrado, o de su antipatía. Cuando pasó la hermana de Mariano, acompañada de otras dos amigas, un mozo gritó:

—¡Juy! ¡Señorita del pom-pom! ¡Que te se cae el miriñaque!

Todos se echaron a reír.

—¡Parece un cuclillo!

—¡Callarvos! Que vos va a hacer miedo.

—Tale parece. Tiene toa la narís de alcuza del su padre.

—¡Valiente usurero! ¡Asina le cayera un rayo! ¿Sabis lo que da de limosna?

—El tocino podría que no pué dar a los sus criados.

—¡Asquiento!

Un rumor sordo de oleada sintiose, entonces, correr por toda la multitud:

—¡El novio, el novio!

Un coche lujoso se abrió calle entre la gente aglomerada, y de él descendieron César, que dió su brazo a la esposa del boticario, y el pastoso don Juan, tan cachazudo, tan el mismo, un poco más limpio que de costumbre, pero con su eterna sonrisa y sus movimientos bastotes.

—¡Viva don César!

—¡Vivaa!

Detrás del coche llegaron luego, acudidos por Frasco, varios mayores, guardas y porqueros de "La Millona".

César sintió al entrar en la casa el effluvio cálido de las macetas, que adornaban el zagúan, y el vaho sutil de los galantes perfumes de las mujeres. Un ronco zumbido escapaba de todos los

apuestos y se entorpecían los invitados llenando hasta el patio las amplias naves de la casa. Del brazo de doña Pepa fué Medina hasta el oratorio, y allí quedó aguardando de pie con un silencio que era entonces para él misterioso y solemne.

No acertaba él a comprender la emoción que sentía en aquellos momentos de espera, pero una augusta gravedad llenaba sus pensamientos y ponía en su corazón el contacto de reposadas caricias. Dolores llegó a poco del brazo de su hermano y se colocó al lado de César. Venía un poco pálida, con la dulce palidez mística de las supremas venturas.

En seguida empezó la ceremonia. Medina nunca sintió como entonces un tan hondo recogimiento interior. La emoción religiosa se apoderó de su alma, y al arrodillarse, cogido de la mano de Dolores, le pareció que el corazón se adelgazaba y volaba fundido en las notas de los violines que comenzaron a preludiar una dulce melodía... Lágrimas sentía él subir de golpe a sus ojos y derretirse el alma como la cera al calor de un fuego delicioso y tranquilo.

Después, ya todas sus emociones se enturbiaron en la algazara de la fiesta. Parecía bullir la casa. Llenaban el inmenso salón, donde fueron a presidir el convite, las alegres voces de la juventud que, inquieta y obsequiosa, reñía cumplimientos entre uno y otro sexo.

No faltaba persona alguna de viso de Torrealta. Tampoco el insustituible corresponsal del periódico de Badajoz, que lápiz en ristre, correteaba de acá para allá apuntando nombres.

No faltaron tampoco los consabidos versos del poeta local que hizo un ovillo de "amores" con "Dolores" y "amar" con "Cesar", porque no encontró consonante para César, ni el brindis del secretario del Ayuntamiento, retórico y leguleyo.

Cuando éste acabó su discurso epitalámico, Frasco, acompañado de Bastián, llegó hasta la puerta del salón:

—¿Se pué?

Con sombrero en mano entraron los dos.

—Amos, hombre, y no te dé vergüenza—dijo Frasco a Bastián—, que los señores son a dispensar.

Bastián, sin embargo, permanecía mudo.

—Amos, hombre—repitió Frasco—. Señorito... señora ama—dijo a Dolores—, aquí que ha sacao el mi yerno una súplica y quiere decirla. Es relañero. ¡Amos, hombre, díselo!

Bastián, bastante turbado, rompió al fin:

—Con premiso:

"Viva don César Medina y el ama doña Dolores, que al fin Dios los ha juntao pa ser padres de los pobres. El es un gran caballero con un noble corazón y ella paece un capullito que sale de alguna flor. Capullito, capullito, capullito del rosal,

que Dios los colme de bienes y les dé felicidad...!"

César y Dolores se sonrieron. Bastián, dispuesto a retirarse, volvió a exclamar:

—Con premiso.

Medina lo detuvo:

—Ven acá, hombre.

Le llenó una copa de champán ofreciéndosela. Dolores hizo lo propio con Frasco. Los dos la probaron haciendo visajes.

—¿No os gusta?—preguntó Medina.

—Mié usted, señorito—contestó Frasco—. A nosotros que nos den vino. Estos son bebitrajes que no entendemos.

Diciendo esto salieron de la sala haciendo reverencias. Casi al mismo tiempo se levantaron los recién casados, disponiéndose a retirarse a "La Millona".

Doña Matilde llamó entonces a Medina:

—Te llevas mi vida, mi alegría. ¡Que la hagas feliz!

César sonrió abrazando a doña Matilde. Le parecía que con verlo a él, radiante, embriagado de aquella honda y sutil delicia, respondía ya con más elocuencia que con nada...

Cuando, para montar en el coche, César y Dolores asomaron a la puerta, estallaron en la calle los vivas de la multitud. Frasco vino a cerrar la portezuela.

Dolores entonces le llamó:

Dí que les abran la puerta del corralón y que entren para que se conviden todos.

Arreciaron los vivas.

—¡Paece una virgen!

—Una blanca rosa.

—¡Vivan!

El coche arrancó rápido entre los murmullos del pueblo. Luego más tarde, al atravesar las tierras de "La Millona", ponía en el carril un monótono rodaje que parecía un arrullo... Atardecía entonces. La tierra grave y fecunda se tendía en el dulce crepúsculo del otoño como un manto de esmeralda.

EPILOGO

Sentados en el jardín que se tiende delante de la casa, Dolores y César callan..., en la noche dulce de otoño... Todo se aquieta en el perenne reposo que preside la vida de "La Millona". A la sombra de aquella casa viven en paz las gentes en el concierto de un trabajo noble y cristiano. Y todo parece una granja: la magnífica huerta, la apulenta viña, el tupido encinar, los pomposos olivos, las fecundas hazas que se tienden húmedas para que el arado abra sus entrañas y la mano pródiga deje caer en los surcos el germen de salud, que luego sea pan y premio, y sangre de la raza y de la patria.

Ebaído en todos estos pensamientos, Medina miraba el cielo. Era un cendal limpio; dijérase que un polvo luminoso y flotante que teñía de ideal la luna llena. Eran millones las estrellas y atesoraba el cielo una calma infinita, un reposo augusto que parecía el aliento de la eternidad.

Cantaban los grillos, y el alma de la tierra extremeña parecía latir con

una palpación fecunda y amorosa, durmiéndose en la trasparente serenidad de la noche. ¡Tierra de Extremadura grave y pródiga y solemne, revestida del manto de las flores, en la tibieza del otoño, bajo los luceros rutilantes, con la sinfonía de los ruiseñores y con los acentos de una raza hidalga y campesina, tejiendo el himno sereno de la vida grande, de la vida noble y española!

De lejos se oyó una música... Era la voz de un zagal que iba camino de La Cancha, poniendo la melancolía del romance de "La mi pastora..." Luego, del lado del río sonó una voz:

—¡Barquero!

Y pareció entonces llegar el murmullo de la corriente, rompiendo por el molino en un ruido fresco de tempestad...

Poco después por el sendero resonó, acercándose, la galanía del gañán:

—Dolores, la mi Dolores,

¿con qué te lavas la cara

que siempre te güele a flores?

Y volvió a dormirse el campo y se aquietaron todos los rumores hasta percibirse sólo lo que un poeta extremeño llamó en esta tierra intensa melodía del silencio...

Medina, entonces, se levantó. Sacó un disco de la caja del gramófono, y en ese silencio vibró el eco quejumbroso de un recuerdo:

¿Por qué cuando aquel día le hablé por vez primera

mi pecho no sentía

lo que ahora siente ya?

¿Por qué palpita indómito mi corazón amante?

¿Por qué siento las lágrimas mis ojos empañar?

Dolores callaba. César también. Ambos se transmitían una misma evocación deliciosa y sentimental, y sentían el amor humilde y silencioso bajo la bóveda de los luceros.

De pronto Medina se irguió:

—¡Dolores!

—¡César!

Se entrelazaron las manos, y con un beso volvieron a callar, a callar, porque el alma no tenía otro lenguaje que la intuición augusta del silencio.

En tanto el runrún de los grillos, el murmullo de la corriente, el gorjeo de los ruiseñores, la fragancia del jardín, la voz vaga de la noche poblada de resonancias, simulaba una armonía leve, lejana, religiosa, que se levantaba de la campiña y ascendía mansamente al cielo azul...

Campos de Hortiga, octubre-noviembre de 1918.

FIN

NUESTRO PROXIMO NUMERO PUBLICA- RA LA MEJOR NOVELA HISTORICA DE ESPAÑA

Críticos, literatos e historiadores, con rara unanimidad, han discernido el título de la mejor novela histórica de España a

"El señor de Bembibre"

magnífica creación con la que Enrique Gil y Carrasco emuló brillantemente los triunfos de Walter Scott en Inglaterra. Pues la primera parte de

"El señor de Bembibre"

forma el número próximo de Lecturas para todos. Con ella hacemos el mejor elogio de su amenidad, de su interés y de su mérito literario.

"El señor de Bembibre" (PRIMERA PARTE)

es una maravillosa novela que han de saborear nuestros lectores con el mayor agrado.

Juvenin

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA PARA NIÑOS

Graciosísimas historietas, concursos, cuentos, etc.

Todos los niños deben leer

DIEZ CENTIMOS

en toda España

La sanante de la carga.



D. REYES

HUERTA

LECTURAS

Suplemento de la
REVISTA SEMANAL



PARA TODOS